

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

BUSHIDO

El alma del Japón

POR

INAZO NITOBE, A. M., Ph. D.

Traducido de la 13.^a edición del autor

POR

GONZALO JIMÉNEZ DE LA ESPADA

Profesor de la Escuela de Lenguas

: : : Extranjeras de Tokio : : :

MADRID

DANIEL JORRO, EDITOR

23, CALLE DE LA PAZ, 23

1909

BIBLIOTECA INTERNACIONAL
DE
Psicología experimental
NORMAL Y PATOLÓGICA

PRECIO DE CADA TOMO: 4 PESETAS

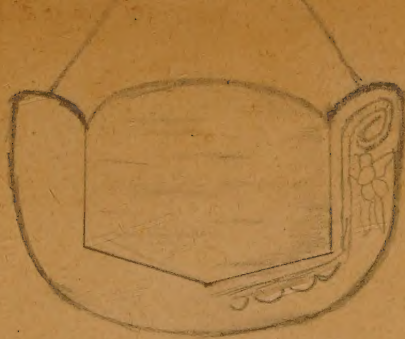
Tomos publicados:

- Claparède.**—LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS. Traducción de Domingo Barnés. Con figuras. Madrid, 1907.
- Cuyer.**—LA MÍMICA. Traducción de *Alejandro Miquis*. Con figuras. Madrid, 1906.
- Dugas.**—LA IMAGINACIÓN. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1905.
- Duprat.**—LA MORAL. Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Grasset.**—EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN. Traducido por Equar. do García del Real. Con figuras. Madrid, 1903.
- Malapert.**—EL CARÁCTER. Traducido por José María González. Madrid, 1905.
- Marchand.**—EL GUSTO.—Traducción de Alejo García Góngora. Con 33 figuras. Madrid, 1906.
- Marie (Dr. A.).**—LA DEMENCIA. Traducción de Anselmo González. Con figuras. Madrid, 1908.
- Nuel.**—LA VISIÓN. Traducido por el Dr. Víctor Martín. Con 28 figuras. Madrid, 1905.
- Paulhan.**—LA VOLUNTAD. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Sergi.**—LAS EMOCIONES. Traducido por Julián Besteiro. Con figuras. Madrid, 1906.
- Toulouse, Vasside y Pieron.**—TÉCNICA DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL. (Examen de sujetos.) Traducción de Ricardo Rubio. Con figuras. Madrid, 1906.
- Van Biervliet.**—LA MEMORIA. Traducido por Martín Navarro. Madrid, 1905.
- Vigouroux y Juquellier.**—EL CONTAGIO MENTAL. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1903.
- Woodworth.**—EL MOVIMIENTO. Traducción de Domingo Vac. Con figuras. Madrid, 1907.

Se publican estos volúmenes en tomos de 350 á 500 páginas, tamaño 19 × 12 centímetros, con ó sin figuras en el texto.

EN PREPARACIÓN

- Bonnier.**—LA AUDICIÓN.
- Pitres y Régis.**—LAS OBSESIONES Y LOS IMPULSOS.
- Pillsbury.**—LA ATENCIÓN.



BUSHIDO
EL ALMA DEL JAPÓN

PUBLICADAS EN LA MISMA BIBLIOTECA

- Altamira.**—Cuestiones modernas de Historia. (Tamaño, 19 $\times$ 12.) Precio, 3 pesetas
- Baldwin.**—Historia del alma. (Tamaño, 19 $\times$ 12.) Precio, 4 pesetas.
- Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental. (Tamaño, 23 $\times$ 15.) Precio, 8 pesetas.
- Boissier.**—El fin del paganismo. Estudios sobre las últimas luchas religiosas en el siglo IV en Occidente. (Tamaño, 19 $\times$ 12.) Dos tomos. Precio, 7 pesetas.
- Paseos arqueológicos. Roma y Pompeya. (Tamaño, 19 por 12.) Precio, 4 pesetas.
- Fustel de Coulanges.**—La ciudad antigua. (Tamaño, 19 $\times$ 12.) Precio, 4 pesetas.
- Hearn** (Lafcadio).—Kokoro. Impresiones de la vida íntima del Japón. (Tamaño, 19 $\times$ 12.) Precio, 3,50 pesetas.
- Hoffding.**—Historia de la Filosofía moderna. (Tamaño, 23 $\times$ 15.) Dos tomos. Precio, 18 pesetas.
- Bosquejo de una Psicología basada en la experiencia. (Tamaño, 23 $\times$ 15.) Precio, 8 pesetas.
- Lange.**—Historia del Materialismo. (Tamaño, 23 $\times$ 15) Dos tomos. Precio, 16 pesetas.
- Lollée.**—Historia de las literaturas comparadas. (Tamaño, 23 $\times$ 15.) Precio, 6 pesetas.
- Ferrero.**—Grandeza y decadencia de Roma. (Tamaño, 19 por 12.) Precio de cada tomo, 3,50 pesetas.
- I. La conquista.
 - II. Julio César.
 - III. El fin de una aristocracia.
 - IV. Antonio y Cleopatra.
 - V. La República de Augusto.
 - VI y último. Augusto y el Grande Imperio.
- Publicados los cuatro primeros.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

BUSHIDO

El alma del Japón

1927/28
POR

INAZO NITOBÉ, A. M., Ph. D.

Traducido de la 13.^a edición del autor

POR

GONZALO JIMÉNEZ DE LA ESPADA

Profesor de la Escuela de Lenguas
: : : Extranjeras de Tokio : : :

MADRID

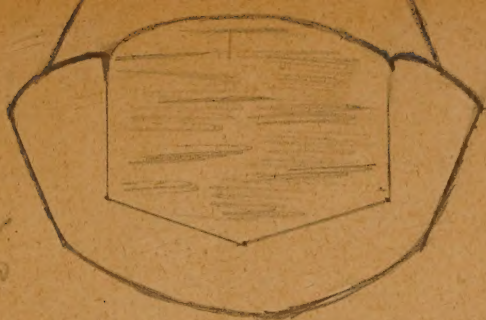
DANIEL JORRO, EDITOR

23, CALLE DE LA PAZ, 23

1909

ES PROPIEDAD

MADRID.—Ginés Carrión, impresor, Verónica, 13 y 15.



ALGUNAS PALABRAS DEL TRADUCTOR

Aparte el mérito intrínseco de la obra, me ha movido á hacer su versión la oportunidad de traducir una obra japonesa de su original, siquiera éste se halle escrito en un idioma que no pertenece al autor sino por afinidad. Atento á no desvirtuar las ventajas que ofrece esta ocasión (si no excepcional, poco frecuente) para penetrar en el pensamiento japonés por sus propios caminos, me he esforzado en seguir á la letra el estilo del autor, sacrificando muchas veces veleidades de casticismo.

Fácilmente observará el que lea cierta tendencia en el autor á reivindicar á su país de los juicios emitidos por críticos anglo-sajones, así como á fijar su pensamiento, casi exclusivamente, en aquel

pueblo ó en el germánico. Achaque es éste muy natural y común en el Japón, que de aquellas razas ha importado los elementos para su modernísima renovación. Es lástima, sin embargo, que el autor no haya penetrado un poco en la sombra que, por contraste, arroja la actual preponderancia anglo sajona sobre nuestra vieja latinidad. Hubiera encontrado entonces nuevos fundamentos en que establecer el paralelo entre ambas Caballerías, la japonesa y la occidental, no tomándolos de antiguos textos, sino de la vida actual. Habría encontrado, por ejemplo, cómo la cortesía española, apartándose de la sajona, se aproxima á la japonesa, hasta coincidir con ella en ciertos casos, como cuando se finge no dar importancia á un regalo ó se niegan los méritos de las personas de la familia; en materias sociales, de más trascendencia, habría observado, v. gr., cómo entre nosotros la diferencia de posición entre los cónyuges es casi nula en las clases extremas, acentuándose extraordinariamente en las intermedias (fenómeno que el autor califica de extraño), y otros muchos puntos de coincidencia. Pero basta indicar el hecho general.

En la trascripción de las palabras japonesas hemos adoptado, con el autor, el método de Hepburn, hoy casi universalmente adoptado. Su pronunciación es como en castellano, salvo en las siguientes letras:

<i>g</i>	se pronuncia siempre nasal, como en el español <i>manga</i> .
<i>h</i>	» fuertemente aspirada.
<i>j</i>	» como <i>y</i> consonante.
<i>r</i>	» siempre sencilla, incluso al principio de una palabra.
<i>sh</i>	» con un sonido intermedio entre <i>s</i> y <i>ch</i> francesa.
<i>w</i>	» como <i>u</i> casi muda.
<i>z</i>	» como <i>z</i> francesa.

Con el mayor gusto hago pública mi gratitud al Sr. Nitobé, por haberme concedido graciosamente autorización para publicar su libro en la que él califica de «noble lengua castellana».

G. J. de la E.

Misaki, Agosto de 1908.

Á MI QUERIDO TÍO

TOKITOSHI OTA

QUE ME ENSEÑÓ Á RENDIR CULTO AL PASADO

Y

Á ADMIRAR LOS HECHOS DE LOS SAMURAI

DEDICO ESTE LIBRITO

... «Aquel camino que asciende á la montaña y que hace dudar al que lo sigue si en realidad es un camino; pero cuando lo mira desde la llanura le aparece como una línea continua, ni vaga ni dudosa, desde la base á la cumbre. ¿Qué son una ó dos interrupciones vistas desde el no interrumpido desierto que se extiende á ambos lados? Y más (dando al ejemplo un nuevo sentido) si al fin resulta que esos obstáculos son el medio más adecuado para ejercitar la vista del hombre, para enseñarle lo que es la fe.»

ROBERT BROWNING. *Apología del Obispo Blöugram.*

«Hay, por decirlo así, tres poderosos espíritus, que de tiempo en tiempo se han movido sobre la haz de las aguas y han dado un impulso predominante á los sentimientos morales y á las energías de la humanidad. Estos espíritus son el de la libertad, el de la religión y el del honor.»

HALLAM. *Europa en la Edad Media.*

«El espíritu caballeresco es la poesía de la vida.»

SCHLEGEL. *Filosofía de la Historia.*

PREFACIO

Hace unos diez años, pasando algunos días bajo el hospitalario techo del distinguido y llorado jurista belga M. de Laveleye, la conversación recayó, durante uno de nuestros paseos, en el tema de la religión. «¿Quiere usted decir—preguntó el venerable profesor—que no tienen ustedes instrucción religiosa en sus escuelas?» Ante mi respuesta negativa se detuvo repentinamente, lleno de asombro, y en una voz que no olvidaré fácilmente, repitió: «¡No tienen religión! ¿Cómo dan ustedes la educación moral?» La pregunta me dejó entonces desconcertado. No podía dar una respuesta inmediata, porque los preceptos morales que yo había recibido en los días de mi niñez no procedían de las escuelas; y hasta que empecé á analizar los diferentes elementos que formaban mis nociones del bien y del mal, no comprendí que era el Bushido el que los había inspirado en mis pulmones.

La concepción inicial directa de este librito se debe á las frecuentes preguntas de mi mujer, sobre las razones que determinan el predominio de tales ó cuales ideas y costumbres en el Japón.

En mis tentativas para dar respuestas satisfactorias á M. de Laveleye y á mi mujer, encontré que sin un conocimiento previo del Feudalismo y del Bushido, las ideas morales del Japón actual son un libro cerrado.

Aprovechando ocios forzosos, consecuencia de una larga enfermedad, puse en el orden en que ahora aparecen al público algunas de las respuestas dadas en nuestras conversaciones familiares.

Reproducen en su mayoría lo que se me enseñó y dijo en mis días juveniles, cuando todavía el Feudalismo estaba en vigor.

No es ciertamente tentador escribir de cosas japonesas en inglés, entre Lafcadio Hearn y Mrs. Hugh Fraser por un lado y Sir Ernest Satow y el profesor Chamberlain por otro. La única ventaja que tengo sobre ellos es que puedo adoptar la actitud de demandado, mientras que estos distinguidos escritores son, á lo sumo, abogados y procuradores. Muchas veces he pensado: ¡«Si yo tuviera su don de lengua, presentaría la causa del Japón en términos más elocuentes!» Pero el que habla en un idioma prestado puede darse por muy satisfecho si llega á hacerse entender.

Durante todo el curso de la obra he tratado de

ilustrar cuantos puntos he tocado, con ejemplos de la historia y la literatura europeas, pensando que esto ayudará á hacer el asunto más comprensible á los lectores extranjeros.

Aun en el caso de que alguna de mis alusiones á asuntos religiosos ó á personas dedicadas á trabajos religiosos se considerase irrespetuosa, confío en que mi actitud para con el cristianismo en sí no será puesta en cuestión. Con los métodos eclesiásticos y con las formas que obscurecen las enseñanzas de Cristo, no con las enseñanzas mismas, es con lo que yo tengo pocas simpatías. Yo creo en la religión enseñada por Él y transmitida hasta nosotros por el Nuevo Testamento, así como en la ley escrita en el corazón. Además, creo que Dios había hecho una alianza, que podría llamarse «antigua», con cada pueblo y nación, Gentil ó Judía, Cristiana ó Pagana. En cuanto al resto de mi teología, no necesito agotar con él la paciencia del público.

Al concluir este prefacio quiero expresar mi gratitud á mi amiga Anna E. Hartshorne por diversas valiosas sugerencias y por el dibujo característicamente japonés que hizo para la cubierta de este libro.

Inazo Nitobé.

Malvern, Pa., Duodécimo mes, 1899.

Prefacio á la décima edición, revisada.

Desde su primera publicación en Filadelfia, hace más de seis años, ha tenido este librito una historia inesperada. Las ediciones japonesas han llegado á ocho, siendo la presente su décima aparición en lengua inglesa. Simultáneamente con ella verá la luz una edición americana é inglesa, debida á la casa editorial de los Sres. Hijos de George H. Putnam, de Nueva York.

En el mismo espacio de tiempo, el *Bushido* ha sido traducido al Mahratti por Mr. Dev of Khandesh; al alemán por la Srta. Kaufmann, de Hamburgo; al bohemio por Mr. Hora, de Chicago; al polaco por la Sociedad de Ciencia y Vida, de Lemberg—si bien esta edición polaca ha sido censurada por el Gobierno ruso. Ahora se está traduciendo al noruego y al francés. Se proyecta una versión chi-

na. Un oficial ruso, prisionero actualmente en el Japón, tiene un manuscrito en ruso dispuesto para la imprenta. Una parte del volumen ha sido presentada al público húngaro, y una crítica detallada, que constituye casi un comentario, se ha publicado en japonés. Mi amigo Mr. H. Sakurai, al cual también debo mucho por su ayuda en otros sentidos, ha reunido una serie de eruditas notas para uso de los estudiantes más jóvenes.

Me siento más que satisfecho al ver que mi humilde obra ha encontrado lectores benévolos en círculos tan apartados, demostrando que el asunto tratado es de algún interés en el mundo entero. Halagadora en extremo es la noticia que ha llegado á mis oídos, saliendo de una fuente oficial, de que el Presidente Roosevelt ha hecho á mi trabajo el inmerecido honor de leerlo, y de distribuir algunas docenas de ejemplares entre sus amigos.

Al hacer correcciones y adiciones para la presente edición, me he limitado casi siempre á los ejemplos concretos. Continúo lamentando, como nunca he dejado de hacerlo, mi incapacidad para añadir un capítulo sobre la Piedad filial, que se considera como una de las dos ruedas del carro de la ética japonesa, siendo la otra la Lealtad. Mi incapacidad se debe más á mi ignorancia del sentimiento occidental, en cuanto toca á esta virtud, que á desconocimiento de nuestra actitud propia para con ella, y no puedo establecer comparacio-

nes que satisfagan á mi propio espíritu. Tengo la esperanza de poderme extender algún día sobre este y otros temas. Todos los asuntos de que se trata en estas páginas son susceptibles de ampliación y discusión; pero yo no veo ahora claramente el modo de hacer un volumen mayor que éste.

Este prefacio sería incompleto é injusto si omitiese mencionar la deuda contraída con mi mujer por la lectura de las pruebas, por sus útiles indicaciones y, sobre todo, por haberme alentado constantemente.

I. N.

Kyoto, 22º día del quinto mes, 1905

BUSHIDO COMO SISTEMA ÉTICO

La Caballería es una flor no menos indígena del suelo del Japón que su emblema, la flor del cerezo, y no es un ejemplar disecado de una antigua virtud, conservado en el herbario de nuestra historia. Sigue viviendo, fuerte y bello, entre nosotros, y aunque no se defina en una forma precisa, no deja de perfumar la atmósfera moral, haciéndonos conscientes de que vivimos todavía sujetos á su poderoso encanto. Las condiciones sociales que lo produjeron y fomentaron han desaparecido hace largo tiempo; pero como esas lejanas estrellas cuyos rayos aún llegan á nosotros cuando ellas han dejado de existir, así la luz de la Caballería, hija del feudalismo, todavía ilumina nuestra senda moral, sobreviviendo á la institución que fué su madre. Es un placer para mí revestir este asunto con el lenguaje de Burke, que

pronunció el tan conocido y conmovedor panegírico sobre la tumba olvidada de su prototipo europeo.

Es indicio de una sensible falta de información acerca del Extremo Oriente, el hecho de que un hombre de ciencia tan erudito como el Dr. George Miller, no vacile en afirmar que la Caballería, ú otra institución cualquiera, no ha existido jamás ni entre los pueblos de la antigüedad, ni entre los modernos orientales (1). Semejante ignorancia, sin embargo, merece excusa; porque la tercera edición de la obra del buen doctor apareció el mismo año en que el Comodoro Perry llamaba á las puertas de nuestro exclusivismo. Una larga década más tarde, próximamente hacia el tiempo en que nuestro feudalismo vivía los últimos momentos de su existencia, Carlos Marx, al escribir su *Capital*, llamaba la atención de sus lectores sobre la ventaja especial de estudiar las instituciones sociales y políticas del feudalismo, tales como solamente en el Japón se podían ver entonces vivas. Del mismo modo, yo invitaría á los que en Occidente se ocupan de materias históricas y éticas, á que estudien la Caballería en el Japón actual.

Por seductora que sea una disquisición histórica sobre la comparación entre el feudalismo y la

(1) *History Philosophically Illustrated* (3.^a edic., 1853), vol. II, pág. 2.

Caballería europeos y japoneses, no es el objeto de este estudio entrar de lleno en ese tema. Mi intento es más bien referir: 1.º) El origen y fuentes de nuestra Caballería; 2.º) Su carácter y enseñanza; 3.º) Su influjo en las masas; y 4.º) La continuidad y permanencia de ese influjo. De estos varios puntos, el primero será breve y superficial, pues en otro caso debería llevar á mis lectores por los apartados caminos de nuestra historia nacional; del segundo trataré con más extensión, siendo el más propio para interesar á los que estudien *Etica internacional* y *Etología* comparada en nuestros modos de pensamiento y acción, y el resto será tratado como corolarios.

La palabra japonesa que he traducido aproximadamente por Caballería (*Chivalry*) es, en el original, más expresiva que la de Equitación (*Horsemanship*). *Bu-shi-do* significa literalmente Militar-caballero-caminos: los caminos, los modos que los nobles guerreros deben observar, tanto en su vida diaria, como en su profesión; en una palabra, los «Preceptos de la caballería», el *noblesse oblige* de la clase guerrera. Una vez dada su significación literal, me será permitido en adelante no emplear la palabra original. El uso de ésta es recomendable también por razón de que una enseñanza tan circunscrita y única, que ha creado una modalidad de espíritu y de carácter tan peculiar, tan local, debe llevar la marca de su singularidad en su mis-

ma faz; además, ciertas palabras tienen un *timbre* nacional tan expresivo de los caracteres de la raza, que el mejor traductor puede hacerles poco favor, por no decir disfavor y agravio. ¿Quién podrá mejorar, traduciéndolo, lo que significa el término alemán *Gemüth*, ó quién no siente la diferencia entre dos palabras tan verbalmente afines como la inglesa *gentleman* y la francesa *gentilhomme*?

Bushido, pues, es el código de principios morales que los caballeros debían ó aprendían á observar. No es un código escrito; cuando más, consta de unas pocas máximas que han corrido de boca en boca ó han salido de la pluma de algún guerrero ó sabio muy conocido. Con más frecuencia es un código no enunciado ni escrito, que posee, en cambio, la poderosa sanción de hechos verdaderos, y de una ley escrita en las fibras del corazón. Fué establecido, no por obra de un cerebro creador, todo lo capaz que se quiera, pero uno, ó sobre la vida de un solo personaje, por renombrado que fuese. Fué un producto orgánico de décadas y siglos de experiencia militar. Ocupa, quizás, en la historia de la ética, la misma posición que la Constitución inglesa en la historia política; sin embargo, no tiene nada que se pueda comparar con la *Magna Charta* ó con la *Habeas Corpus Act*. Es cierto que á principios del siglo xvii se promulgaron ciertos Estatutos Militares (*Buké Hatto*); pero sus trece breves artículos se referían

en su mayor parte á matrimonios, castillos, federaciones, etc., y sólo ligeramente aludían á las reglas didácticas. No podemos, pues, señalar ningún tiempo ni lugar definido, y decir: «Aquí está la fuente primera». Sólo al hacerse consciente en la edad feudal, su origen puede, cronológicamente, identificarse con el feudalismo. Pero éste, á su vez, es un tejido de muchos cabos, y el Bushido participa de esta naturaleza complicada. Así como en Inglaterra las instituciones políticas del feudalismo puede decirse que datan de la conquista Normanda, así también en Japón podemos decir que su aparición coincide con la subida al trono de Yoritomo, al final del siglo duodécimo. Pero del mismo modo que en Inglaterra encontramos ya los elementos sociales del feudalismo en el período anterior á Guillermo el Conquistador, igualmente los gérmenes del feudalismo en Japón habían existido ya en un período muy anterior al mencionado.

Por otra parte, en Japón, como en Europa, cuando se inauguró oficialmente el feudalismo, la clase profesional de los guerreros adquirió naturalmente una posición prominente. Estos guerreros eran conocidos con el nombre de *samurai*, que significa literalmente, como el antiguo *cniht* inglés (*knecht*, *knight*), guardias ó acompañantes, de un carácter semejante á los *soldurii*, cuya existencia en la Aquitania menciona César, ó á los *comitati*, que, según Tácito, seguían á los jefes germanos en

su tiempo; ó, tomando un ejemplo aún posterior, á los *milites medii*, de que se lee en la historia de la Europa medioeval. Se adoptó también en el uso común una palabra chino-japonesa, *Bu-ke* ó *Bu-shi* (Caballeros guerreros). Formaron una clase privilegiada y debieron ser en su origen una raza ruda, que hizo de la guerra su profesión. Esta clase fué reclutada, como es natural, en un largo período de incesante lucha, entre los más varoniles y aventureros, quedando, durante el proceso de eliminación, descartados los tímidos y los débiles, y sobreviviendo, para entrar en las familias y en las filas de los *samurai*, «una raza ruda, toda masculina, de fuerza bruta», usando la frase de Emerson. Llamados á recibir grandes honores y numerosos privilegios, pero también correspondientemente grandes responsabilidades, pronto sintieron la necesidad de una regla de conducta común, con tanto mayor motivo, cuanto que estaban siempre en pie de guerra y pertenecían á tribus diversas. Como los médicos limitan la competencia entre sí por cortesía profesional; como los hombres de ley se constituyen en tribunales de honor cuando la etiqueta ha sido violada, así también los guerreros deben poseer un recurso para juzgar en última instancia su mala conducta.

¡Juego limpio en la guerra! ¡Cuán fértiles gérmenes de moralidad se encierran en este primitivo sentido del salvajismo y de la infancia! ¿Acaso no

es la raíz de todas las virtudes militares y cívicas? Nosotros sonreimos (¡como si lo hubiéramos sobrepujado!...) ante el deseo infantil del pequeño patriota británico, Tom Broson, de «dejar en pos de sí el nombre de un muchacho que jamás maltrató á un menor ni volvió la espalda á otro mayor.» Y sin embargo, ¿quién desconoce que esta es la piedra fundamental sobre la que se pueden apoyar edificios morales de enormes dimensiones? ¿No me será lícito llegar hasta afirmar que la más amable y pacífica de las religiones hace suya esta aspiración? Este deseo de Tom es la base en que principalmente está fundada la grandeza de Inglaterra, y no tardaremos mucho en descubrir que el *Bushido* no descansa en otro pedestal. Si la guerra en sí, tanto ofensiva como defensiva, es brutal y mala, como los cuáqueros afirman con razón, podemos, no obstante, decir con Lessing: «Ya sabemos de qué pecados brotan nuestras virtudes» (1). «Hipócrita» y

(1) Ruskin fué uno de los hombres más bondadosos y amigos de la paz que jamás han existido. Sin embargo, creía en la guerra, con todo el entusiasmo de un adorador de la vida fuerte. «Cuando os digo (afirma en la *Corona de olivo silvestre*) que la guerra es el fundamento de todas las artes, quiero decir también que es el fundamento de todas las virtudes y facultades elevadas del hombre. Es muy extraño y muy horrible para mí descubrir esto; pero he visto que es un hecho innegable... En suma, he encontrado que todos los pueblos hallaron en la guerra la verdad de sus pa-

«cobarde» son los epítetos de mayor oprobio para naturalezas sanas y sencillas. La niñez entra en la vida con estas nociones, y otro tanto hace la caballería; pero á medida que la vida se hace más amplia y sus relaciones más multilaterales, la fe primitiva busca sanción en las autoridades más altas y frentes más racionales para su justificación, satisfacción y desarrollo. Si los intereses militares hubieran operado solos, ¡cuán inferior al de la caballería hubiera sido el ideal de los guerreros! En Europa, el Cristianismo, interpretado con concesiones adecuadas á la caballería, infundió en ésta, no obstante, un aliento espiritual. «Religión, guerra y gloria fueron las tres potencias espirituales de un perfecto caballero cristiano», dice Lamartine. En Japón hubo varias

FUENTES DEL BUSHIDO,

de las cuales empezaré con el Budismo. Aportó éste un sentido de tranquila confianza en la suerte, una sumisión pacífica á lo inevitable, esa compostura estoica frente al peligro ó la calamidad, ese

labras y la fuerza de su pensamiento; que se nutrieron en la guerra y perecieron en la paz; que la guerra les enseñó y la paz les engañó; que la guerra los levantó y la paz los derribó; en una palabra, que nacieron en la guerra y murieron en la paz».

desdén hacia la vida y esa familiaridad con la muerte. Un ilustre maestro en el arte de las armas, cuando vió que su discípulo dominaba lo más alto de su arte, le dijo: «desde aquí mi instrucción debe ceder el puesto á las enseñanzas del Zen». «Zen» es el equivalente japonés del Dhyána, que «representa el esfuerzo humano para elevarse por la meditación á zonas de pensamiento que exceden los límites de la expresión verbal» (1). Su método es la contemplación, y su fin último, hasta donde á mí se me alcanza, penetrar el principio que yace bajo todos los fenómenos, y, si es posible, en lo Absoluto mismo, poniéndose en armonía con ese Absoluto. Así entendida, la enseñanza era más que el dogma de una secta, y todo aquel que alcanza la percepción de lo Absoluto se eleva por cima de las cosas humanas y despierta «á un nuevo Cielo y á una Tierra nueva.»

Lo que el Budismo no pudo dar, el Sintoismo lo ofrecía en abundancia. La lealtad al soberano, la veneración á la memoria de los antepasados, el amor filial, que ningún otro credo predica, fueron inculcados por las doctrinas sintoistas, oponiendo la pasividad al carácter, de otro modo arrogante, de los samurai. La teología sintoista no admite el dogma del pecado original. Por el contrario, cree en la bondad innata y en la pureza cuasi-divina del

(1) Lafcadio Hearn, *Exotics and Restrospectives*, p. 84.

alma humana, adorándola como medium de los oráculos divinos. Todo el mundo ha observado que los santuarios sintoístas están sorprendentemente desprovistos de objetos é instrumentos de culto, y que un espejo plano colgado en su interior forma la parte esencial de su decoración. La presencia de este objeto es fácil de explicar: simboliza el corazón humano, que, cuando está perfectamente tranquilo y limpio, refleja la imagen misma de la divinidad. Cuando uno se coloca, pues, frente al santuario para la adoración, ve su propia imagen reflejada en aquella brillante superficie, y el acto de culto equivale al viejo consejo délfico: conócete á tí mismo. Pero el conocimiento de sí mismo no significa, ni en la enseñanza griega, ni en la japonesa, conocimiento de la parte física del hombre, ni de su anatomía ó su psico-física; el conocimiento había de ser de una especie ética, la introspección de nuestra naturaleza moral. Mommsen, comparando los griegos con los romanos, dice, que cuando los primeros adoraban á los dioses elevaban los ojos al Cielo, porque su culto era de contemplación, mientras que los segundos velaban su cabeza, porque el suyo era de reflexión. Semejante en su esencia al concepto romano de la religión, nuestra reflexión da importancia no tanto á la conciencia moral como á la conciencia nacional del individuo. Su culto de la naturaleza inculcó el amor de la tierra en lo más profundo de nuestras almas, en tanto que el culto

de los antepasados, seguido de generación en generación, hizo de la familia Imperial la fuente primera de todo el pueblo. Para nosotros el país es algo más que la tierra, algo más que el suelo de donde se extrae el oro ó en que se cosechan granos: es la mansión sagrada de los dioses, espíritus de nuestros ascendientes; para nosotros el Emperador es algo más que el Archi-condestable de un *Rechtsstaat*, y aun que el «Patrón» de un *Culturstaat*: es el representante corpóreo del cielo en la tierra, reuniendo en su persona su poder y su misericordia. Si es cierto lo que dice Boutmy (1) de la Majestad inglesa, que es, «no sólo la imagen de la autoridad, sino el autor y el símbolo de la unidad nacional,» y yo creo que en efecto lo es, dos y tres veces más puede afirmarse lo mismo de la Majestad en Japón.

Los dogmas del Sintoismo corresponden á los dos caracteres dominantes en la vida emocional de nuestra raza: Patriotismo y Lealtad. Dice Arthur May Knapp con mucha exactitud: «En la literatura hebrea es con frecuencia difícil decir si el escritor habla de Dios ó de la República; del Cielo ó de Jerusalem; del Mesías ó de la nación misma» (2). Una confusión semejante puede advertirse en la nomenclatura de nuestra fe nacional. He dicho con-

(1) *The English People*, p. 188

(2) *Feudal and Modern Japan*, vol. I, p. 183.

tusión, porque así la calificará una inteligencia lógica, á causa de su ambigüedad verbal; sin embargo, siendo un tejido de instinto nacional y de sentimientos étnicos, el Sintoismo jamás aspira á una filosofía sistemática ó á una teología racional. Esta religión—¿no sería más exacto decir las emociones étnicas que esta religión despierta?—imbuyó completamente en el Bushido la lealtad al soberano y el amor al país. Estos actuaron más como impulsos que como doctrinas; porque el Sintoismo, distinto en esto de la Iglesia cristiana medioeval, apenas prescribía á sus fieles *credenda* alguno, proporcionándoles en cambio *agenda* de un tipo simple y rectilíneo.

En cuanto á las doctrinas estrictamente éticas, las enseñanzas de Confucio fueron el manantial más copioso para el Bushido. Su enunciado de las cinco relaciones morales entre amo y servidor (gobernante y gobernado), padre é hijo, marido y mujer, hermano mayor y hermano menor, y entre amigos, no fué más que una confirmación de lo que el instinto de la raza había reconocido antes de que los escritos de Confucio fueran importados de China. El carácter tranquilo, benigno y sabio en su manifestación verbal, de sus preceptos político-morales, se adaptaba exactamente á los samurai, que formaban la clase directora. Su tono aristocrático y conservador se ajustaba á las exigencias de estos hombres de Estado guerreros. Después de Confu-

cio, Mencio ejerció una inmensa autoridad sobre el Bushido. Sus teorías enérgicas y muchas veces democráticas se avenían extraordinariamente á los espíritus sentimentales y hasta fueron peligrosas y subversivas para el orden social existente; de aquí que sus obras estuviesen durante largo tiempo sujetas á entredicho. Sin embargo, las palabras de aquel espíritu superior hallaron seguro albergue en el corazón de los samurai.

Las obras de Confucio y Mencio constituían los principales libros de texto para los jóvenes y la más alta autoridad en las discusiones entre los viejos. Pero no se tenía en grande estima un conocimiento superficial de los libros de estos dos sabios. Un proverbio corriente ridiculiza al hombre que sólo posee un conocimiento intelectual de Confucio, comparándole á un hombre estudioso que ignora las *Analectas*. Cierta samurai caracterizado, dice del sabio literario que es un necio que huele á libros. Otro compara á la ciencia con una planta fétida, que debe ser cocida y vuelta á cocer antes de que sirva para el uso. Un hombre que ha leído un poco huele un poco á pedante; y el hombre que ha leído mucho huele aún más á lo mismo; ambos son desagradables. El escritor quiere dar á entender con esto que el conocimiento no se puede considerar como tal hasta que se asimila al espíritu del que estudia y se manifiesta en su carácter. El intelectual especialista era considerado como una máquina. La

pura inteligencia se juzgaba inferior á la emoción moral. El hombre y el universo se consideraban á la vez espirituales y éticos. El Bushido no aceptaría jamás la afirmación de Huxley, según la cual el proceso cósmico es amoral.

El Bushido trató ligeramente el puro conocimiento. No se buscaba como un fin sustantivo, sino como un medio para la adquisición de la sabiduría. De aquí que el hombre que se detenía antes de llegar á este fin era considerado no más que como una máquina útil, capaz de fabricar poemas y máximas á la orden. Así, pues, el conocimiento se identificaba con su aplicación práctica á la vida; y esta doctrina socrática encuentra su más constante expositor en el filósofo chino Wan Yang Ming, que jamás se cansa de repetir «Saber y obrar no son más que una cosa».

Y ya que trato este asunto, permítaseme una digresión, referente al profundo influjo que las enseñanzas de este sabio ejercieron sobre algunos de los tipos más nobles de *bushi*. Los lectores occidentales encontrarán fácilmente en sus obras muchos aspectos paralelos al Nuevo Testamento. Salvando las expresiones peculiares á cada una de las doctrinas, el pasaje siguiente: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán dadas por añadidura», contiene una idea que puede hallarse casi en cada página de Wan Yang

Ming. Un discípulo suyo japonés (1), dice; «El Señor de los cielos y de la tierra, de todos los seres vivos, entrando en el corazón del hombre se convierte en su espíritu (*Kokoro*); de aquí que un espíritu sea una cosa viva y siempre luminosa»; y más adelante: «¡La luz espiritual de nuestro ser esencial es pura, y no la afecta la voluntad del hombre! Brotando espontáneamente de nuestro espíritu, nos muestra el bien y el mal: entonces recibe el nombre de conciencia; es la luz misma que procede del Dios de los cielos». ¡Cómo consueñan estas palabras con algunos pasajes de Isaac Pennington y de otros filósofos místicos! Me inclino á creer que el espíritu japonés, tal como se expresa en los sencillos dogmas de la religión Sintoista, estaba especialmente abierto á la recepción de los preceptos de Yang Ming. Llevaba éste su doctrina de la infalibilidad de la conciencia á un extremo trascendentalísimo, atribuyéndola á la facultad de percibir, no sólo la distinción entre el bien y el mal, sino hasta la naturaleza de los actos psíquicos y de los fenómenos físicos. Llegó en idealismo hasta donde Berkeley y Fichte, si no más lejos, negando la existencia de las cosas fuera de la apercepción humana. Si su sistema tenía todos los errores lógicos atribuibles al solipsismo, tenía también toda la eficacia de la convicción profunda, y su valor moral para

(1) Miwa Shissai.

desarrollar la individualidad del carácter y la ecuanimidad no puede regateársele.

Sean, pues, cualesquiera las fuentes del *Bushido*, los principios esenciales que éste bebió en aquéllas y se asimiló, fueron pocos y sencillos. Aun así, bastaron para trazar una conducta segura en la vida, aun en los días más azarosos del período más anárquico de la historia de nuestra nación. La naturaleza sana y pura de nuestros antepasados guerreros, sacó abundante alimento para su espíritu de un ramillete de enseñanzas axiomáticas y fragmentarias, recogidas en las sendas y caminos del pensamiento antiguo, y estimulados por las exigencias del tiempo, formaron con esos fragmentos un nuevo y único tipo de hombre. Un perspicaz *savant* francés, M. de la Mazelière, resume así sus impresiones acerca del siglo xvi: «A mediados del siglo décimosexto todo es desorden en el Japón: en el gobierno, en la sociedad, en la iglesia. Pero las guerras civiles, las maneras que vuelven á la barbarie, la necesidad de que cada uno tome la justicia por su mano, todo esto formó un tipo de hombres comparables á aquellos italianos del siglo xvi, en quienes Taine alaba «la vigorosa iniciativa, el hábito de las resoluciones rápidas y de las empresas desesperadas, la gran capacidad para obrar y para sufrir». En Japón, como en Italia, «las maneras rudas de la Edad Media hicieron del hombre un soberbio animal, todo acometividad y todo resistencia». Y esta

es la razón de que el siglo xvi ostente en el más alto grado la cualidad principal de la raza japonesa, esa gran diversidad que se encuentra en ella, tanto entre los espíritus como entre los temperamentos. Mientras en India, y aun en China, los hombres parecen distinguirse principalmente por su grado de energía ó de inteligencia, en el Japón difieren igualmente por la originalidad de su carácter. Ahora bien, la individualidad es el signo de las razas superiores y de la civilización ya desarrollada. Usando de una expresión grata á Nietzche, podemos decir que, en Asia, hablar de la humanidad es tanto como hablar de sus llanuras; en Japón, como en Europa, se representa aquélla principalmente por sus montañas».

Veamos ahora los caracteres dominantes de esos hombres de quienes habla M. de la Mazelière. Empezaré con la

RECTITUD Ó JUSTICIA,

el más poderoso precepto en el código del samurai. Nada hay más repugnante para éste que los actos disimulados ó las empresas tortuosas. El concepto de rectitud puede ser erróneo, puede ser estrecho. Un bushi muy conocido lo define como una facultad de resolución: «Rectitud es la facultad de decidir cierta línea de conducta, de acuerdo con la razón, sin titubear; morir, cuando es justo morir;

matar, cuando se debe matar». Otro habla de ella en los siguientes términos: «Rectitud es el esqueleto que presta firmeza y mantiene la estatura. Así como sin huesos la cabeza no puede descansar sobre el cuello, ni las manos moverse, ni los pies sostenernos, así también sin rectitud ni el talento ni el estudio pueden convertir un sér humano en un samurai. Si ella existe, la falta de otras buenas cualidades no significa nada». Mencio llama á la Benevolencia espíritu del hombre, y á la Rectitud su camino. «¡Cuán lamentable, exclama, es olvidar el camino y no seguirlo, perder el espíritu y no saber buscarlo! Cuando se pierden, las aves y los perros de los hombres saben buscar de nuevo á sus dueños; pero éstos pierden su espíritu y no saben buscarlo». ¿No encontramos aquí, casi exactamente, una parábola enunciada trescientos años más tarde y en otros climas por un gran maestro, que se llamaba á sí mismo *El camino* de la Justicia, por medio del cual se podía encontrar lo perdido? Pero me aparto de mi asunto. La Rectitud, según Mencio, es un camino recto y estrecho, que el hombre debe tomar para recobrar el paraíso perdido.

Aun en los últimos días del feudalismo, cuando una paz de larga duración introdujo el ocio en la vida de la clase guerrera, y con él las disipaciones de todo género y las cualidades graciosas, el epíteto *Gishi* (hombre de rectitud) se consideraba superior á cualquier otro nombre que significase

maestría ó conocimiento en ciencias y artes. Los Cuarenta y Siete Leales—de los cuales tanto partido ha sacado nuestra educación popular—son conocidos en el lenguaje común por los Cuarenta y Siete *Gishi*.

En tiempos en que la astucia podía pasar por tacto militar y la falsedad por *ruse de guerre*, esa virtud varonil, franca y honrada, era la joya más brillante y tenida en mayor estima. La Rectitud es hermana gemela del Valor, otra virtud marcial. Pero antes de pasar á hablar del Valor, permítase fijarme un poco en lo que yo llamaría derivación de la Rectitud, y que, desviándose al principio ligeramente de su original, se apartó cada vez más de él, hasta que su significado se pervirtió en la acepción popular. Me refiero al *Gi-ri*, literalmente la Recta Razón, pero que llegó á significar con el tiempo un vago sentido de cierto deber que la opinión pública juzgaba necesario cumplir. En su sentido original y sin mezcla significa deber, pura y simplemente; de aquí que hablemos del *Gi-ri* que tenemos hacia los padres, hacia los superiores, hacia los inferiores, hacia la sociedad en general, etc. En estos ejemplos *Giri* es deber; porque lo que la Recta Razón nos pide y ordena que hagamos no es otra cosa que el deber. ¿Acaso la Recta Razón no es nuestro imperativo categórico?

Al principio *Giri* no significaba más que deber, y me atrevo á afirmar que su etimología se deriva-

ba del hecho de que en nuestra conducta, con nuestros padres, v. gr., aunque el amor debiera ser el único móvil, á falta de éste era necesaria otra autoridad que impusiera el respeto filial; y esta autoridad se formulaba en el *Giri*. No faltaba razón para formular esta autoridad—*Giri*—desde el momento en que si el amor no impulsa á los actos virtuosos, preciso es recurrir á la inteligencia del hombre y excitar su razón para convencerle de la necesidad de obrar rectamente. Lo mismo es cierto de cualquiera otra obligación moral. Si el deber apremiante es oneroso, la Recta Razón acude para impedir que lo eludamos. El *Giri* así entendido es un severo vigilante, que empuñando un látigo, obliga á los perezosos á realizar su tarea. Éticamente es una facultad secundaria; como móvil es infinitamente inferior á la doctrina cristiana del amor, que debe ser *la* ley. Yo lo creo producto de las condiciones de una sociedad artificial; de una sociedad en que la circunstancia accidental del nacimiento y el favor inmerecido establecían distinción de clases; en que la familia era la unidad social; en que el número de años era de más importancia que la superioridad de talento; en que los afectos naturales debían con frecuencia sucumbir ante las costumbres arbitrariamente establecidas por los hombres. Este mismo carácter artificial fué la causa de que con el tiempo el *Giri* degenerase en un vago sentido de conveniencias, llamado á ex-

plicar, v. gr., por qué una madre debe, en caso necesario, sacrificar á todos sus hijos para salvar al primogénito; ó por qué una hija debe vender su cuerpo para pagar los vicios de su padre; y otros casos semejantes. Correspondiendo en su origen á la Recta Razón, *Giri* se ha convertido muchas veces, á mi entender, en mero casuismo; ha degenerado en miedo cobarde á la censura. Yo diría del *Giri* lo que Scott escribió del patriotismo: que «siendo la más bella, es muchas veces la más sospechosa máscara de otros sentimientos.» Fuera ó debajo de la Recta Razón, *Giri* se convierte en un monstruoso pseudónimo que acoge bajo sus alas todo género de sofismas é hipocresía. Fácilmente se hubiera convertido en un nido de cobardías, si el Bushido no tuviera un claro y exacto sentido del

VALOR, FACULTAD DE LA AUDACIA Y DEL SUFRIMIENTO

que ahora nos toca examinar. El valor se consideraba apenas digno de contarse entre las virtudes, si no se ponía al servicio de la Justicia. Confucio, en sus «*Analectas*», define el Valor explicando, como es su costumbre, qué es lo contrario. «Conocer lo que es justo, dice, y no ejecutarlo, arguye falta de valor». Poned esta definición en forma positiva y tendremos: «El valor consiste en hacer lo que es justo». Correr toda clase de peligros, ser tirano de

si mismo, lanzarse á las garras de la muerte, cosas son que muchas veces se identifican con el valor, y en la profesión de las armas tales violencias—lo que Shakespeare llama «valor bastardo»— se aplauden injustamente, pero no en los Preceptos de la Caballería. La muerte por causa indigna ó sin causa se llamaba «muerte de perro». «Lanzarse á lo más encarnizado de la batalla y perecer en ella (dice un príncipe de Mito), es cosa fácil y al alcance de cualquier quidam; pero el verdadero valor está en vivir cuando es justo vivir, y morir cuando es justo morir»; y, sin embargo, este príncipe no había oído ni aun el nombre de Platón, que define el valor como el «conocimiento de las cosas que un hombre debe temer y de las que no debe temer». La distinción que se hace en Occidente entre valor moral y valor físico, se ha reconocido de antiguo entre nosotros. ¿Qué samurai joven no ha oído hablar del «Gran valor» y del «Valor de un villano?»

Valor, Fortaleza, Bravura, Impavidez, las cualidades del espíritu que más fácilmente penetran en las almas juveniles, y que pueden desarrollarse por el ejercicio y el ejemplo, fueron, por decirlo así, las virtudes más populares, las primeras emuladas entre los jóvenes. Las narraciones de hazañas guerreras se repetían casi delante de niños que acababan de dejar el pecho de sus madres. Si un niño llora por algún dolor, la madre le reprende en estos términos: «¡Qué niño tan cobarde, que llora por un do-

lor insignificante! ¿Qué harás cuando te corten un brazo en una batalla? ¿Qué cuando te veas obligado á cometer *harakiri*?» Todos conocemos la patética fortaleza de un hambriento niño, príncipe de Sendai, á quien un drama pone en boca las siguientes palabras: «Mira esos gorrioncillos en su nido, cómo abren sus picos amarillos, y mira ahora: su madre llega trayendo gusanillos para alimentarlos. ¡Con qué precipitación y alegría comen los pequeñuelos! Pero, para un samurai, cuando su estómago está vacío es una vergüenza sentir hambre». Las anécdotas de fortaleza y bravura abundan en los cuentos infantiles, aun cuando las narraciones de este género no son, ni mucho menos, los únicos medios de imbuir en el espíritu el valor y la intrepidez. Los padres, con austeridad rayana á veces en la crueldad, imponían á sus hijos tareas que requerían todo su valor. «Los osos arrojan á sus oseznos por los precipicios», decían. Los hijos de los samurai eran arrojados por los abruptos valles de los más duros trabajos y obligados á tareas propias de Sísifo. Una oportuna privación de alimentos ó la exposición al frío se consideraban muy eficaces para endurecerlos en el sufrimiento. Los niños de tierna edad eran enviados con recados á gentes completamente extrañas; debían levantarse antes que el sol, y sin desayunarse, asistir á sus clases de lectura, dirigirse á casa de su maestro con los pies descalzos, en lo más frío del invierno; frecuentemente—una ó

dos veces al mes, como para festejar al Dios del estudio—se reunían en pequeños grupos y pasaban la noche sin dormir, leyendo por turno en voz alta. Las peregrinaciones á toda clase de espectáculos temerosos, lugares de ejecución, cementerios, casas que se suponían visitadas por espíritus, eran pasatiempos favoritos de los jóvenes. En los tiempos en que las decapitaciones eran públicas, no sólo se enviaba á los niños pequeños á presenciar la lúgubre escena, sino que se les obligaba á visitar solos, y durante la noche, el lugar de la ejecución, y á dejar en la cortada cabeza una señal de su visita. Ante este sistema ultra-espartano de «domar los nervios» ¿asalta al pedagogo moderno el horror y la duda, la duda de si no se produciría la tendencia á brutalizar, á destruir en germen las tiernas emociones del corazón? Veamos qué otros conceptos tenía el Bushido del valor.

El aspecto espiritual del valor se manifiesta en la compostura, la tranquila presencia de espíritu. La tranquilidad es el valor en reposo; es una manifestación estática del valor, así como los actos audaces son una manifestación dinámica. Un hombre verdaderamente valeroso está siempre sereno; jamás es cogido por sorpresa; nada perturba la ecuanimidad de su espíritu. En lo más reñido de la batalla permanece frío; en medio de las catástrofes mantiene su espíritu en reposo; los terremotos no le sacuden, ríe ante la tempestad. Admiramos como

verdaderamente grande á quien, en presencia inmediata de un peligro ó de la muerte, conserva el dominio sobre sí mismo; á quien puede, por ejemplo, componer un poema estando amenazado de un gran peligro, ó tararear una canción frente á la muerte. Llevar á cabo una de estas acciones sin que tiemble la pluma ó la voz, se considera como prueba infalible de una naturaleza fuerte—de lo que nosotros llamamos un espíritu capaz (*yoyú*), que, lejos de llenarse hasta rebosar, tiene siempre lugar para algo más.

Pasa como historia auténtica entre nosotros que cuando Ōta Dokan, el gran fundador del castillo de Tokyo, fué atravesado con una lanza, su asesino, conociendo las aficiones poéticas de su víctima, acompañó el golpe con estos versos:

«¡Ah! Cuán cierto es que en momentos como éste
nuestro corazón llora la fragilidad de la vida»;

y que en el mismo instante, el héroe expirante, sin acobardarse lo más mínimo por la herida mortal que recibiera en el costado, añadió estas líneas:

«Si es que, en las horas de paz,
no ha aprendido á mirar la vida con indiferencia».

Hasta háy un elemento de *sport* en una naturaleza valerosa. Cosas que son serias para los demás mortales pueden ser consideradas como juego por un valiente. De aquí que en las antiguas guerras no

fuese cosa rara que las partes beligerantes cambiasen un torneo de palabras ó iniciasen una discusión retórica. Un combate no era solamente un asunto de fuerza bruta; era, á la vez, una lucha intelectual.

Este carácter tuvo la batalla que se dió á orillas del río Koromo, á fines del siglo xi. Derrotado el ejército oriental, su jefe, Sadato, se dió á la fuga. Perseguido de cerca por el general enemigo, y habiéndole gritado éste: «Es vergonzoso para un guerrero dar la espalda al enemigo», Sadato refrenó su caballo: en el acto el jefe victorioso improvisó un verso:

«Hecha girones está la urdimbre del paño» (*Koromo*).

Apenas habían salido estas palabras de sus labios, cuando el guerrero vencido, sin conmovirse, completó la estrofa:

«Porque en uso de largos años ha gastado la trama».

Yoshiie, cuyo arco había estado tendido durante todo este tiempo, lo desarmó repentinamente y, volviendo riendas, dejó á su supuesta víctima que obrara á su placer. Cuando le preguntaron la razón de tan extraña conducta, contestó que no podía matar vergonzosamente á quien había sabido conservar la presencia de espíritu cuando le perseguía encarnizadamente el enemigo.

La tristeza que se apoderó de Antonio y Octa-

vio por la muerte de Bruto, ha sido cosa común entre nuestros valientes. Kenshin, que luchó durante catorce años contra Shingen, cuando supo la muerte de este último, lloró públicamente la pérdida del «mejor de los enemigos». El mismo Kenshin había dado á todas las edades un noble ejemplo en su manera de tratar á Shingen, cuyas provincias se hallaban enclavadas en una región montañosa, dependiendo, por consiguiente, su provisión de sal de las provincias de Hōjō, en el Tokaido. El príncipe de Hōjō, deseando quitar fuerzas á Shingen, y no estando en guerra abierta con él, le había privado de todo tráfico en tan indispensable artículo. Kenshin, al saber esta situación del enemigo, y pudiendo obtener la sal en la costa de sus dominios propios, escribió á Shingen que, en su opinión, el Señor de Hōjō había cometido una acción muy baja, y que aunque ellos (Kenshin y Shingen) estaban en guerra, había ordenado (Kenshin) á sus súbditos que le proporcionasen (á Shingen) cuanta sal necesitara, y añadía: «Yo no peleo con la sal, sino con la espada», con lo cual hizo una frase más que semejante á las palabras de Camilo: «Los romanos no peleamos con oro, sino con hierro». Nietzsche habla al corazón de los samurai cuando dice: «Debéis estar orgullosos de vuestro enemigo: porque entonces el triunfo de vuestro enemigo será también vuestro». En efecto, el valor y el honor piden á una que no seamos enemigos en la guerra sino de quien

merezca ser nuestro amigo en la paz. Cuando el valor alcanza su mayor altura se hace equivalente á la

BENEVOLENCIA,

sentimiento de compasión, amor, magnanimidad, afecto hacia los demás, simpatía, que fueron siempre consideradas como las virtudes supremas, los más altos de todos los atributos del alma humana. La benevolencia se estimaba como una virtud regia en un doble sentido: como el primero entre los varios atributos de un noble espíritu, y como particularmente esencial en la profesión de los príncipes. No necesitábamos de un Shakespeare para sentir— aunque, quizás, como el resto del mundo, lo necesitásemos para expresarlo—que la clemencia sienta mejor á un monarca que la corona, y que está más alta que su cetro. ¡Con cuánta frecuencia, tanto Confucio como Mencio, repiten que el requisito supremo de un dominador de hombres está en la benevolencia! Dice Confucio: «Que un príncipe cultive la virtud y el pueblo en masa acudirá á su alrededor; con el pueblo irán á él las tierras; las tierras le darán riquezas; las riquezas le permitirán hacer buenas obras. La virtud es la raíz y la riqueza el fruto». Y en otro lugar: «Jamás ha ocurrido el caso de que, amando el soberano la benevolencia, no amasen sus súbditos la justicia». Mencio sigue sus mismos pa-

sos y dice: «Se registran ejemplos de individuos que alcanzaron el poder supremo de un Estado privado sin tener benevolencia; pero jamás he oído que todo un Imperio cayese en las manos de quien careciese de aquella virtud». Y en otra parte: «Es imposible que nadie pueda regir un pueblo sin someter antes sus corazones». Ambos definieron este requisito indispensable en el soberano, diciendo: «Benevolencia: la Benevolencia es el Hombre». Bajo el régimen del feudalismo, que con facilidad puede degenerar en militarismo, á la Benevolencia debimos el vernos libres de un despotismo del peor género. Una mayor sumisión del gobernado «en cuerpo y alma» no hubiera dejado al gobernante más que el autoritarismo, y éste tiene como consecuencia natural el desarrollo de ese absolutismo llamado con tanta frecuencia «despotismo oriental...» ¡Como si no se encontraran déspotas en la historia del Occidente!

Lejos de mi ánimo defender ninguna especie de despotismo; pero es un error identificar el feudalismo con él. Cuando Federico el Grande escribió que «los Reyes son los primeros servidores del Estado», con razón pensaron los juristas que se había llegado á una nueva Era en la evolución de la libertad. Coincidiendo en tiempo de un modo curioso, Yozan de Yonezawa, en el fondo de los bosques del Japón del Noroeste, hizo exactamente la misma declaración, demostrando que el feudalismo no era

todo tiranía y opresión. Un príncipe feudal, aun sin pensar que tenía obligaciones recíprocas con sus vasallos, tenía un sentimiento más alto de responsabilidad para con sus antepasados y con el cielo. Era un padre de sus súbditos, encomendados á su cuidado por el cielo. En un sentido que no se suele dar á la palabra, el Bushido aceptaba y practicaba el gobierno paternal — paternal, también como opuesto al menos interesado gobierno avuncular (¡dígalos si no el del *Uncle Sam*!) La diferencia entre un gobierno despótico y un gobierno paternal, está en que, en el primero, el pueblo obedece con repugnancia, mientras que en el segundo lo hace con «esa orgullosa sumisión, esa obediencia digna, esa subordinación cordial que mantiene vivo, aun en la misma servidumbre, el espíritu de la más exaltada libertad» (1). No es enteramente falso el dicho que llamaba al Rey de Inglaterra «Rey de diablos, por las frecuentes insurrecciones y cambios de Príncipes realizados por sus súbditos», y al Rey de Francia «Rey de asnos, por sus infinitas contribuciones é imposiciones»; pero que daba el título de «Rey de hombres» al soberano de España, «por la *voluntaria obediencia* de sus súbditos.» ¡Pero basta de esto!...

Virtud y poder absoluto pueden aparecer al espíritu anglo-sajón como términos imposibles de ar-

(1) Burke, *Revolución Francesa*.

monizar. Pobyedonostseff nos ha mostrado bien claramente el contraste que ofrecen Inglaterra y los demás Estados europeos en sus fundamentos, á saber: que los segundos se organizaron sobre la base del interés común, mientras que aquélla se distinguió por una personalidad independiente y sumamente desarrollada. Lo que el estadista ruso dice de la dependencia personal de los individuos en ciertas alianzas sociales y en el fin de los fines del Estado, entre las naciones continentales de Europa, y especialmente entre los pueblos eslavos, es doblemente cierto para el pueblo japonés. De aquí que nosotros no sintamos tan pesadamente como se siente en Europa el libre ejercicio del poder monárquico, el cual está generalmente moderado por cierta consideración paternal hacia los sentimientos del pueblo. «El absolutismo, dice Bismark, exige, ante todo, en el soberano imparcialidad, honradez, devoción al deber, energía y humildad interior». Si se me permite hacer una cita más sobre este asunto, tomaré algunas palabras del discurso del Emperador de Alemania en Coblenza: «El poder real, por la gracia de Dios, con sus graves deberes, su tremenda responsabilidad ante el Creador sólo, de la cual ningún hombre, ningún ministro, ningún Parlamento, puede relevar al Monarca.....»

Sabemos que la benevolencia era una virtud tierna, maternal. Si la inflexible rectitud y la austera Justicia eran peculiarmente masculinas, la Gra-

cia tenía la amabilidad y persuasividad de una naturaleza femenina. Se nos advertía para que no incurriésemos en una caridad indiscreta, sin sazónarla con justicia y rectitud. Masamune expresó esto muy bien en su tan citado aforismo: «La rectitud llevada al exceso se petrifica en rigidez; la benevolencia, practicada sin medida, se funde en debilidad».

Afortunadamente, la Clemencia no era tan rara como bella, porque es universalmente cierto que «los más bravos son los más tiernos; los más amantes son los más audaces». «*Bushi no nasaké*»—la ternura de un guerrero—tenía un sonido que hablaba inmediatamente al alma de todo lo que en nosotros hay de noble; no porque la clemencia de un samurai fuese específicamente distinta á la de cualquier otro sér, sino porque suponía la existencia de esa virtud donde no era un impulso ciego, sino donde estaba debidamente subordinada á la justicia; donde la clemencia no constituía solamente cierto estado de espíritu, sino que la acompañaba la facultad de perdonar ó matar. Así como los economistas hablan de demanda real y demanda ficticia, nosotros podemos decir que la clemencia del bushi era real, puesto que implicaba el poder de obrar en bien ó en perjuicio del que la recibía.

Aunque orgullosos de su fuerza bruta y de los privilegios que por ella obtenían, los samurai realizaban lo que Mencio enseñó con respecto al poder del amor. «La benevolencia, dice, somete á su do-

minio cuanto se opone á su poder, como el agua domina el fuego: sólo ponen en duda el poder del agua para apagar las llamas los que tratan de extinguir con un vaso de ella el fuego de una carreta de leña». Dice también que «el sentimiento de conmiseración es la raíz de la benevolencia; por consiguiente, un hombre benévolo piensa siempre en los tristes y miserables». De este modo Mencio se anticipó con mucho á Adam Smith, que funda su filosofía moral en la simpatía.

Es realmente chocante cómo el código de honor caballeresco de un país coincide con el de otros; en otras palabras: cómo las tan mal entendidas ideas morales de Oriente tienen sus semejantes en las más nobles máximas de la literatura europea. Si se mostraran á un caballero japonés los conocidos versos:

Hæ tibi erunt artes: pacisque imponere morem,
Parcere subjectis, ac debellare superbos,

podría acusar al bardo mantuano de plagiar la literatura de su país.

La benevolencia con el débil, el oprimido ó el vencido, fué siempre alabada como particularmente digna de un samurai. Los amantes del arte japonés deben estar familiarizados con la representación de un sacerdote montado sobre una vaca, dando la espalda á la cabeza del animal. El jinete fué un guerrero de otros tiempos, cuyo nombre llegó á ser un

símbolo del terror. En la terrible batalla de Sumano-Ura (año de 1184), que fué una de las más decisivas en nuestra historia, venció á un enemigo en combate singular y lo aprisionó en sus gigantescos brazos. La etiqueta de la guerra exigía que en tales ocasiones no se derramase sangre si el vencido no resultaba ser de igual rango ó capacidad que el vencedor. El feroz combatiente quiso saber el nombre del que yacía bajo él; mas negándose el último á declararlo, aquél le arrancó el casco sin piedad; pero la vista de un rostro juvenil, bello é imberbe, obligó al asombrado caballero á soltar su presa. Ayudando al joven á levantarse, invitó al adolescente á que huyera. «¡Corre, joven príncipe, al lado de tu madre! La espada de Kumagaye no se empañará jamás con una gota de tu sangre. Apresúrate y huye por aquel desfiladero antes de que el enemigo esté á la vista!» El joven guerrero se negó á huir y suplicó á Kumagaye, por el honor de ambos, que le matase en el acto. Brilla la hoja fría de la espada sobre la cabeza gris del veterano, la hoja que tantas vidas había segado; pero su enérgico corazón flaquea; ante su espíritu flota la imagen de su propio hijo, que en aquel mismo día marchó al sonido del clarín para ensayar sus armas vírgenes; la fuerte mano del guerrero tiembla; de nuevo suplica á su víctima que busque su salvación en la huida. Viendo que todos sus esfuerzos son vanos, y oyendo los pasos de sus camaradas que se acer-

can, exclama: «Si te descubren, perecerás á manos más indignas que las mías. ¡Oh, tú, Infinito, recibe su alma!» Un instante la espada centellea en el aire y, al bajar, está teñida en la sangre del adolescente. Cuando acaba la guerra, vemos á nuestro soldado volver en triunfo; pero poco le importan ahora el honor ó la fama: renuncia á su vida guerrera, afeita su cabeza, viste el hábito sacerdotal y dedica el resto de sus días á la santa peregrinación, sin volver jamás la espalda al Oeste, porque allí está el Paraíso de donde viene la salvación y á donde el sol corre cada día para buscar reposo.

Los críticos hallarán puntos flacos en esta historia, que es casuísticamente vulnerable. ¡Qué importa! No por eso deja de enseñar que la ternura, la compasión y el amor, eran rasgos que adornaban las hazañas más sanguinarias de los samurai. Había entre ellos la máxima de que «no está bien en el cazador matar al pájaro que se refugia en su pecho». Esto explica en gran parte por qué el movimiento de la Cruz Roja, considerado como esencialmente cristiano, arraigó tan rápidamente entre nosotros. Varias décadas antes de que oyéramos hablar del Convenio de Ginebra, Bakin, nuestro mayor novelista, nos había familiarizado con el tratamiento médico de un enemigo caído.

En el principado de Satsuma, conocido por su educación y espíritu marcial, se hallaba extendida entre los jóvenes la costumbre de practicar la mú-

sica; no el clamor de las trompetas ó el redoble de los tambores («esos clamorosos pregoneros de sangre y muerte») que nos instigan á emular los actos del tigre, sino melancólicas y dulces melodías en la *wiba* (1), que suavizan nuestros instintos fieros, apartando nuestras ideas del olor de la sangre y de las escenas de carnicería. Polibio nos habla de la Constitución de la Arcadia, que exigía á todos los jóvenes menores de treinta años que practicasen la música, para que este amable Arte hiciese llevaderos los rigores de aquella inclemente región. A su influjo atribuye la ausencia de crueldad en aquella parte de las montañas arcadianas.

Y no fué Satsuma la única comarca del Japón donde se inculcaba la amabilidad á la clase guerrera. Un príncipe de Shirakawa escribía sus pensamientos sueltos, y entre ellos está el siguiente: «Aunque lleguen ocultamente á vuestra cabecera en el silencio de una noche de insomnio, no apartéis de vosotros, sino recibid con cariño, la fragancia de las flores, el sonido lejano de campanas y el canto de los insectos en una noche de invierno». Y más adelante: «Aunque hieran vuestros sentimientos, debéis perdonar estas tres cosas: la brisa que esparce vuestras flores, la nube que os oculta la luna y al hombre que trata de entablar disputa con vosotros».

(1) Instrumento musical, semejante á la guitarra.

Estas dulces emociones eran las que el escritor de versos debía, en apariencia, expresar; pero, en realidad, practicar. Nuestra poesía tiene, por esto, un inmenso fondo de emoción y ternura. Una conocidísima anécdota de un samurai rústico es un ejemplo oportuno. Encargáronle de aprender versificación, y habiéndole dado como tema de su primer ensayo «El canto de la alondra» (1), su fiero espíritu se rebeló, y arrojó á los pies de su maestro una incorrecta producción, que decía:

«El guerrero valiente debe huir
del oído que puede escuchar
el canto de la alondra».

Su maestro, sin impacientarse ante tan rudo sentimiento, continuó alentando al joven, hasta que un día la música de su alma se despertó para responder á las dulces notas del *uguisu*, y escribió:

«Detiénese el guerrero, armado y fuerte,
á oír el canto del *uguisu*,
modulado dulcemente entre los árboles».

Nos admira y conmueve el heroico incidente de la corta vida de Körner, cuando, cayendo herido en el campo de batalla, escribió su famoso «Adiós á la vida». Incidentes como éste no eran raros en nuestras guerras. Nuestros poemas, enérgicos y

(1) El *uguisu*, llamado por algunos ruiseñor del Japón.

epigramáticos, se adaptaban especialmente á la improvisación de un sentimiento único. Todo hombre, cualquiera que fuese su educación, era un poeta ó un poetastro. No era poco frecuente ver á un soldado, durante una marcha, detenerse, sacar de su faja los utensilios de escribir y componer una oda; y esos papeles se encontraban después en los cascos ó bajo las corazas, al quitar éstas de los cuerpos exánimes que las vestían.

Lo que en Europa ha hecho el Cristianismo para despertar la compasión en medio de los horrores de la guerra, lo ha hecho en el Japón el amor á la música y á la literatura. El cultivo de los sentimientos tiernos produce la consideración hacia los dolores ajenos. La modestia y la complacencia, producidas por el respeto á los sentimientos de los demás, son la raíz de la

CORTESÍA,

esa cortesía y urbanidad de maneras que todo turista extranjero ha observado como un característico rasgo japonés. La cortesía es una pobre virtud, cuando sólo la motiva el miedo de ofender el buen gusto, debiendo ser la manifestación externa de una consideración simpática hacia los sentimientos de los demás. Implica también un debido respeto á la adecuación de las cosas, y, por consiguiente, un respeto á las posiciones sociales; porque estas últi-

mas no expresan distinción plutocrática, sino que fueron en su origen distinciones de mérito positivo.

En su forma superior, la cortesía casi se confunde con el amor. Podemos decir, sin irreverencia, que la cortesía «sufre largo tiempo y es generosa; no envidia, no se envanece, no se engríe, no comete inconveniencias, no es egoísta, no es fácil á la provocación, desoye el mal». ¿Es maravilla que el profesor Dean, al hablar de los seis elementos de la Humanidad, conceda á la cortesía un puesto elevado, siendo ella el fruto más maduro del trato social?

Cuando así alabo la cortesía, está muy lejos de mi ánimo colocarla en la primera línea de las virtudes. Si la analizamos, encontraremos que es correlativa con otras virtudes de grado superior, porque ¿qué virtud hay que esté aislada? Mientras que—ó mejor dicho, porque—se le rendía homenaje como peculiar á la profesión de las armas, y, por tanto, se estimaba en un grado más alto del que merece, se produjeron sus imitaciones. Confucio mismo ha enseñado con insistencia que las exterioridades forman tan poca parte de la cortesía como los sonidos de la música.

Cuando la corrección llegó á ser el *sine qua non* del trato social, era de esperar que se pusiese en boga un sistema complicado de etiqueta para instruir á la juventud en una conducta social correcta. Cómo debe uno inclinarse al encontrarse con

otros, cómo debe andar y sentarse, eran cosas que se enseñaban y aprendían con el mayor cuidado. Las maneras en la mesa se elevaron á la categoría de ciencia. El modo de servir y beber el té constituyó una ceremonia. Un hombre de educación está, desde luego, obligado á saber todo esto á fondo. Con mucha razón Mr. Veblen, en su interesante libro (1), llama á las conveniencias sociales «producto y exponente de la vida de las clases acomodadas».

He oído á algunos europeos hacer observaciones desdeñosas sobre nuestra complicada disciplina de la cortesía. Se ha dicho, como crítica, que absorbe demasiada cantidad de nuestro pensamiento, y que, por consiguiente, es una necedad prestarle estricta obediencia. Admito que hay pequeñas innecesarias en la etiqueta ceremoniosa; pero no aparece muy claro á mi espíritu que tenga tanto de necedad como la sumisión á las modas, siempre cambiantes, de Occidente. Ni aun las modas las considero como meros caprichos de la vanidad; por el contrario, pienso que son la aspiración incesante del espíritu humano hacia la belleza. Mucho menos considero las ceremonias complicadas como meramente triviales, porque denotan el resultado de una

(1) *Theory of the Leisure Class*, Nueva York, 1899, página 46.

larga observación de los métodos más adecuados para llegar á cierto resultado. Supuesto que hay que hacer una cosa, no cabe duda de que habrá una manera mejor que otras para hacerla, y la mejor manera será la más económica y, á la vez, más graciosa. Spencer define la gracia como la manera más económica del movimiento. La ceremonia del té prescribe ciertos modos determinados de manejar una taza, una cuchara, una servilleta, etc. Para un novicio todo esto es aburrido. Pero pronto descubrimos que el modo prescrito es, en realidad, el que ahorra más tiempo y trabajo; en otras palabras, el uso más económico de la fuerza: por consiguiente, según la definición de Spencer, el más gracioso.

La trascendencia espiritual de las fórmulas sociales (ó podríamos decir, usando la fraseología de la «Filosofía del traje», la disciplina espiritual de la cual la etiqueta y la ceremonia no son sino meras vestiduras), no guarda proporción con lo que su apariencia nos hace creer. Podría seguir el ejemplo de Spencer, señalando á nuestras instituciones ceremoniales sus orígenes y los motivos morales que las produjeron; pero no es este el objeto del presente libro. Lo que importa hacer ver es la enseñanza moral que encierra la observación estricta de la corrección.

He dicho ya que la etiqueta dió reglas para las más bellas minuciosidades, hasta el punto de que

se produjeron distintas escuelas que patrocinaban distintos sistemas. Pero todas se unieron en lo más esencial, que expresó en los siguientes términos el gran expositor de la más conocida escuela de etiqueta, la Ogasawara: «El fin de toda etiqueta es cultivar el espíritu, de tal suerte que, aun cuando estéis tranquilamente sentados, ni el rufián más grosero pueda atreverse á poner la mano sobre vuestra persona». Quiere esto decir, en otras palabras, que por el constante ejercicio de las maneras correctas se pueden mantener todas las partes y facultades del cuerpo en tal orden, en tal armonía consigo mismas y con el medio, que demuestren el imperio del espíritu sobre la carne misma, viniendo así á dar un nuevo y profundo significado de la palabra francesa *bienséance* (1).

Si es cierta la premisa de que la verdadera gracia significa economía de fuerza, será consecuencia lógica que una práctica constante de movimientos graciosos debe traer consigo una economía y una reserva de fuerzas. Las bellas maneras, pues, significan poder en reposo. Cuando los bárbaros galos, durante el saqueo de Roma, hicieron irrupción en el Senado y se atrevieron á tirar de las barbas á los venerables Padres, creemos que los ancianos tuvieron gran culpa de ello, porque les faltaron la dignidad y la energía en las maneras. ¿Es posible

(1) Etimológicamente *acío de estar bien sentado*.

llegar á la mayor perfección espiritual por medio de la etiqueta? ¿Por qué no? Por todas partes se va á Roma.

Por vía de ejemplo de cómo la cosa más sencilla puede convertirse en un arte y formar parte de la cultura espiritual, hablaré del *Cha-no-yu*, la ceremonia del té. ¡El acto de tomar el té, una de las bellas artes! ¿Por qué no ha de serlo? En los dibujos que un niño traza sobre la arena, en el bulto grosero que un salvaje talla en la roca, está la promesa de un Rafael ó de un Miguel Angel. ¿No hay más motivos para que la bebida de un brebaje, que comenzó con la contemplación trascendental de un anacoreta indo, tenga derecho á convertirse en servidora de la Religión y de la Moral? Esa calma del espíritu, esa serenidad de humor, esa compostura y tranquilidad de maneras, que son los primeros requisitos del *Cha-no-yu*, son, sin duda, también las primeras condiciones de un recto juicio y de un honrado sentimiento. La escrupulosa limpieza de la pequeña habitación, apartada de la vista y el ruido de la multitud que marea, induce por sí sola á que dirijamos nuestros pensamientos fuera del mundo. El interior, desnudo de muebles, no cansa nuestra atención como las innumerables pinturas y objetos diversos de un salón occidental; la presencia del *Kakemono* (1) llama nuestra atención más á la gra-

(1) Cuadro decorativo, alto y estrecho, armado y sus-

cia del dibujo que á la belleza del color. El fin perseguido es el mayor refinamiento de gusto posible; todo lo que pueda parecer ostentación se proscribe con religioso horror. El hecho mismo de que la ceremonia fuese ideada por un solitario contemplativo, en un tiempo en que las guerras y los rumores de guerra eran incesantes, es bastante elocuente para demostrar que esta institución era algo más que un pasatiempo. Antes de entrar en el tranquilo recinto destinado á sala de té, la sociedad reunida para participar de la ceremonia, deponía, juntamente con sus espadas, la ferocidad del campo de batalla ó los cuidados del gobierno, para no encontrar allí más que paz y amistad.

El *Cha-no-yu* es más que una ceremonia: es un arte bella; es poesía, con gestos articulados en vez de ritmo: es un *modus operandi* de la disciplina del alma. Su mayor valor está en este último aspecto. Con no poca frecuencia los otros aspectos preponderaron en el espíritu de sus devotos; pero esto no prueba que su esencia no fuese espiritual en el fondo.

La cortesía es una gran adquisición, aunque no hiciera más que dar gracia á las maneras; pero su función no acaba aquí. Porque la corrección, na-

pendido á la manera de los mapas murales, y que contiene pinturas ó ideogramas.

ciendo por motivos de benevolencia y modestia, y desarrollándose por sentimientos tiernos para con la sensibilidad de los demás, es siempre una expresión graciosa de simpatía. Su condición es que lloremos con los afligidos y nos regocijemos con los alegres. Esta exigencia didáctica, cuando está limitada á los pequeños detalles de la vida ordinaria, se manifiesta en ligeros actos apenas perceptibles, ó que, si se advierten, son, como me dijo en cierta ocasión una señora misionera que llevaba veinte años de residencia en el Japón, «excesivamente cómicos». Camináis bajo un sol abrasador, sin nada que os dé sombra; pasa á vuestro lado un conocido, japonés; os detenéis á hablarle, é inmediatamente se quita el sombrero: hasta aquí todo es natural; pero lo «excesivamente cómico» es que, todo el tiempo que está hablando con vosotros el japonés, tiene su sombrilla baja, y está recibiendo el sol abrasador. ¡Qué tontería!—En efecto, una gran tontería si su motivo no fuese éste: «Usted está al sol; yo siento simpatía por usted; de buena gana le cubriría á usted con mi quitasol, si éste fuese bastante grande ó si yo tuviese bastante confianza con usted; como no puedo darle sombra, debo compartir con usted las molestias». Ligeros actos de este género, igualmente ó más divertidos, no son meros gestos ó convencionalismos. Son la materialización de los sentimientos cuidadosos del bienestar de los demás.

Nuestros cánones de cortesía prescriben otra costumbre «excesivamente cómica»; pero muchos escritores superficiales sobre cosas del Japón la han dejado á un lado, atribuyéndola simplemente á la inversión general de las cosas japonesas. Todo extranjero que lo ha observado confesará la dificultad que ha sentido para contestar oportunamente. En América, cuando se hace un regalo, el que lo hace entona sus alabanzas al que lo recibe; en Japón lo depreciamos ó hablamos mal de él. La idea subyacente en el americano es: «Este es un buen regalo; si no fuera bueno no se lo haría á usted, porque sería un insulto dar á usted algo que no fuese bueno.» En contraste con esto, nuestra lógica dice: «Usted es una persona de mucho valor y no habrá regalo bastante valioso para usted. No aceptará usted nada que yo pueda ofrecerle, sino como muestra de mi buena voluntad; sírvase usted, pues, aceptarlo, no por su valor intrínseco, sino como testimonio de mis sentimientos. Sería un insulto á lo que usted vale, decir que el mejor regalo es digno de usted». Colocad ambas ideas juntas y veréis que fundamentalmente son la misma. Ni una ni otra son «excesivamente cómicas.» El americano habla del material que forma el regalo; el japonés del espíritu que lo informa.

Para concluir, es poco leal razonamiento aprovechar que nuestro espíritu de corrección se muestra en las más pequeñas ramificaciones de nuestra

conducta, tomar la menos importante de todas mostrándola como tipo y emitir juicio acerca del principio mismo. ¿Qué es más importante, comer, ú observar las reglas de corrección en la comida? Un sabio chino responde: «Si tomáis un caso en que el comer es absoluta y únicamente importante y el observar las reglas de corrección es de poca importancia, y comparáis las dos cosas ¿por qué habéis de decir que el comer es lo más importante?» «El metal es más pesado que las plumas»; pero ¿se refiere esta afirmación á una sola partícula de metal y á un carro lleno de plumas? Tomad un pedazo de madera de un pie de largo y levantadlo sobre el pináculo de un templo: nadie dirá que la madera es más alta que el templo.

Se dice que á la pregunta: «qué es más importante, decir la verdad ó ser cortés?», los japoneses dan una respuesta diametralmente opuesta á la que daría un americano; pero suspendo todo comentario para hablar de la

VERACIDAD,

sin la cual la cortesía es una farsa y una apariencia. «La corrección llevada más allá de los límites debidos», dice Masamune, «se convierte en mentira.» Un antiguo poeta se ha anticipado á Polonio cuando dice: «Sé veraz contigo mismo; si no apartas tu corazón de la verdad, sin necesidad de oración los

Dioses te recibirán en su seno.» La apoteosis de la Sinceridad que Tsu-tsu expresa en la *Doctrina de la bajeza*, atribuye á esa virtud facultades sobrenaturales, identificándolas casi con las divinas. «La sinceridad es el fin y el principio de todas las cosas; sin ella no existiría nada.» Habla después con elocuencia de su naturaleza trascendental y duradera, de su facultad de producir cambios sin movimiento y de realizar sin esfuerzo, por sola acción de presencia, sus fines. El ideograma chino de la sinceridad, que es una combinación de «palabra» y «perfecto», nos convida á establecer un paralelo entre ella y la doctrina platónica del *Logos*; á tal altura se remonta el sabio en su extraordinario vuelo místico.

La mentira ó el equívoco se consideraban igualmente viles. El bushi sostenía que su elevada posición social demandaba un grado de veracidad superior al del comerciante y el campesino. *Bushino ichi-gon* (la palabra del samurai, ó en un equivalente exacto, en alemán *ein Ritterwort*) era garantía suficiente de la veracidad de una afirmación. Su palabra llevaba consigo tal peso, que las promesas se hacían de ordinario, y se cumplían, sin documento escrito, que se habría considerado inferior á su dignidad. Se contaban muchas curiosas anécdotas de los que expiaron con la muerte el *ni-gon*, la palabra doble.

El respeto á la veracidad fué tan grande que, á

diferencia de la generalidad de los cristianos, tan pertinaces en violar la orden que claramente dió el Maestro, de no jurar, los mejores entre los samurai consideraban el juramento como una pérdida de honor. Bien sé que juraban por diferentes divinidades ó sobre su honor; pero nunca degeneró el juramento en una fórmula vana y en una interjección irreverente. Para dar importancia á las palabras se recurrió algunas veces á la costumbre de sellar literalmente con sangre. Para explicar esta costumbre no necesito sino remitir á mis lectores al Fausto de Goethe.

Un moderno escritor americano es responsable de la afirmación de que, si preguntáis á un japonés cualquiera qué es mejor, decir una falsedad ó ser descortés, no dudará en responderos: «¡decir una falsedad!» El doctor Peery (1) tiene razón en parte, y en parte no la tiene; es justo en decir que un japonés cualquiera, incluso samurai, puede contestar del modo que se le atribuye; pero no lo es en atribuir tanto sentido á la palabra que traduce por «falsedad». Esa palabra (en japonés *uso*) se emplea para denotar una cosa que no es verdad (*makoto*) ó realidad (*honto*). Lowell nos dice que Wordsworth no podía distinguir entre verdad y realidad, y un japonés, en esto, es igual á Wordsworth. Preguntad á un japonés, y hasta á un americano de algún

(1) Peery, *The Gist of Japan*, p. 86.

refinamiento, si le sois antipático, ó si le duele el estómago, y no vacilará en decir falsedades y en contestar «me es usted muy agradable», ó «estoy bien, muchas gracias.» Faltar á la verdad por pura cortesía era considerado como una fórmula vana (*kyo-rei*), y el «engaño con palabras dulces» no se justificaba en modo alguno.

Aunque ahora estoy hablando de la idea de veracidad del Bushido, no será extemporáneo dedicar algunas palabras á nuestra integridad comercial, de la cual he leído tantas quejas en libros y periódicos extranjeros. Ciertó que una moralidad poco rígida en los negocios ha sido la peor mancha en nuestra reputación nacional; pero antes de calumniarla ó de condenar precipitadamente por causa de ella á toda la raza, estudiémosla con calma y quizá nos veamos recompensados con un consuelo para el porvenir.

De todas las profesiones de la vida, ninguna estaba más alejada de la profesión de las armas que la del comercio. El comerciante estaba clasificado en el grado inferior de las profesiones: guerrero, labrador, artesano, comerciante. El samurai obtenía sus rentas de la tierra y hasta podía permitirse, si lo tenía á bien, ser labrador aficionado; pero el contador y el aparato de calcular eran mirados con horror. Conocido es el fondo de sabiduría de esta distribución social. Montesquieu ha mostrado claramente que el disociar la nobleza y las empresas

mercantiles era una admirable política social, en cuanto impedía que la riqueza se acumulase en manos de los poderosos. La separación del poder y la riqueza hizo que la distribución de la última fuese relativamente más equitativa. El profesor Dill, autor de «La sociedad romana en el último siglo del Imperio de Occidente», nos ha hecho ver que una de las causas de la decadencia del Imperio Romano fué el permiso dado á la nobleza para que se dedicasen al comercio y el subsiguiente monopolio de la riqueza y el poder por una minoría de familias senatoriales.

El comercio, pues, en el Japón Feudal, no alcanzó el grado de desarrollo á que habría llegado en condiciones de mayor libertad. La nota infamante inherente al oficio produjo como consecuencia natural el que los comerciantes se preocuparan poco de su reputación social. «Llamad á un hombre ladrón y acabará por robar»; poned un estigma á una profesión y sus individuos ajustarán á él su moralidad, porque es natural que «la conciencia normal», como dice Hugo Black, «se eleve todo lo que se exija de ella, y caiga con facilidad al límite del nivel que de ella se espera.» Inútil es añadir que ningún negocio, comercial ó no, puede tratarse sin un código de moral. Nuestros comerciantes de los tiempos feudales tenían uno para su uso, sin lo cual jamás podrían haber desarrollado instituciones mercantiles tan fundamentales como los

gremios, los bancos, la bolsa, los seguros, las letras de cambio, etc.; pero en sus relaciones con las personas ajenas á su profesión, los comerciantes vivían demasiado fieles á su reputación.

En estas condiciones, cuando el país se abrió al comercio exterior, sólo los más aventureros y poco escrupulosos se establecieron en los puertos, mientras que las casas de negocios respetables se negaron por algún tiempo á las repetidas invitaciones de las autoridades á que estableciesen sucursales. ¿Fué impotente el Bushido para detener la corriente de deshonor comercial? Veámoslo.

Los que conozcan bien nuestra historia recordarán que pocos años después de abrirse nuestros puertos al comercio exterior, se abolió el feudalismo, y cuando, en consecuencia, los feudos de los samurai fueron nacionalizados, dando á sus antiguos dueños bonos como indemnización, se les permitió que invirtieran este capital en empresas mercantiles. Podrá ahora preguntarse: «¿Por qué no llevaron á los negocios su tan decantada veracidad, reformando así los antiguos abusos?» Quien tenga ojos para ver no llorará bastante, quien tenga corazón para sentir no simpatizará bastante con la suerte de tantos y tantos nobles y honrados samurai como fracasaron manifiesta é irrevocablemente en su nuevo y extraño campo del comercio y la industria, por su completa falta de malicia para competir con sus arteros rivales plebeyos. Cuando sa-

bemos que ochenta por ciento de las casas de negocios fracasan en un país tan comercial como América, ¿qué tiene de extraño que apenas uno entre ciento de los samurai que se dedicaron al comercio pudiese triunfar en su nueva carrera? Mucho tiempo pasará antes de que sepamos cuántas fortunas se perdieron en esta tentativa de aplicar la ética del Bushido á los métodos comerciales; pero pronto vió todo espíritu observador que los caminos de la riqueza no eran los mismos del honor. ¿En qué concepto, pues, eran diferentes?

De los tres móviles de la veracidad que enumera Lecky, á saber, el industrial, el político y el filosófico, el primero faltaba completamente en el Bushido. En cuanto al segundo, escasamente podía desarrollarse en una comunidad política dominada por el régimen feudal. En el aspecto filosófico, el más elevado, al decir de Lecky, es donde la Honradez alcanzó alto rango en el catálogo de nuestras virtudes. Con todo mi mayor respeto á la alta integridad comercial de la raza anglo-sajona, cuando pregunto por el primer principio, se me dice que «la honradez es la mejor política», que el ser honrado *produce*. Luego ¿es que la recompensa de la virtud no es la virtud misma? Si se la obedece porque da más dinero que la falsedad, temo mucho que el Bushido se inclinara con preferencia á la mentira.

Si el Bushido rechaza una doctrina de recom-

piensas *quid pro quo*, el comerciante más avisado la aceptará al momento. Lecky ha observado muy exactamente que la veracidad debe en gran parte su desarrollo al comercio y á la industria; según la expresión de Nietzsche, «la honradez es la más joven de las virtudes»: en otras palabras, es el hijo de leche de la industria, de la moderna industria. Sin esta madre, la veracidad era como un huérfano de sangre azul, que sólo los espíritus más refinados podían adoptar y criar. Semejantes espíritus eran comunes entre los samurai, pero por falta de una nodriza más democrática y utilitaria, la tierna criatura no pudo desarrollarse. Al progresar las industrias, la veracidad aparecerá como una virtud de práctica fácil y hasta provechosa. Ved una prueba: no más lejos que en Noviembre de 1880, Bismark envió una circular á los cónsules de carrera del Imperio alemán, advirtiéndoles una «lamentable falta de buena fe en los cargamentos alemanes *inter alia*, falta relativa tanto á la calidad como á la cantidad»; hoy día se habla relativamente poco de que el comercio alemán no sea cuidadoso y honrado; en veinte años los comerciantes aprendieron que á la larga la honradez produce. Ya los nuestros comienzan á aprenderlo también. Por lo demás, recomiendo al lector á dos escritores recientes por su bien pesado juicio en este asunto (1). Es in-

(1) Knapp, *Feudal and Modern Japan*, vol. I, cap. IV. Ransome, *Japan in transition*, cap. III.

interesante notar á este propósito que la integridad y el honor eran las más seguras garantías que hasta comerciantes deudores podían ofrecer en forma de notas promisorias. Era cosa corriente insertar cláusulas como las siguientes: «En caso de faltar al pago de la suma que me ha sido prestada, no me opondré á ser ridiculizado públicamente», ó «en caso de no pagar á usted la deuda, podrá usted llamarme imbécil», etc.

Muchas veces he pensado si la veracidad del Bushido tendría algún motivo más elevado que el valor. En ausencia de toda exigencia positiva contra la emisión de un falso testimonio, el mentir no se condenaba como una maldad, sino que se señalaba meramente como debilidad, y, en este concepto, se estimaba sumamente deshonrosa. Evidentemente, la idea de honradez está tan íntimamente unida, incluso en su etimología latina y germánica, con el

HONOR,

que ya es tiempo que me detenga unos momentos en el examen de este capítulo de los Preceptos de la Caballería.

El sentimiento de honor, que implica una conciencia clara de la dignidad y el merecimiento personal, no podía faltar entre los caracteres del samurai, nacido y educado en la estimación de los de-

beres y privilegios de su profesión. Aunque la palabra empleada hoy día ordinariamente como traducción de «honor», no era de uso corriente, la idea se expresaba en palabras tales como *na* (nombre), *men-moku* (fisonomía), *guai-bun* (audición externa), recordándonos, respectivamente, el uso bíblico de «nombre», la evolución de la palabra «personalidad», procedente de la máscara griega, y la «fama». Dado por supuesto un buen nombre (la reputación, la parte inmortal del yo, en contraposición al resto, que es bestial), cualquier infracción de su integridad se sentía como una vergüenza, y el sentimiento de vergüenza (*Ren-chi-shin*), era uno de los más cultivados en la educación juvenil. «Se reirán de tí», «esto te pondrá en ridículo», «¿no te da vergüenza?», eran el último recurso para traer á buena conducta á un joven delincuente. Esta apelación al honor tocaba el punto más sensible en el corazón del niño, como si se hubiera nutrido con honor mientras estaba en el vientre de su madre; lo más probable, en efecto, es que el honor sea un influjo pre-natal, estando estrechamente unido á la conciencia firme de las relaciones de familia. «Al perder la solidaridad de las familias, dice Balzac, la sociedad ha perdido la fuerza fundamental que Montesquieu llamó Honor». Sin duda, el sentimiento de vergüenza me parece que es la primera indicación de la conciencia moral de nuestra raza. El primero y más duro castigo que la huma-

nidad padeció por haber saboreado «el fruto del árbol prohibido», fué, á mi entender, no el dolor del parto, ni las espinas y cardos, sino el despertar del sentimiento de vergüenza. Pocos incidentes en la historia son más patéticos que la escena de la primera madre cosiendo con pecho palpitante y trémulos dedos las pocas hojas de higuera que su abatido compañero cogiera para ella. Este primer fruto de la desobediencia está adherido á nosotros con una tenacidad sin igual. Todo el ingenio sartorial de la humanidad no ha conseguido todavía coser un delantal que oculte eficazmente nuestro sentimiento de vergüenza. Razón tenía aquel samurai que se negaba á comprometer su buen nombre por una ligera humillación en su juventud; «porque—decía—el deshonor es como una cortadura en un árbol: el tiempo, en vez de borrarla, la hace mayor».

Mencio había enseñado siglos antes, en una frase casi idéntica, lo que Carlyle ha expresado más tarde, á saber: que «la vergüenza es el solar de todas las virtudes, de las buenas maneras y de la buena moral».

El temor al descrédito era tan grande que, si nuestra literatura carece de la elocuencia que Shakespeare puso en boca de Norfolk, no por eso dejó de estar suspendido, como espada de Damocles, sobre la cabeza de los samurai, y á veces tomó un carácter morboso. En nombre del honor se perpe-

traron hechos que no pueden hallar justificación en el código del Bushido. Al más ligero y aun imaginado insulto, cualquier valentón de genio vivo se daba por ofendido y echaba mano á la espada, produciendo más de un conflicto innecesario y perdiendo más de una vida inocente. La historia de que un buen ciudadano advirtió á un bushi que llevaba una pulga en la espalda y fué inmediatamente cortado en dos, por la simple y cuestionable razón de que, alimentándose las pulgas con sangre de animales, era imperdonable insulto identificar á un noble guerrero con una bestia; esta historia, digo, y otras semejantes, son demasiado frívolas para ser creídas. Sin embargo, la circulación de tales fábulas indica tres cosas: 1.^a, que fueron inventadas para atemorizar al vulgo; 2.^a, que realmente se abusaba de la profesión de honor de los samurai; y 3.^a, que había entre ellos un sentimiento muy desarrollado de vergüenza. Evidentemente no es leal tomar un caso normal para abominar de los Preceptos, como lo sería juzgar los preceptos de Cristo por los frutos del fanatismo y de la extravagancia religiosa: inquisiciones é hipocresía. Pero así como en la monomanía religiosa hay algo noble que conmueve, comparado con el delirium tremens de un alcoholizado, así también en esta extremada sensibilidad del samurai, en lo que toca á su honor, reconocemos el substratum de una genuína virtud.

Los excesos morbosos en que el delicado código del honor era propenso á incurrir, estaban suficientemente contrarrestados por la predicación de la magnanimidad y la paciencia. Ofenderse por una ligera provocación se consideraba ridículo, como una prueba de carácter mezquino. Un adagio popular reza: «La verdadera paciencia consiste en soportar lo que nos parece insoportable.» El gran Iyeyasu dejó á la posteridad unas cuantas máximas, entre las cuales están las siguientes: «La vida del hombre es como una larga marcha con una carga pesada sobre los hombros. No nos apremuremos... No culpemos á nadie, pero vigilemos siempre nuestras propias faltas... La paciencia es la base de una larga vida.» Él mismo demostró con su vida lo que predicaba. Un espíritu literario ha puesto un epigrama característico en boca de tres personajes muy conocidos de nuestra historia: á Nobunaga atribuye: «mataré al rui señor, si no canta á tiempo»; á Hideyoshi: «le obligaré á que cante para mí»; á Iyeyasu: «esperaré hasta que quiera cantar.»

La paciencia y el prolongado sufrimiento fueron también muy recomendados por Mencio. En un lugar escribe á este propósito: «Aunque te desnudes y me insultes ¿qué me importa? No podrás manchar mi alma con tu ultraje». En otro sitio dice que la ira provocada por una ofensa insignificante es indigna de un hombre superior, pero que

la indignación por un gran motivo es una cólera justa.

Hasta qué grado de pacífica é irresistible humildad podía llegar el Bushido en algunos de sus adeptos, puede juzgarse por sus palabras. Tomemos como ejemplo esta frase de Ogawa: «Cuando otros digan toda suerte de cosas malas contra tí, no devuelvas mal por mal, sino más bien reflexiona que no eras fiel en el cumplimiento de tus deberes». Veamos otra de Kumazawa: «Cuando otros te condenen, no los condenes; cuando otros estén airados contra tí, no les pagues con ira; la felicidad no llega hasta que se marchan la pasión y el deseo». Todavía citaré otro ejemplo de Saigo, sobre cuyas prominentes cejas «la vergüenza misma se avergüenza de parecer». «El único Camino es el camino del Cielo y de la Tierra: el deber del hombre es seguirlo; por consiguiente imponte como objeto de tu vida adorar al Cielo: el cielo te ama á tí con el mismo amor que á los demás: por consiguiente, tú debes amar á los demás con el mismo amor que á tí mismo. No te asocies con el Hombre, sino con el Cielo, y asociándote con él obra lo mejor que puedas. No condenes á los demás; mira más bien si tú no faltas á tus deberes». Algunas de estas frases recuerdan las máximas cristianas, y nos muestran hasta qué punto pueden aproximarse en la moral práctica la religión natural y la revelada. Y estas frases no fue-

ron sólo palabras, sino que realmente encarnaron en actos.

Fuerza es reconocer que muy pocos alcanzaron este grado sublime de magnanimidad, paciencia y perdón. Es lástima que nada claro y general se expresara en cuanto á lo que constituye el honor; y que sólo unos pocos espíritus iluminados reconocieran que «no nace de ninguna condición», sino que está en el fondo de todo el que cumple con su deber: porque era cosa fácil que los jóvenes olvidasen en el calor de la acción lo que habían aprendido en Mencio en sus momentos de calma. Dijo este sabio: «Amar el honor es una cualidad del espíritu de todo hombre; pero pocos imaginan que lo verdaderamente honorable está dentro de ellos, y no en ninguna otra parte. El honor que los hombres confieren no es verdadero honor. Aquellos á quienes Cháo el Grande ennoblece, pueden ser después envilecidos por él».

Por regla general un insulto hería rápidamente y era contestado con la muerte, como veremos después, porque el honor (con frecuencia no superior á la vanagloria ó á la aprobación verbal) se apreciaba como el *summum bonum* de la existencia terrenal. La fama, no la riqueza ni la ciencia, era la meta á que todos los jóvenes debían aspirar. Más de un muchacho juró en su interior, al salir de los umbrales de la casa paterna, no volver á pisarlos hasta haber conquistado un nombre en el mundo;

y más de una madre ambiciosa se negó á ver de nuevo á sus hijos si no «volvían á casa», según dice la expresión, «cubiertos de brocado». Para evitar la vergüenza ó conquistar un nombre, los muchachos samurai serían capaces de someterse á cualquier privación y á las más rudas pruebas de sufrimiento corporal ó mental. Sabían que el honor ganado en la juventud crece con la edad. En el memorable sitio de Osaka, un hijo de Iyeyasu, á pesar de sus súplicas para que le colocasen en la vanguardia, fué obligado á ocupar un puesto en la retaguardia del ejército. Cuando se rindió el castillo estaba tan triste y lloraba tan amargamente, que un anciano consejero trató de consolarle con todos los recursos de que disponía. «Tranquilizáos, señor», decía, «pensando en el largo porvenir que os espera. En los muchos años que viviréis se os ofrecerán numerosas ocasiones de distingueros». El muchacho fijó su vista indignada sobre el anciano y le dijo: «¡Qué neciamente habláis! ¿Podré acaso volver á cumplir los catorce años?»

La vida misma se consideraba despreciable si con ella se podían obtener el honor y la fama: de aquí que cuando se ofrecía una causa que se consideraba de más valor que la vida, se sacrificaba ésta con la mayor serenidad y rapidez.

Entre las causas á cuyo lado no era caro el sacrificio de la vida, figuraba

EL DEBER DE LEALTAD,

piedra angular que hacía de las virtudes feudales un arco simétrico. Las demás virtudes de la moral feudal son comunes á otros sistemas de ética, á otras clases de gentes; pero esta virtud (homenaje y fidelidad á un superior) es su carácter distintivo. No ignoro que la fidelidad personal es una adhesión moral que existe en todas las clases y condiciones humanas: hasta una banda de rateros presta obediencia á un jefe; pero sólo en el código del honor caballeresco es donde la lealtad toma una importancia capital.

A pesar de la crítica de Hegel, según la cual la fidelidad de los vasallos feudales, siendo obediencia á un individuo y no á una comunidad, es un lazo establecido sobre principios absolutamente injustos (1), un gran compatriota suyo se gloriaba de que la lealtad personal fuese una virtud germánica. Bismark tenía buenas razones para hacerlo, no porque el *Treue* que él alaba haya sido monopolio de su Patria ni de ninguna otra nación ó raza, sino porque este fruto favorito de la caballería duró más en el pueblo donde el feudalismo ha sido más largo. En América, donde «cada uno

(1) *Philosophy of History* (trad. ingl. por Sibree), parte IV, sec. II, cap. I.

es tanto como otro», y, como añadió el irlandés, «más aún», ideas exaltadas de lealtad, tales como las que nosotros tenemos para nuestro soberano, pueden considerarse «excelentes dentro de ciertos límites», pero absurdas en la forma en que nosotros las cultivamos. Montesquieu se quejaba hace mucho tiempo de que lo justo en un lado de los Pirineos fuese injusto en el otro, y el reciente proceso Dreyfus probó la verdad de esta observación, salvo que no eran solo los Pirineos el límite que marcaba el desacuerdo de la justicia francesa. De un modo semejante, la lealtad, tal como nosotros la concebimos, puede encontrar pocos admiradores fuera de nuestro país, no porque nuestra concepción sea errónea, sino porque se ha olvidado, creo yo, en otras partes, y porque nosotros la llevamos á un grado á que no llegó ningún otro país. Griffis (1) tenía perfecta razón al decir que mientras en China la moral de Confucio hizo de la obediencia á los padres el primer deber humano, en Japón se dió preferencia á la lealtad. A riesgo de herir los sentimientos de algunos de mis buenos lectores, contaré la historia de un hombre que «pudo tener bastante fuerza de voluntad para seguir á su señor caído», y que por ello, como asegura Shakespeare, «mereció un lugar en la historia».

(1) *Religions of Japan.*

Es la historia de uno de los caracteres más puros que han existido en nuestro país, de Michizané, el cual, habiendo caído víctima de la envidia y la calumnia, fué desterrado de la capital. No contentos con esto, sus encarnizados enemigos resuelven la extinción de la familia. Buscan con interés á su hijo (todavía un niño) y averiguan que está oculto en una escuela de aldea, tenida por un tal Genzo, antiguo vasallo de Michizané. El maestro de escuela recibe inmediatamente orden de entregar, en una fecha determinada, la cabeza del juvenil reo; su primera idea es buscar otro niño para ejecutarlo en sustitución del hijo de su señor. Recorre la lista de la escuela, examina con ojos ansiosos á todos los muchachos, según van entrando en la clase; pero ninguno de los niños del país tienen la menor semejanza con su protegido. Su desesperación, sin embargo, no dura más que un momento, porque hé aquí que le avisan la llegada de un nuevo alumno, un bello niño de la misma edad que el hijo de su señor, acompañado de su madre, señora de noble aspecto. Igualmente conscientes de la semejanza entre ambos niños son la madre y el hijo. En el secreto del hogar ambos han hecho sacrificio ante el altar: el uno de su vida, la otra del corazón; pero ninguno ha dejado escapar una señal exterior de ese sacrificio. Ignorante de lo que ha ocurrido entre ellos, es el maestro quien primero sugiere la solución.

¡Ya hay, pues, una víctima salvadora! El resto se puede narrar en pocas palabras. En el día señalado llega el oficial que ha de identificar y recibir la cabeza del joven. ¿Será engañado por la cabeza sustituida? La mano del pobre Genzo se apoya en la empuñadura de su espada, pronta á herir al emisario ó á sí mismo, en caso de que el examen desbaratase su estratagema. El oficial coloca delante de sí el horrible despojo, examina lentamente cada facción y en un tono decidido, solemne, declara que es legítima. Aquella tarde, en una casa solitaria, espera la madre que vimos en la escuela. ¿Sabe ya la suerte de su hijo? No es su vuelta lo que acecha con ansiedad. Su suegro ha recibido durante mucho tiempo la protección de Michizané, pero desde su destierro las circunstancias han obligado á su marido á entrar al servicio de un enemigo de la familia de su bienhechor. No puede ser desleal á su cruel señor, él mismo; pero su hijo puede servir á la causa del señor de su abuelo. Como conecedor del asilo de la familia á él se le ha confiado la misión de identificar la cabeza del muchacho. Ya ha realizado la dura labor del día—¡de la vida!—vuelve á su casa, y al cruzar el umbral se encuentra con su mujer, y dice: «¡Regocíjate, mujer, nuestro amado hijo ha sido útil á su señor!»

«¡Qué horrible historia!», oigo exclamar á mis lectores, «unos padres que voluntariamente sacrifican á su hijo inocente para salvar la vida del hijo

de otro hombre». Pero ese niño era víctima consciente y voluntaria: es una historia de muerte por sustitución, igualmente significativa, y no más repugnante que la historia del sacrificio de Isaac, intentado por Abraham. En ambos casos es la obediencia al llamamiento del deber, la sumisión ciega á la orden de una voz superior; emitida por un ángel visible ó invisible, oída por un oído exterior ó por un oído interior...; pero no quiero predicar.

El individualismo de Occidente, que reconoce intereses separados en el padre y en el hijo, en el marido y la mujer, necesariamente hace resaltar los deberes de unos para con otros; pero el Bushido sostiene que el interés de la familia y el de los miembros que la constituyen, es uno é inseparable. Este interés está ligado por el afecto natural, instintivo, irresistible. De aquí que, si morimos por una persona á quien amamos con amor natural (que hasta los animales poseen), ¿qué hay en ello de extraordinario? «Porque amar á los que os aman, ¿qué mérito es? ¿No lo hacen también los mismos publicanos?»

En su gran historia, Sanyo relata, con lenguaje conmovedor, la lucha interna de Shigemori ante la conducta rebelde de su padre. «Si soy leal, debo matar á mi padre; si obedezco á mi padre, falto al deber para con mi soberano». ¡Pobre Shigemori! Le vemos después pedir con toda su alma que el cielo clemente le favorezca con la muerte para

verse libre de este mundo, donde no pueden existir la virtud y la justicia.

Más de un Shigemori ha sentido su corazón atormentado por el conflicto entre el deber y el cariño. Verdaderamente, ni Shakespeare ni el mismo Antiguo Testamento, contienen un equivalente del *ko*, nuestro concepto del amor filial; y, sin embargo, en tales conflictos, el Bushido jamás vaciló en pronunciarse por la lealtad. Las mujeres, por su parte, enseñaban á sus hijos á sacrificarlo todo por el rey. Siempre tan resueltas como la viuda Windham y su ilustre consorte, las matronas samurai estaban dispuestas á sacrificar sus hijos por la causa de la lealtad.

Puesto que el Bushido, á semejanza de Aristóteles y algunos sociólogos modernos, concibió el Estado como anterior al individuo (naciendo éste dentro de aquél, como parte integrante de él), debe el individuo morir por el Estado ó por quien encarna su autoridad legítima. Los lectores del Critón recordarán el argumento con que Sócrates representa las leyes de la ciudad, discutiendo con él acerca de su evasión. Entre otras cosas, les hace decir (á las leyes ó al Estado): «Puesto que tú has nacido, te has criado y te has educado bajo nuestra protección, ¿te atreverás á decir una sola vez que no eres nuestra obra y nuestro siervo, tú, y tus padres y todos tus antepasados!» Estas son palabras que no nos impresionan (á los japoneses) como

cosa extraordinaria; porque el mismo razonamiento ha estado largo tiempo en boca del Bushido, con esta diferencia, que las leyes y el Estado se encarnaban, entre nosotros, en una persona. La lealtad es un producto ético de esta teoría política.

No desconozco por completo la opinión de Spencer, según la cual, la obediencia política (lealtad) tiene valor únicamente como función de transición (1). Quizá sea cierto. A cada tiempo, su virtud. Podemos repetirlo con gusto, tanto más cuanto que creemos que el tiempo de ésta será un largo espacio de tiempo, durante el cual, como dice nuestro himno nacional, «las piedrecillas se hacen rocas gigantes, tapizadas de musgo». Recordaremos á este propósito que, aun en un pueblo tan democrático como el inglés, «el sentimiento de fidelidad personal á un hombre y á su posteridad, que sus antepasados germánicos experimentaron hacia sus jefes, no ha hecho sino transformarse más ó menos (ha dicho recientemente M. Boutmy), en la profunda lealtad á la raza y sangre de sus príncipes, demostrada en su extraordinaria adhesión á la dinastía».

La subordinación política (predice Spencer) cederá ante la lealtad á los dictados de la conciencia. Supongamos que esta congetura se realiza; ¿desaparecerá por ello para siempre la lealtad y su conomi-

(1) *Principios de Moral*, vol. I, parte II, cap. X.

tante instinto de obediencia? Trasladamos nuestra sumisión de un amo á otro, sin ser desleales á ninguno. De ser súbditos de un soberano que émpuña el cetro temporal, pasamos á serlo de un monarca que está entronizado en lo más íntimo de nuestro corazón. Hace pocos años una controversia absolutamente estúpida, iniciada por discípulos mal informados de Spencer, produjo grandes daños entre la clase lectora del Japón. En su celo por defender el derecho del trono á una lealtad no compartida, acusaron á los cristianos de inclinaciones traidoras porque profesan fidelidad á su Señor y Dueño. Desplegaron argumentos sofísticos sin el *esprit* de los sofistas, y tortuosidades escolásticas sin las delicadezas de los hombres de la Escuela. No sabían que podemos, en cierto sentido, «servir á dos amos sin ensalzar á uno ó despreciar al otro», «dando al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios». Sócrates mismo, negándose inflexiblemente á ceder un punto en la lealtad á su *domon*; ¿no obedeció con igual fidelidad y ecuanimidad las órdenes de su dueño terrenal, el Estado? Vivo, obedeció á su conciencia; muriendo, sirvió á su país. ¡Ay del día en que un Estado se hace tan poderoso que pide cuentas á sus ciudadanos de los dictados de su conciencia!

El Bushido no exigía que hiciésemos nuestra conciencia esclava de nuestro señor ó rey. Tomás Mowbray fué portavoz nuestro cuando dijo:

«A tus pies me arrojó, temido soberano.

Dispón de mi vida, no de mi honra.

Aquella te la debe mi lealtad, pero mi limpio nombre,
Que vivirá más allá de la tumba, desafiando la muerte,
No lo tendrás, para cubrirlo de negro deshonor» (1).

El hombre que sacrificaba su propia conciencia á la voluntad ó al capricho de un soberano, obtenía un lugar muy bajo en la estimación de los Preceptos. Se le despreciaba como *nei-shin*, adulador que hace la corte con bajezas, ó como *chô-chin*, favorito que obtiene el aprecio de su amo por medio de una obediencia servil. Estas dos especies de súbditos correspondían exactamente á las que Yago describe: una la del bribón oficioso y de espalda flexible, amante de su misma obsequiosa esclavitud, haciendo el papel de asno de su amo; el otro disfrazado con las formas y apariencias de la sumisión, pero no pensando en el fondo más que en sí mismo. Cuando un súbdito no estaba conforme con su señor, el único camino leal que podía seguir era usar todos los medios de que dispusiera para convencerle de su error, como hizo Kent con el Rey Lear. Si no tenía éxito, que el señor hiciese

-
- (1) Myself I throw, dread sovereign, at thy foot.
My life thou shalt command, but not my shame.
The one my duty owes; but my fair name,
Despite of death, that lives upon my grave,
To dark dishonor's use, thou shalt not have.

con él lo que quisiera. En casos de esta especie, era muy corriente que el samurai apelase por última vez á la inteligencia y á la conciencia de su señor, demostrándole la sinceridad de sus palabras con el sacrificio de su propia vida.

Siendo considerada la vida como el medio para servir á su señor, y basándose su ideal sobre el honor, toda la

EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA DE UN SAMURAI

se regían por estos dos principios.

El primer punto á que había que atender en la pedagogía caballeresca, era la formación de un carácter, dejando en la penumbra las cualidades más sutiles de prudencia, inteligencia y dialéctica. Ya hemos visto la parte importante que las perfecciones estéticas jugaban en su educación. Sin dejar de ser indispensables para un hombre de cultura, eran más accesorias que esenciales en la formación del samurai. Sin duda, la superioridad intelectual era estimada; pero la palabra *chi*, empleada para denotar intelectualidad, significaba ante todo sabiduría (*wisdom, sagesse*) y no dejaba al conocimiento sino un lugar subordinado. El trípode que sustentaba todo el armazón del Bushido se decía estar formado de *Chi, Jin, Yu*: sabiduría, benevolencia y valor. Un samurai era esencialmente un

hombre de acción. La ciencia quedaba fuera de los límites de su actividad. La aprovechó en cuanto tocaba á su profesión de las armas. La religión y la teología quedaban relegadas á los sacerdotes; sólo se ocupaba de ellas el samurai en cuanto le ayudaban á alimentar su valor. Creía, como cierto poeta inglés, que «no es el credo el que salva al hombre, sino el hombre quien justifica el credo». La filosofía y la literatura formaban la parte principal de su educación intelectual; pero aun en su cultivo no era la verdad objetiva lo que perseguía; estudiaba la literatura como un mero pasatiempo y la filosofía como un auxiliar práctico para la formación del carácter, cuando no para la exposición de algún problema militar ó político.

Después de lo dicho, no será sorprendente el hecho de que el plan de estudios, según la pedagogía del Bushido, fuese el siguiente: esgrima, ejercicio de arco, *jiujutsu* ó *yawara*, equitación, manejo de la lanza, táctica, caligrafía, moral, literatura é historia. De éstos, el *jiujutsu* y la caligrafía, exigen algunas palabras de explicación. Se daba mucha importancia á la escritura, probablemente porque nuestros logogramas, que son á la vez pinturas, poseen un valor artístico intrínseco, y también porque la quirografía se consideraba como indicadora del carácter personal. El *jiujutsu* puede definirse brevemente como la aplicación del conocimiento anatómico á los fines ofensivos y defensi-

vos. Difiere del pugilato, en que no depende de la fuerza muscular. Difiere de otras formas de ataque, en que no emplea arma alguna. Su acción consiste en empuñar ó golpear tal parte del cuerpo del enemigo, que le paralice é incapacite para la resistencia. Su objeto no es matar, sino incapacitar para la acción durante algún tiempo.

Una materia de estudio que esperaríá uno encontrar en la educación militar, y que, sin embargo, brilla por su ausencia en el programa del Bushido, son las matemáticas. Pero esto puede explicarse en parte por el hecho de que la guerra feudal no se hacía con precisión científica. Y no sólo esto, sino que toda la instrucción del samurai era desfavorable al cultivo de las nociones numéricas.

La caballería es enemiga de la economía: hace ostentación de pobreza. Dice, con Ventidius, que «la ambición, virtud del soldado, prefiere las pérdidas á las ganancias que la oscurecen». Don Quijote cifra más orgullo en su rústica lanza y en su escuálida cabalgadura, que en el oro y el poder, y un samurai simpatiza cordialmente con su exagerado colega de la Mancha. Desdeña el dinero por el dinero, el arte de obtenerlo y de acumularlo. Para él es verdaderamente una ganancia sucia. La fórmula despectiva para describir la decadencia de una edad es que «los hombres civiles amaban el dinero y los soldados temían la muerte». La avaricia de oro ó de vida excita tanta desaprobación

como alabanza el uso liberal de ambas cosas. «Menos que nada (dice un precepto vulgar), deben los hombres escatimar el dinero: las riquezas son el obstáculo de la sabiduría». De aquí que se educara á los niños en un absoluto olvido de la economía. Se consideraba de mal gusto hablar de ella, y la ignorancia del valor de las distintas monedas se juzgaba como un rasgo de buena crianza. El conocimiento de los números era indispensable para el reclutamiento de fuerzas, así como para la distribución de beneficios y feudos; pero la contabilidad se entregaba á manos mercenarias. En muchos Estados feudales la contabilidad pública estaba administrada por una clase inferior de samurai ó por sacerdotes. Todo bushi inteligente sabía muy bien que el dinero constituía el nervio de la guerra; pero no pensaba en elevar la estimación del dinero á la categoría de virtud. Es cierto que el Bushido preconizaba la sobriedad, pero no tanto por razones económicas, cuanto por el ejercicio de la abstinencia. El lujo se consideraba como la mayor amenaza contra la virilidad, y se exigía la más severa sencillez á la clase guerrera, habiendo leyes suntuarias en la mayoría de los clan.

Leemos que en la antigua Roma los cultivadores, capitalistas y otros agentes financieros, eran elevados gradualmente á la dignidad de caballeros, mostrando con ello el Senado el aprecio de sus servicios y la importancia del dinero. Fácil es imagi-

nar la relación que esto tuvo con el lujo y avaricia de los romanos. No sucede lo mismo con los Preceptos de la Caballería. Persistían éstos sistemáticamente en considerar los asuntos de hacienda como algo inferior, comparado con las profesiones morales é intelectuales.

Ignorando voluntariamente el dinero y el amor de él, pudo el Bushido mismo mantenerse por mucho tiempo libre de los mil y un males cuya raíz es el dinero. Esta es razón suficiente para explicar el que nuestros hombres públicos hayan estado mucho tiempo limpios de corrupción; pero ¡ay! ¡cuán rápidamente hace su camino la plutocracia en nuestro tiempo y en la actual generación!

La disciplina mental á que coadyuvaría hoy principalmente el estudio de las matemáticas, era sustituida por la exégesis literaria y por las discusiones deontológicas. Pocos temas abstractos turbaban el espíritu del joven, puesto que el objeto capital de su educación era, como hemos dicho, la decisión del carácter. Las gentes, cuyos espíritus eran simples almacenes de información, encontraban pocos admiradores. De las tres clases en que Bacon divide los estudios por razón de su utilidad (estudios para el goce, para adorno y para la capacidad), el Bushido tenía decidida preferencia por la última, cuando su uso fuese «el juicio y resolución de los asuntos». Ya fuese para el manejo de los asuntos públicos, ya para el ejercicio del gobierno

de sí mismo, la educación se conducía en vista de un fin práctico. «El estudio sin ideas, dice Confucio, es trabajo perdido; las ideas sin estudio son peligrosas».

Cuando el educador toma en sus manos y trata de desarrollar el carácter, no la inteligencia, el alma, no la cabeza, su profesión adquiere un carácter sagrado. «Los padres me han dado la vida: el maestro me ha hecho hombre.» Con esta idea, pues, la estima en que cada uno tenía á su preceptor era muy alta. Un hombre capaz de merecer tal confianza y respeto de los jóvenes, debía necesariamente estar dotado de una personalidad superior, sin carecer de erudición. Era un padre para los huérfanos, un guía para los extraviados. «Tu padre y tu madre (dice una máxima) son como el cielo y la tierra; tu maestro y tu señor son como el sol y la luna.»

El sistema presente de pagar cada servicio no se practicaba entre los adeptos al Bushido. No confiaba éste más que en los servicios que se prestan sin dinero ó premio. El servicio espiritual de un maestro ó de un sacerdote, no podía pagarse con oro ó plata; pero no por ser inapreciable dejaba de tener precio. En esto el instinto de honor no aritmético del Bushido nos daba una enseñanza más verdadera que la moderna Economía Política; porque los sueldos y salarios sólo pueden pagarse por servicios cuyos resultados son definidos, tangibles,

mensurables, mientras que el mejor servicio prestado en educación, es decir, en el desarrollo del alma (incluyendo en esto el servicio del sacerdote), no es definido, tangible, mensurable. Siendo inmensurable, el uso del dinero, medida ostensible del valor, es inadecuado. La costumbre sancionó que los educandos ofreciesen á sus maestros dinero ú otros presentes en distintas ocasiones del año; pero no era en pago, sino como ofrenda, que naturalmente era bien recibida por los favorecidos, personas por lo común de ánimo fuerte, orgullosos de una pobreza honorable, demasiado dignos para trabajar con las manos, y demasiado altivos para mendigar. Eran graves personificaciones del espíritu fuerte que no se abate ante la adversidad; eran encarnación de lo que se consideraba como fin último de toda educación; eran un ejemplo vivo de la disciplina de las disciplinas,

EL IMPERIO SOBRE SÍ MISMO,

que se exigía universalmente al samurai.

La disciplina de la fortaleza, por una parte, inculcando el sufrimiento sin una queja, y la enseñanza de la cortesía, por otra, exigiéndonos que no turbemos el placer ó la tranquilidad de los demás con manifestaciones de nuestra tristeza ó nuestro dolor, se combinaron para engendrar un tipo de alma estóico, y más tarde, para convertir este tipo

en una característica nacional de estoicismo aparente. Lo llamo aparente, porque no creo que el verdadero estoicismo pueda llegar á ser la característica de un pueblo entero, y además porque muchas de nuestras maneras y costumbres nacionales pueden parecer crueles á los observadores extranjeros. Sin embargo, en realidad somos tan susceptibles de emociones tiernas como cualquier raza de la tierra.

Me inclino á pensar que, en cierto sentido, necesitamos sentir más que los demás—sí, doblemente—puesto que la misma tentativa de inhibir los movimientos naturales supone dolor. Imaginad unos muchachos (y muchachas) enseñados á no recurrir á las lágrimas ó á los lamentos para calmar sus sentimientos y veréis que es, por lo menos, un problema fisiológico, si tal esfuerzo endurece sus nervios ó los hace más sensibles.

Era considerado poco varonil que un samurai revelase sus emociones en la cara. «No da señales de alegría ni de ira», era una frase usada para describir un carácter enérgico. Los sentimientos más naturales se mantenían bajo un perfecto dominio. Un padre no podía besar á su hijo sin perjuicio de su dignidad; un marido jamás besaría á su mujer, jamás, en presencia de otras gentes, aunque luego lo hiciese en privado. Quizá haya alguna verdad en la observación del joven que dijo: «Los maridos americanos besan á las mujeres en público y las

pegan en privado; los maridos japoneses pegan á las suyas en público y las besan en privado.»

La serenidad en la conducta, la compostura de espíritu, no debían perturbarse por ningún género de pasión. Recuerdo que, durante la última guerra con China, cuando un regimiento salió de cierta ciudad, una gran multitud corrió á la estación para despedir al general y á sus tropas. Un residente americano acudió á aquel lugar esperando presenciar ruidosas manifestaciones, pues toda la nación estaba grandemente excitada, y había padres, madres y novias de los soldados entre la multitud. El americano sufrió una extraña decepción; porque al sonar el silbato y ponerse el tren en movimiento, miles de personas se quitaron silenciosamente los sombreros, y otras tantas cabezas se inclinaron en un saludo ceremonioso de despedida; ni pañuelos agitados, ni una palabra pronunciada: nada más que un silencio profundo, en que un oído atento sólo hubiera podido percibir escasos sollozos ahogados. En cuanto á la vida doméstica, de un padre sé que estuvo noches enteras escuchando la respiración de un hijo enfermo, pero ocultándose detrás de una puerta, ¡para no ser sorprendido en semejante acto de debilidad paternal! Conocí á una madre que, en sus últimos momentos, no pidió que le trajeran á su hijo, por no perturbarle en sus estudios. Nuestra historia y la vida diaria están llenas de ejemplos de heroicas matronas que pueden sa-

lir airosas de una comparación con algunas de las más conmovedoras páginas de Plutarco. Entre nuestros campesinos, un Jan Maclave estaría seguro de encontrar más de una Marget Howe.

Esta misma disciplina de la inhibición es la causa de la escasez de profesiones públicas de te en las iglesias cristianas del Japón. Cuando un hombre ó una mujer japonesa siente su alma conmovida, el primer impulso es suprimir tranquilamente toda manifestación de ello. En muy raros ejemplos un espíritu irresistible mueve la lengua, y entonces tenemos la elocuencia de la sinceridad y el fervor. Aconsejar que se hable ligeramente de la experiencia espiritual, es premiar la desobediencia al tercer mandamiento. Para un oído japonés es verdaderamente discordante oír las palabras más sagradas, los más secretos sentimientos del corazón, pronunciados en una asamblea heterogénea. «¿Sientes el fondo de tu alma conmovido con pensamientos tiernos? Es el momento de que las semillas germinen. No lo perturbes con palabras: deja que trabaje solo, en calma y en secreto», escribe un joven samurai en su diario.

Encerrar en palabras articuladas los pensamientos y sentimientos más íntimos (especialmente los religiosos), se considera entre nosotros como signo infalible de que esos pensamientos y sentimientos no son, ni muy profundos, ni muy sinceros. «No vale más que una granada (dice un proverbio po-

pular) aquel que abriendo la boca muestra todo el contenido de su corazón».

No es una perversidad absolutamente oriental el tratar de ocultar las emociones, cerrando los labios en el momento mismo en que aquéllas se producen. El lenguaje es con frecuencia entre nosotros como lo definió un francés, «el arte de disfrazar el pensamiento».

Visitad á un amigo japonés cuando esté bajo el peso de la más profunda aflicción, y os recibirá invariablemente riendo, con los ojos hinchados ó las mejillas húmedas. En un principio quizá penséis que está histérico. Apuradle para que os dé una explicación y obtendréis unos cuantos lugares comunes sin ilación. «La vida humana tiene tristeza», «los que están reunidos tendrán que separarse», «todo el que nace debe morir», «es una tontería contar los años de un hijo que uno ha perdido; pero el corazón de una mujer incurrirá en semejantes locuras»; y frases semejantes. Las nobles palabras de un noble Hohenzollern, «Lerne zu leiden ohne Klagen», han encontrado numerosos adeptos entre nosotros, aun mucho antes de que fueran pronunciadas.

Efectivamente, los japoneses recurren á la risa siempre que las fragilidades de la naturaleza humana se ven sometidas á una dura prueba. Creo que tenemos una razón más poderosa que la del mismo Demócrito para nuestra tendencia abderia-

na; porque la risa en nosotros oculta la más de las veces un esfuerzo para restablecer el equilibrio anímico, cuando se ve perturbado por alguna circunstancia desagradable. Es un contrapeso de la tristeza ó la ira.

Esta presión, ejercida constantemente sobre los sentimientos, hace que éstos busquen su válvula de seguridad en los aforismos poéticos. Un poeta del siglo x escribe: «Lo mismo en el Japón que en China, la humanidad, cuando se siente conmovida por la tristeza, dice su amargura en verso». Una madre que trata de consolar su corazón destrozado, imaginando que su hijo muerto ha salido á cazar libélulas, canta:

«Me extraña lo lejos que ha ido hoy en su caza
Mi cazador de libélulas».

Me abstengo de citar otros ejemplos, porque conozco que haría poca justicia á las joyas de nuestra literatura, traduciendo á una lengua extranjera las ideas destiladas gota á gota de corazones heridos y ensartadas como perlas de inestimable valor. Espero haber demostrado en cierta medida la labor interior de nuestros espíritus, que presenta muchas veces apariencia de endurecimiento ó de una mezcla histérica de risa y abatimiento, y cuyo equilibrio se pone en duda algunas veces.

Se ha dicho también que nuestra resistencia al dolor y la indiferencia ante la muerte, son debidas

á una menor sensibilidad nerviosa. Hasta aquí la explicación es plausible. La cuestión inmediata es esta: ¿Por qué nuestros nervios vibran con menor intensidad? Quizá sea porque nuestro clima no es tan estimulante como el clima americano. Quizá nuestra forma monárquica de gobierno no nos excita tanto como la República lo hace con los franceses. Quizá no leamos el *Sartor Resartus* con tanta asiduidad como los ingleses. Por mi parte, yo creo que fué nuestra misma excitabilidad y sensibilidad la que hizo necesario buscar y cultivar la inhibición constante; pero, cualquiera que pueda ser la explicación, si no tiene en cuenta los largos años de disciplina en el imperio de sí mismos, esa explicación no puede ser correcta.

La disciplina en el dominio de sí mismo puede fácilmente ir demasiado lejos. Puede muy bien ahogar la aspiración genial del alma. Puede imponer á las naturalezas dúctiles distorsiones y monstruosidades. Puede producir la gazmoñería, alimentar la hipocresía ó embrutecer los sentimientos. No hay una virtud, por noble que sea, que no tenga sus peligros y sus formas falsas. En cada virtud debemos reconocer su excelencia propia positiva y seguir su ideal positivo, y el ideal de la inhibición es mantener nuestro espíritu en equilibrio, á *nivel* (según nuestra expresión), ó, usando la palabra griega, llegar al estado de *euthymia*, al cual Demócrito llamó el bien supremo.

El punto culminante de la inhibición se consigue y se explica mejor en la primera de las dos instituciones que ahora vamos á examinar, á saber:

LA INSTITUCIÓN DEL SUICIDIO Y LA DEL DESAGRAVIO,

conocida la primera con el nombre de *hara-kiri*, y la segunda con el de *kataki-uchi*. De ambas han tratado muchos escritores extranjeros con mayor ó menor extensión.

Empezando con el suicidio, advertiré que mis observaciones se limitarán al *seppuku* ó *happuku*, conocido vulgarmente por *hara-kiri*, que significa suicidio por apertura del vientre. «¿Cortándose el abdomen? ¡Qué absurdo!», exclaman aquellos para quienes el nombre es nuevo. Por absurdamente extraño que pueda sonar al principio en oídos extranjeros, no puede suceder otro tanto á los que hayan estudiado á Shakespeare, que pone estas palabras en boca de Bruto: «Tu espíritu (de César) sale de tí, y vuelve nuestras espadas contra nuestras propias entrañas». Oid á un moderno poeta inglés que, en su *Light of Asia*, habla de una espada que atravesó el vientre de una reina; nadie le ha tachado de mal inglés ni de falta de decencia. O, tomando otro ejemplo aún, mirad el cuadro de Guercino, que representa la muerte de Catón, en el Palazzo Rossa, de Génova. Todo el que haya leído el canto

de muerte que Addison hace entonar á Catón, no podrá mofarse de la espada clavada en su abdomen. En nuestros espíritus este sistema de muerte va asociado con ejemplos de las más nobles hazañas y de los momentos más conmovedores, de tal modo, que nada repugnante, ni menos ridículo, mancha nuestro concepto de ese acto. Tan maravilloso es el poder de transformación de la virtud, de la grandeza ó de la ternura, que la forma más vil de muerte adquiere sublimidad y se convierte en un símbolo de nueva vida, el símbolo que Constantino afirmó que no conquistaría el mundo.

No sólo por asociaciones exteriores pierde el *seppuku* en nuestro espíritu toda sombra de absurdo; porque la elección de esa parte especial del cuerpo para la ejecución, estaba fundada en una antigua creencia anatómica en cuanto al asiento del alma y de los sentimientos. Cuando Moisés hablaba de las «entrañas de José conmovidas á la vista de su hermano»; cuando David rogaba al Señor que no olvidara sus entrañas; cuando Isaías, Jeremías y otros hombres inspirados de la antigüedad, hablaban de la «conmoción» ó de la «turbación» de sus entrañas, todos ellos compartían la creencia corriente entre los japoneses de que el alma estaba encerrada en el abdomen. Los semitas suelen hablar del hígado, de los riñones y de la grasa que los envuelve, como el asiento de la emoción y de la vida. La palabra *hara* era más com-

prensiva que las griegas *phren* ó *thumos*, y los japoneses, como los helenos, pensaban que el espíritu del hombre habitaba en algún lugar de esas regiones. Semejante idea no está limitada en modo alguno á los pueblos antiguos. Los franceses, á pesar de la teoría mantenida por uno de sus más distinguidos filósofos, Descartes, de que el alma está localizada en la glándula pineal, insisten todavía en usar la palabra *ventre* en un sentido que, aunque vago desde un punto de vista anatómico, no deja de ser fisiológicamente significativo. De un modo semejante, *entraille*, significa, en su lenguaje, afecto y compasión. Ni es pura superstición esta creencia, sino más científica que la idea general de localizar el centro de los sentimientos en el corazón. Sin preguntárselo á un fraile, los japoneses saben mejor que Romeo «en qué vil parte de nuestra anatomía se aloja el nombre de cada uno». Los neurólogos modernos hablan de cerebros abdominales y pélvicos, para denotar los centros nerviosos simpáticos de esos sitios, que se afectan enérgicamente por las influencias psíquicas. Admitida esta opinión acerca de la fisiología mental, el silogismo del *seppuku* es fácil de construir. «Abriré la morada de mi alma y os mostraré su estado; ved con vuestros propios ojos si está manchada ó limpia».

No quiero que se entienda por esto que yo trato de buscar una justificación religiosa, ni siquiera moral, del suicidio; pero la alta estima tributada al

honor era para muchos suficiente excusa para quitarse la vida. ¡Cuántos y cuántos han aprobado el sentimiento expresado por Garth, de que

«Cuando se ha perdido el honor, la muerte es un des-
[canso;
La muerte es más que un asilo seguro contra la deshonra»,

y han entregado, sonriendo, sus almas al olvido!

La muerte por móviles de honor era aceptada por el Bushido como una clave para la solución de muchos problemas complejos, de modo que, para un samurai ambicioso, la muerte natural parecía cosa sin interés, una solución que no se debía desear devotamente. Me atrevo á decir que muchos buenos cristianos confesarán, si son sinceros, la fascinación, si no admiración positiva, que les produce la sublime compostura con que Catón, Bruto, Petronio y una falange de personajes antiguos, terminaron su vida terrenal. ¿Será demasiado atrevido afirmar que la muerte del primero de los filósofos tuvo algo de suicida? Cuando sus discípulos nos cuentan tan minuciosamente cómo su maestro se sometió voluntariamente al mandato del Estado—que él sabía moralmente injusto—á pesar de la posibilidad de una evasión, y cuando levantó la copa de cicuta en su mano y hasta ofreció libación de su mortal contenido, ¿no discernimos en todo este proceso, en esta conducta, un acto de suicidio? Cierto que el veredicto de los jueces era categórico: «Mo-

rirás, y ha de ser por tu propia mano». Si el suicidio no significa más que morir por propia mano, el de Sócrates fué un caso indiscutible de suicidio. Pero nadie le acusaría de esé crimen: Platón, que se opuso á ello, no llamaría suicida á su maestro.

Ahora comprenderán mis lectores que el *seppuku* no era un mero proceso suicida. Era una institución legal y solemne. Inventado en la edad media, era un proceso por el cual los guerreros podían expiar sus crímenes, disculparse de sus errores, evitar la infamia, redimir á sus amigos ó probar su sinceridad. Cuando se imponía como castigo legal, se practicaba con la debida ceremonia. Era un refinamiento del suicidio, y nadie debía ejecutarlo sin la más absoluta frialdad de espíritu, sin la mayor compostura en la acción; y por estas razones se adaptaba especialmente á la profesión del bushi.

La curiosidad arqueológica, ya que no otros motivos, me moverían á dar aquí una descripción de su antiguo ceremonial; pero puesto que esa descripción está ya hecha por un escritor mucho más capaz, cuyo libro no es muy leído en nuestros días, me decido á copiar un trozo algo extenso. Mitford, en sus *Tales of Old Japan* (Narraciones del viejo Japón), después de dar una traducción de un tratado sobre el *seppuku*, según un manuscrito raro antiguo, pasa á describir un caso de ejecución, en el cual fué testigo ocular:

«Fuimos invitados (siete representantes extranjeros) á entrar con los testigos japoneses en el *hondo* ó salón principal del templo, donde había de celebrarse la ceremonia. Era una escena imponente. Un amplio salón, de elevado techo, sostenido por negros pilares de madera. Del artesonado pendía una profusión de esas lámparas y ornamentos dorados, enormes, propios de los templos budistas. Enfrente del elevado altar, donde el piso, cubierto de bellas esteras blancas, se levanta tres ó cuatro pulgadas sobre el suelo, estaba tendida una alfombra escarlata. Altos candeleros, colocados á intervalos regulares, daban una luz pálida y misteriosa, no más que la suficiente para ver todo el desarrollo del acto. Los siete japoneses ocuparon sus puestos á la izquierda del piso elevado; los siete extranjeros, á la derecha. Ninguna otra persona estaba presente.

»Transcurrido un intervalo de algunos minutos de ansiosa espera, Taki Zenzaburo, hombre robusto, de treinta y dos años de edad y de aspecto noble, se presentó en el salón vestido con su traje de ceremonia, con las características alas de tela de cáñamo que se llevan en las grandes ocasiones. Iba acompañado de un *kaishaku* y tres oficiales, que llevaban el *jimbaori* ó traje de guerra con paramentos de tisú de oro. Obsérvese que la palabra *kaishaku* no es enteramente equivalente á la de ejecutor. El oficio de aquél es propio de un caba-

llero: en muchos casos lo desempeña un pariente ó amigo del condenado, y la relación entre ambos es más bien la de apadrinado y padrino, que la de víctima y ejecutor. En este caso, el *kaishaku* era un pupilo de Taki Zenzaburo, y fué elegido por amigos del último, entre ellos mismos, á causa de su habilidad en el manejo de la espada.

»Con el *kaishaku* á su izquierda, Taki Zenzaburo avanzó lentamente hacia los testigos japoneses, y los dos se inclinaron ante ellos; aproximándose después á los extranjeros, nos saludaron del mismo modo, quizá aún con más deferencia; en ambos casos el saludo fué devuelto con toda ceremonia. Lentamente y con gran dignidad, el condenado subió al piso elevado, se postró dos veces ante el altar, y se sentó (1) en la alfombra con la espalda vuelta al altar, y el *kaishaku* sentado á su izquierda. Entonces, uno de los tres oficiales asistentes se adelantó, llevando un soporte del tipo de los usados en el templo para las ofrendas, y en el cual, envuelta en papel, descansaba el *wakizashi*, espada corta ó daga de los japoneses, de nueve pulgadas y media de larga, con punta y un filo tan fino como el de una navaja de afeitar. Se la entregó,

(1) Sentado, á la manera japonesa, quiere decir con las rodillas y los dedos de los pies tocando al suelo y el cuerpo descansando sobre los talones. En esta posición, que es de gran respeto, permaneció hasta morir.

postrándose, al condenado, que la recibió respetuosamente, levantándola á la altura de la cabeza con ambas manos, y depositándola frente á sí.

»Después de otro profundo saludo, Taki Zenzaburo, en una voz que revelaba la emoción y la vacilación que es de esperar en un hombre que hace una revelación penosa, pero sin ningún otro signo revelador ni en la cara ni en los movimientos, habló de este modo:

—«Yo, y sólo yo, dí injustamente la orden de hacer fuego contra los extranjeros en Kobe, y otra vez cuando trataban de huir. Por este crimen me abro el vientre, y os suplico que estéis presentes para ser testigos del acto».

»Inclinándose una vez más, el reo dejó caer la parte superior de sus vestiduras hasta la cintura, dejando el tórax desnudo. Con mucho cuidado, y según la costumbre, metió las mangas arrolladas por debajo de las rodillas, para impedir que el cuerpo cayese hacia atrás, porque un caballero noble japonés debe morir cayendo hacia delante. Lentamente, con mano firme, tomó la daga que tenía ante sí, la miró atentamente, casi con afecto; durante un momento pareció recapacitar por última vez, y, clavándose el arma profundamente por debajo del pecho, en el lado izquierdo, movió lentamente la daga hasta el lado derecho, y haciéndola girar dentro de la herida, dió un ligero corte hacia arriba. Durante esta operación penosísima no mo-

vió ni un solo músculo de su cara. Cuando hubo sacado la daga, se inclinó hacia adelante y alargó el cuello: una expresión de dolor cruzó por primera vez su cara, pero no profirió ni un sonido. En aquel momento el *kaishaku*, que, siempre sentado á su lado, había seguido atentamente cada uno de sus movimientos, se puso en pie de un salto y blandió su espada en el aire un instante; hubo como un relámpago, un ruido sordo, horrible, el sonido de algo que cae; un solo tajo había separado la cabeza del cuerpo.

»Siguió un silencio de muerte, sólo interrumpido por el espantoso rumor de la sangre que, ante nosotros, se escapaba de la cabeza inerte, la que, un momento antes, había pertenecido á un hombre valiente y caballeroso. Aquello era horrible.

»El *kaishaku* hizo un saludo profundo, enjugó su espada con un pedazo de papel que llevaba preparado con este objeto, y se retiró del lugar elevado; y la daga, manchada, fué retirada solemnemente, como prueba sangrienta de la ejecución.

»Los dos representantes del Mikado abandonaron entonces sus puestos, y, llegando á donde estábamos los representantes extranjeros, nos pidieron que fuésemos testigos de que se había ejecutado fielmente la sentencia contra Taki Zenzaburo. Habiendo terminado con esto la ceremonia, salimos del templo».

Podría multiplicar á voluntad el número de

descripciones de *seppuku*, tomándolas de los libros ó de las relaciones de testigos oculares; pero bastará un ejemplo más.

Dos hermanos, Sakon y Naiki, de veinticuatro y diecisiete años, respectivamente, hicieron una tentativa de muerte contra Iyeyasu para vengar los agravios de su padre; pero, antes de que pudieran entrar en el campamento, fueron hechos prisioneros. El viejo general admiró el arrojo de los jóvenes que se atrevían á atentár contra su vida, y ordenó que se les concediera una muerte honrosa. Su hermano menor, Hachimaro, niño de ocho años, fué condenado á compartir su suerte, porque la sentencia se extendía á todos los miembros varones de la familia, y los tres fueron conducidos á un monasterio, donde se había de ejecutar la pena. Un médico que estuvo presente en el acto nos ha dejado un diario, del cual está traducida la siguiente escena: «Cuando estaban los tres sentados en línea para matarse, Sakon se volvió al más joven y le dijo:—«Anda tú el primero, porque quiero estar seguro de que te portas bien». Como el pequeño respondiese que, no habiendo visto nunca consumir el *seppuku*, querría ver á sus hermanos hacerlo y, después, imitarlos, los dos hermanos mayores sonrieron entre lágrimas: — «¡Bien dicho, muchacho! Puedes alabarte de ser hijo de nuestro padre». Después de colocarlo entre ellos dos, Sakon se clavó la daga en el lado izquierdo del abdo-

men y exclamó: — «Mira, hermano. ¿Entiendes ahora? Pero no aprietes demasiado la daga, porque podrías caer hacia atrás. Inclínate más bien hacia delante y conserva las rodillas bien colocadas». Naiki hizo lo mismo y dijo al niño:—«Ten los ojos abiertos, si no, parecerás una mujer moribunda. Si tu daga encuentra dentro algún obstáculo, ten ánimo y redobla los esfuerzos para cortarlo». El niño paseó su vista del uno al otro, y, cuando los dos hubieron muerto, se desnudó tranquilamente de medio cuerpo y siguió el ejemplo que le habían dado á derecha é izquierda».

La glorificación del *seppuku* ofrecía, naturalmente, no pocas tentaciones á su comisión injustificada. Por causas enteramente incompatibles con la razón, ó por razones que no merecían en absoluto la muerte, los jóvenes de sangre caliente se lanzaban á él como insectos á una luz; motivos bastardos y dudosos arrastraron más samurai á este acto que monjas á los conventos. La vida era barata, comparada con el ideal popular del honor. Lo más triste del caso fué que el honor, que estaba, por decirlo así, siempre en agio, no siempre era oro puro, sino que estaba aleado con metales más bajos. ¡Ningún círculo del infierno podrá envanecerse de tener mayor densidad de población japonesa que el séptimo, en el cual coloca el Dante á las víctimas del suicidio!

Y, sin embargo, para un verdadero samurai,

apresurar la muerte ó buscarla era equivalente á una cobardía. Un batallador típico, después de perder batalla tras batalla y de ser perseguido por llano y sierra, encontrándose hambriento y solo en el hueco oscuro de un árbol, con la espada desgastada por el uso, el arco roto y agotadas las flechas (¿no se arrojó sobre su propia espada el más noble de los romanos, en Filipos, por hallarse en semejantes circunstancias?) juzgó cobardía morir, y con una fortaleza que emula la de los mártires cristianos, se animó con los siguientes versos improvisados:

«¡Venid! ¡Llegad sin descanso,
Tristezas y dolores crueles!
Amontonáos sobre mis hombros abrumados;
¡Que no me falte ni una sola prueba
De las fuerzas que aún me restan!»

Esta, pues, fué la enseñanza del Bushido. Sufrir y hacer frente á todas las calamidades y adversidades con paciencia y con la conciencia pura; porque, como dice Mencio (1), «cuando el cielo está á punto de conferir un gran oficio á alguien, primero ejercita su espíritu en el sufrimiento y sus nervios y huesos en las fatigas; expone su cuerpo al hambre y lo sujeta á extrema pobreza y hace fracasar sus empresas. Por todos estos caminos esti-

(1) Según la traducción del doctor Legge.

mula su espíritu, endurece su cuerpo y remedia sus deficiencias». El verdadero honor consiste en cumplir los mandatos del cielo, y ninguna muerte motivada por esto es ignominiosa, mientras que la muerte producida por evitar lo que el cielo tiene ordenado, es sin duda cobardía. En el curioso libro de Sir Thomas Browne, *Religio Medici*, hay un equivalente exacto inglés de lo que repetidas veces se enseña en nuestros Preceptos. Dice así: «Es un acto declarado de valor despreciar la muerte; pero cuando la vida es más terrible que la muerte, el verdadero valor consiste en atreverse á vivir». Un renombrado sacerdote del siglo xvii observaba satíricamente: «Dígase lo que se quiera, un samurai que nunca ha muerto, es capaz de huir ó esconderse en el momento más decisivo». En otro sitio: «Todas las lanzas de Sanada y todas las flechas de Tametomo, son impotentes para atravesar á quien ya ha muerto en el fondo de su pecho». ¡Cómo nos acercamos á los pórticos del templo cuyo arquitecto dijo «el que pierda su vida por mí, la encontrará!» No son estos sino unos pocos de los numerosos ejemplos que tienden á confirmar la identidad moral de la especie humana, no obstante los esfuerzos realizados asiduamente para agrandar todo lo posible la distinción entre Cristianos y Paganos.

Hemos visto, pues, que la institución del suicidio en el Bushido no era ni tan irracional ni tan bárbara como su abuso nos lo hace parecer á pri-

mera vista. Ahora vamos á ver si su institución hermana, la del Desagravio (llamadle Venganza, si lo preferís) tiene también sus circunstancias atenuantes. Espero poder tratar la cuestión en pocas palabras, puesto que en todos los pueblos ha existido y no está completamente abolida (según lo atestiguan los duelos y los linchamientos) una semejante institución ó costumbre, si este nombre os parece más propio. Pues qué, ¿no hemos visto hace poco á un oficial americano desafiar á Esterhazy para vengar los agravios iuferidos á Dreyfus? En una tribu salvaje donde no existe el matrimonio, el adulterio no es pecado, y sólo los celos del amante protegen á la mujer contra los abusos; así también en un tiempo en que no hay tribunales de justicia, el homicidio no es un crimen, y sólo la venganza vigilante de los allegados á la víctima mantiene el orden social. «¿Cuál es la cosa más bella en la tierra?» preguntó Osiris á Horo. La respuesta fué: «Vengar los agravios hechos á un padre», á lo cual un japonés habría añadido «y á un señor».

En la venganza hay algo que satisface nuestro sentido de justicia. El vengador razona así: «Mi buen padre no merecía la muerte. El que lo mató cometió una gran maldad. Mi padre, si viviera, no consentiría una acción semejante: el cielo mismo odia las malas obras. Es voluntad de mi padre, es voluntad del cielo, que el malvado cese en su labor. Debe perecer á mis manos; puesto que él derramó

la sangre de mi padre, yo, que soy sangre y carne de éste, debo derramar la del matador». El raciocinio es simple ó infantil (aunque sabemos que Hamlet no razonó de modo más profundo); y no obstante, demuestra un sentido innato de ponderación y de justicia equitativa. «Ojo por ojo, diente por diente». Nuestro sentimiento de venganza es tan exacto como nuestra facultad matemática, y hasta que ambos términos de la ecuación están satisfechos, no podemos librarnos de la sensación de que algo falta por hacer.

En el judaismo, que creía en un Dios vengador, ó en la Mitología griega, que contaba con una Nemesis, la venganza podía confiarse á los agentes sobrehumanos; pero el sentido común proporcionó al Bushido la institución del desagravio como una especie de tribunal ético de equidad, al cual las gentes podían apelar para no ser juzgados por la ley común. El señor de los Cuarenta y Siete, Ronin, fué condenado á muerte; no tenía Tribunal Supremo al cual apelar; sus fieles caballeros apelaron á la Venganza, el único tribunal supremo que existía; á su vez fueron condenados por la ley común, pero el instinto popular pronunció una sentencia diferente, y gracias á ella su memoria se conserva hasta hoy tan fresca y fragante como sus tumbas en Sengakuji.

Aunque Lao-Tse enseñó á pagar la injuria con la bondad, la voz de Confucio fué mucho más alta

cuando aconsejaba que se recompensase la injuria con la venganza; y, sin embargo, la venganza sólo se consideraba justificada cuando se ejercía en nombre de nuestros superiores y bienhechores. Los agravios propios, hasta las injurias hechas á la mujer y á los hijos, debían sufrirse y perdonarse. Un samurai, pues, simpatizaría con el juramento hecho por Aníbal de vengar los agravios hechos á su patria; pero repudiaría á James Hamilton por llevar en su cinturón un puñado de tierra de la sepultura de su esposa, como eterno incentivo para vengar en el Regente Murray los agravios inferidos á aquélla.

Ambas instituciones, la del suicidio y la del desagravio, perdieron su *raison d'être* cuando se promulgó el código penal. Ya no se oyen las aventuras románticas de una bella joven que, disfrazada, sigue los pasos al matador de su padre. Ya no somos testigos de tragedias promovidas por la vendetta de familia. Las andanzas caballerescas de Miyamoto Musashi, son ahora un cuento viejo. Una policía bien organizada espía al criminal en nombre de la parte ofendida, y la ley hace justicia. El Estado entero y la sociedad procurarán que los agravios se deshagan. Satisfecho el sentido de justicia, ya no es necesario el *Kataki-uchi*. Si éste hubiera significado el «hambre del corazón, que se alimenta con la esperanza de saciar esa hambre con la sangre viva de la víctima», como la ha des-

crito un teólogo de Nueva Inglaterra, no lo habrían borrado tan en absoluto unos cuantos párrafos del código penal.

En cuanto al *seppuku*, aun cuando tampoco existe *de jure*, todavía oímos hablar de él de cuando en cuando, y temo que seguiremos oyéndolo, mientras no se olvide el pasado. Se pondrán en boga distintos medios de suicidio menos dolorosos y más rápidos, porque sus adeptos se multiplican con espantosa rapidez por todo el mundo; pero el profesor Morselli habrá de conceder al *seppuku* un lugar aristocrático entre esos medios. Dice que «cuando el suicidio se realiza por un medio muy penoso ó á costa de una agonía prolongada, de cien casos, noventa y nueve, deben considerarse como obra de un espíritu perturbado por el fanatismo, por la locura ó por otra excitación morbosa» (1). Pero un *seppuku* no tiene ni olor de fanatismo, locura ó excitación, siendo necesaria la mayor sangre fría para su perfecta ejecución. De los dos géneros en que el Dr. Strahan (2) divide el suicidio, el Racional ó Cuasi-suicidio y el Irracional ó verdadero, el *seppuku* es el mejor ejemplo del primer tipo.

De estas dos cruentas instituciones, así como del sentido general del Bushido, fácil es inferir

(1) Morselli. *Suicide*, pág. 314.

(2) *Suicide and Insanity*.

que la espada desempeñaba un papel importante en las costumbres y en la vida social. Pasaba como axioma la frase de que era

LA ESPADA ALMA DEL SAMURAI,

y que convirtió aquel arma en el emblema del poder y del valor. Cuando Mahoma proclamó que «la espada es la llave del cielo y del infierno», no fué más que un eco del sentimiento japonés. Desde muy temprano el niño samurai aprendía á esgrimirla. Era una ocasión memorable para él aquella en que, á los cinco años, se le vestía con todas las piezas de un traje de samurai, se le colocaba sobre un tablero de *go* (I), y se le iniciaba en los derechos de la profesión militar, atrevesando en su cinturón una espada verdadera, en vez de la daga de juguete que había manejado hasta entonces. A partir de esta ceremonia de *adoptio per arma*, no se le volvía á ver fuera de la casa paterna sin aquella insignia de su categoría, aunque para el uso diario se la sustituía con una espada de madera dorada.

(I) Al juego del *go* se le llama á veces juego de damas japonés, pero es mucho más complicado que el juego europeo. El tablero del *go* contiene 361 casillas y se supone que representa un campo de batalla: el objeto del juego es ocupar el mayor espacio posible.

No pasan muchos años sin que lleve constantemente el legítimo acero, aunque sin corte, y más tarde se arrinconan las armas fingidas y, con una alegría más aguda que las armas que acaba de adquirir, marcha á probar su filo en la madera y en la piedra. Cuando alcanza la consideración de hombre, á los quince años, recibe la libertad de acción, puede enorgullecerse con la posesión de armas bastante afiladas para cualquier trabajo. La sola posesión del peligroso instrumento le comunica un sentimiento y un aire de dignidad y de responsabilidad. «No lleva su espada en vano». Lo que él lleva en su cintura es un símbolo de lo que lleva en su corazón y en su alma, Lealtad y Honor. Las dos espadas, la larga y la corta (llamadas, respectivamente, *daito* y *shoto*, ó *katana* y *wakizashi*), nunca se apartan de su lado. Cuando está en casa, honran el lugar más visible del gabinete ó de la sala; por la noche hacen guardia á su almohada, colocadas al alcance de la mano. Compañeros constantes, son pagados con amor y reciben nombres cariñosos. De la veneración que reciben, se pasa forzosamente á la adoración. El padre de la Historia ha registrado como caso curioso el de que los Escitas hiciesen sacrificios á una cimitarra de hierro. Más de un templo y más de una familia en el Japón custodian una espada como objeto de adoración. Aun el puñal más común obtiene el debido respeto. Un insulto que se le haga equivale á

una afrenta personal. ¡Ay de aquel que por descuido pise un arma colocada en el suelo!

Un objeto tan preciado no podía escapar mucho tiempo á la atención y á la pericia de los artistas, ni á la vanidad de su propietario, especialmente en tiempo de paz, cuando se llevaba sin más objeto que el báculo de un obispo ó el cetro de un rey. El puño de piel de tiburón, ó de la seda más fina, la guarda de plata ó de oro, la vaina de laca de varios tonos, quitaban al arma mortífera la mitad de su horror; pero estos accesorios eran cosa de juego comparados con la hoja misma.

El espadero no era un simple artesano, sino un artista inspirado, y su taller, un santuario. Comenzaba su labor de cada día con una oración y con una purificación, ó, según la frase admitida, «dedicaba su alma á la forja y temple del acero». Cada golpe de martillo, cada inmersión en el agua, cada frote en la piedra de afilar, era un acto religioso de no poca trascendencia. ¿Era el espíritu del maestro ó el de su dios tutelar el que infundía tan formidable encanto en nuestra espada? Perfecta como una obra de arte, desafiando á sus rivales de Toledo y Damasco, hay en ella algo más de lo que el arte puede dar. Su hoja fría, que condensa en su superficie los vapores de la atmósfera apenas es desenvainada; su tersura inmaculada, que destella resplandores azulados; su filo sin mella, que tantas historias ha escrito y tantas puede escribir; la cur-

va de su dorso, que une la gracia exquisita á la fuerza suprema; todo esto nos penetra de un sentimiento mezclado de fuerza y de belleza, de admiración y de horror. ¡Inocente hubiera sido su misión, si se limitara á ser un objeto de belleza y de goce! Pero, siempre al alcance de la mano, ofrecía no escasa tentación al abuso. Con harta frecuencia salió su hoja de su pacífica envoltura. El abuso llegó á veces al punto de probar el acero adquirido en el cuello de alguna criatura inocente.

La cuestión que á nosotros nos interesa más es esta: ¿autorizó el Bushido el uso indebido del arma? La respuesta indiscutible es que no. Así como dió gran importancia á su uso legítimo, denunció y condenó su abuso. Sólo los cobardes ó fanfarrones blandían su arma en ocasiones indebidas. Un hombre sereno conoce el momento justo en que debe usarla, y esos momentos no se presentan sino raras veces. Oigamos al difunto conde Katsu, que vivió en uno de los períodos más turbulentos de nuestra historia, cuando los asesinatos, los suicidios y otras costumbres sanguinarias estaban á la orden del día. Investido durante algún tiempo de poderes casi dictatoriales, señalado muchas veces como presunta víctima del asesinato, jamás tiñó su espada en sangre. Contando algunos de sus recuerdos á un amigo, dice en su estilo original y plebeyo: «Me disgusta mucho matar á las gentes, y por eso no he matado ni á un solo hombre. He puesto en liber-

tad á aquellos cuyas cabezas debieran haber sido cortadas. Un amigo me dijo un día: «No mata usted bastante. ¿Es que no come usted pimienta ni berengenas?» Así son algunas personas. Pero él mismo fué asesinado. Mi salvación quizá sea debida á mi repugnancia á matar. Llevaba yo la empuñadura de la espada tan fuertemente atada á la vaina, que era muy difícil sacar la hoja. Tomé la decisión de no herir yo, aunque los demás me hirieran. ¡Sí, sí! Es verdad que algunas gentes son como las pulgas y los mosquitos, que siempre están picando; pero ¿qué valen sus picaduras? Escuece un poco, y nada más; eso no vale la pena de arriesgar la vida». Estas eran las palabras de un hombre cuya educación en el Bushido se había acrisolado en la adversidad y en la gloria. El refrán es popular: «ser derrotado es vencer», cuyo significado es que la verdadera victoria consiste en no hacer frente á un enemigo alborotador; el que dice que «la mejor victoria es la que se obtiene sin derramar sangre», y otros de igual sentido, demostrarán que después de todo el ideal último de la Caballería era la Paz.

Fué una gran lástima que se encomendara solamente á los moralistas y á los sacerdotes la predicación de ese ideal elevado, mientras los samurai se daban á practicar y á celebrar los actos marciales. En esta dirección llegaron hasta teñir los ideales de la mujer con un carácter amazónico. Pode-

mos dedicar aquí con provecho unos cuantos párrafos al tema de

LA FORMACIÓN Y POSICIÓN DE LA MUJER

La mitad femenina de nuestra especie ha sido calificada algunas veces de conjunto de paradojas, porque el modo de operar su espíritu está fuera de la comprensión de la «inteligencia aritmética» de los hombres. El ideograma chino, que significa «lo misterioso», «lo incognoscible», consta de dos partes: la una que significa «joven» y la otra «mujer», porque la explicación de los encantos físicos y de los delicados pensamientos del bello sexo, excede al grosero calibre mental de nuestro sexo.

En el ideal femenino del Bushido, sin embargo, hay poco misterio, y sólo existe una aparente paradoja. He dicho que era amazónico, pero esto es sólo verdad á medias. Los chinos representan ideográficamente á la esposa por una mujer con una escoba (no blandiéndola ofensiva ni defensivamente contra su asociado conyugal, ni para usarla como sortilegio, sino para los usos más inocentes, que fueron propios de ese utensilio desde su invención), siendo la idea encerrada en ese ideograma no menos casera que la derivación etimológica del inglés *wife* (esposa, de *weaver*, tejedora) y *daughter* (hija, de *duhitar*, lechera). Sin limitar la esfera de la actividad femenina al *Kuche*, *Kirche*, *Kinder* (la co-

cina, la iglesia y los hijos), como dicen que pretende el actual emperador de Alemania, el ideal femenino del Bushido era predominantemente doméstico. Esta aparente contradicción (entre domesticidad y amazonismo), no es completamente ajena á los Preceptos de la Caballería, como vamos á ver.

Siendo el Bushido una enseñanza dirigida, en primer término, al sexo masculino, las virtudes que apreciaba en la mujer distaban mucho, naturalmente, de ser propiamente femeninas. Winckelmann observa que «la suprema belleza del arte griego es más bien masculina que femenina», y Lecky añade que esto era tan cierto de la concepción moral de los griegos, como de su arte. De un modo semejante, el Bushido ensalzaba más á aquellas mujeres «que se emancipaban de la fragilidad de su sexo y desplegaban una heroica fortaleza, digna de los más enérgicos y valerosos hombres» (1). Por eso se enseñaba á las jóvenes á reprimir sus sentimientos, á endurecer sus nervios, á manejar las armas, especialmente la espada de largo puño, llamada *nagi-nata*, de tal modo, que fueran capaces de defenderse contra riesgos inesperados. Sin embargo, el motivo primordial de los ejercicios de este carácter guerrero no era hacer uso de ellos en el campo; tenía un doble aspecto: personal y doméstico. No teniendo la

(1) Lecky, *History of European Morals*, II, pág. 383.

mujer una guardia propia, formaba ella misma su guardia de corps. Con sus armas defendía el sagrado de su persona, con tanto celo como su marido defendía el de su señor. La utilidad doméstica de su educación guerrera se cifraba en la educación de sus hijos, como veremos después.

La esgrima y ejercicios semejantes, aunque de uso no frecuente, eran una sana compensación de las costumbres, por otra parte sedentarias, de la mujer. Pero estos ejercicios no se hacían solo por motivos higiénicos. Podían utilizarse en caso de necesidad. Las muchachas, cuando llegaban á ser mujeres, recibían, como presente, puñales (*kai-keu*, puñales de bolsillo), que podían dirigirse contra el pecho de sus asaltantes, ó, en caso oportuno, al de sus propietarias. El último caso era muy frecuente; y, sin embargo, no seré yo quien las juzgue severamente. Hasta la conciencia cristiana con su horror al suicidio, no podrá ser demasiado severa con ellas, puesto que Pelagia y Domnina, dos suicidas, fueron canonizadas por su pureza y piedad. Cuando una Virginia japonesa veía amenazada su castidad, no aguardaba al puñal de su padre. Su arma propia estaba siempre á mano en su pecho. Era una vergüenza para ella no saber la manera cómo debía realizar el suicidio. Por ejemplo, aunque sus estudios anatómicos eran escasos, debía saber el punto exacto para cortarse el cuello; debía saber la manera de atar juntas las piernas con un cinturón,

de tal modo que, fuese cualquiera la agonía, se encontrase su cadáver colocado en una postura pudorosa, con las piernas decentemente dispuestas. Una precaución semejante ¿no es digna de la cristiana Perpetua ó de la vestal Cornelia? No haría yo una pregunta tan brusca, si no fuera por la idea errónea, basada en nuestras costumbres de baño y otras nimiedades, de que la castidad es desconocida entre nosotros (1). Por el contrario, la castidad era una virtud preeminente de la mujer samurai, que la estimaba en más que la vida. Una joven hecha prisionera, viéndose en peligro de violencia á manos de la bárbara soldadesca, dice que se prestará á su placer, siempre que se le permita antes escribir unas líneas á sus hermanas, á las cuales la guerra ha dispersado en distintas direcciones. Cuando ha terminado la carta, escapa al pozo más próximo y salva su honor ahogándose. La carta que dejó escrita termina con estos versos:

«Por miedo de que las nubes enturbien su luz,
No más que tocando su limpísima esfera,
La luna joven, suspendida en la altura,
Emprende una rápida huída.»

No sería legítimo dar á mis lectores la idea de que solo la masculinidad era nuestro más alto ideal

(1) Véase una explicación muy sensata de la desnudez y del baño en Finck, *Lotos Time in Japan*, págs. 286 á 297.

femenino. Nada menos cierto. Se pedían á las mujeres las cualidades y gracias más amables de la vida. La música, la danza y la literatura no eran olvidadas. Algunos de los versos más bellos de nuestra literatura fueron expresión de sentimientos femeninos; en efecto, las mujeres desempeñaron un papel importante en la historia de las bellas letras japonesas. La danza se enseñaba (hablo de las muchachas samurai, no de las *geisha*) sólo para dulcificar la rigidez de sus movimientos. La música servía para regalar las horas de fatiga de sus padres y esposos; de aquí que la música no se enseñase por la técnica, por el arte mismo: su fin último era purificar el corazón, pues se había dicho que no se puede obtener armonía de sonidos sin que el corazón del músico se ponga en armonía con aquélla. Aquí volvemos á ver dominante la misma idea que observamos en la educación de los jóvenes: que las perfecciones deben mantenerse esclavas del valor moral. Lo necesario de música y danza para dar gracia y brillo á la vida, pero sin incurrir jamás en la vanidad ni la extravagancia. Yo simpatizo con el príncipe persa que, conducido á un baile en Londres, y habiéndole pedido que tomara parte en la diversión, contestó secamente que en su país tenían una clase especial de mujeres dedicadas á hacer á los hombres ese género de menesteres.

Nuestras mujeres no adquirirían las perfecciones para la ostentación ó para sobresalir en la sociedad.

Les servían como diversión doméstica, y si brillaban en las reuniones de sociedad, era como los atributos de una señora de su casa; en otras palabras, como parte de las condiciones necesarias para la hospitalidad. La idea doméstica guiaba su educación. Puede decirse que las cualidades de la mujer del Japón viejo, fuese de carácter marcial ó de carácter pacífico, estaban principalmente dedicadas al hogar, y por muy lejos de él que girasen, nunca le perdían de vista como su centro. Para mantener su honor y su integridad se esclavizaban, trabajaban sin descanso y sacrificaban sus vidas. Noche y día, con acentos á la vez firmes y tiernos, valerosos y plañideros, cantaban á sus pequeños nidos. Como hija, la mujer se sacrificaba por el padre; como esposa, por el esposo; como madre, por el hijo. Así, pues, desde la más temprana juventud se le enseñaba la abnegación. Su vida no era independiente, sino de un servicio subordinado. Auxiliar del hombre, si su presencia le puede ser útil, permanece en escena con él; si dificulta su obra, se oculta entre bastidores. No pocas veces ocurre que un joven se enamora de una muchacha, que ésta le corresponde con igual ardor; pero que, cuando ella se da cuenta de que el interés que inspira puede distraer al muchacho de sus deberes, desfigura su rostro para que cesen sus atractivos. Adzuma, la esposa ideal en la mente de las muchachas samurai, descubre un día que es amada por un hombre que,

para ganar su amor, conspira contra su marido. Fingiéndose hacerse cómplice del criminal complot, aprovecha la oscuridad para ponerse en lugar de su marido, y la espada del asesino desciende sobre su propia heroica cabeza.

La siguiente carta, escrita por la mujer de un joven daimio antes de quitarse la vida, no necesita comentarios: «Muchas veces he oído que ningún accidente ni azar cambia jamás la marcha de los sucesos en este bajo mundo, y que todo se mueve según un plan. Que dos personas se guarezcan bajo el mismo techo ó beban agua del mismo río, es cosa también ordenada muchos siglos antes de nuestro nacimiento. Desde que nos unimos con lazos de indisoluble matrimonio, hace apenas dos años, mi corazón te ha seguido, como la sombra sigue á un cuerpo, unidos inseparablemente nuestros corazones, amando y siendo amada. Pero habiendo sabido recientemente que la próxima batalla será la última de tu obra y de tu vida, recibe el saludo de adiós que te envía tu amante compañera. He oído que Kō u el poderoso guerrero de la antigua China, perdió una batalla por la tardanza en despedirse de su favorita Gu. Yoshinaka, también aun siendo tan valeroso, atrajo el desastre á su causa, por haber sido demasiado débil para despedirse rápidamente de su mujer. ¿Por qué había yo, á quien la tierra no ofrece ya esperanza de goces, por qué había yo de retener, viviendo, á tí ó tus pensamien-

tos? Muy al contrario, ¿por qué no he de esperarte en el camino que todos los mortales deben seguir una vez? Jamás, te pido, jamás olvides los muchos beneficios que nuestro buen Señor Hideyori ha derramado sobre tí. La gratitud que le debemos es tan profunda como el mar y tan alta como las montañas».

La abnegación de la mujer por el bien de su marido, de su casa y de su familia, era tan voluntaria y honrosa, como la abnegación del hombre por el bien de su señor y de su país. La renunciación de sí mismo, sin la cual ningún enigma de vida puede ser descifrado, era la clave, tanto de la lealtad en el hombre, como el amor doméstico en la mujer. No era esclava del hombre como su marido no era siervo de su señor, y el papel que desempeñaba se consideraba como *Naijo*, «la ayuda interior». La escala ascendente de obediencia estaba formada por la mujer, que debía sacrificarse por el hombre, el cual se sacrificaba por el señor, que debía obedecer al cielo. Conozco la debilidad de este principio y sé que la superioridad del cristianismo no se manifiesta en ninguna parte mejor que aquí, en cuanto exige á todos y cada uno de los seres vivos responsabilidad directa ante su Creador. Sin embargo, en lo que toca á la doctrina de la obediencia (obediencia á una causa superior á los intereses personales, aun á costa de la propia individualidad; la doctrina de la obediencia, digo, que es la más

alta que Cristo predicó y que es la clave sagrada de su misión) en lo que toca á esa doctrina el Bushido se funda en una verdad eterna.

Mis lectores no me podrán acusar de un injusto prejuicio favorable á la anulación servil de la voluntad propia. Acepto en gran parte la opinión expresada con amplitud de principios y defendida con profundo pensamiento por Hegel, de que la historia es la evolución y la realización de la libertad. Lo que yo pretendo demostrar es que la enseñanza entera del Bushido estaba tan absolutamente imbuida con espíritu de sacrificio, que se exigía éste, no sólo de la mujer, sino del hombre. De aquí que mientras el influjo de los Preceptos no desaparezca completamente, nuestra sociedad no comprenderá la idea temerariamente expresada por un americano expositor de los derechos de la mujer, que exclamaba: «¡Que todas las hijas del Japón se levanten en rebelión contra las viejas costumbres!» ¿Podrá triunfar tal rebelión? ¿Mejorará la condición de la mujer? ¿Los derechos que conquistaste por ese procedimiento sumario compensarán la pérdida de esa dulzura de carácter, de esa gracia en las maneras, que son su herencia actual? ¿La pérdida de las costumbres domésticas en las matronas romanas no fué seguida de una corrupción tan evidente que no hay para qué mencionarla? ¿Puede asegurarnos el reformador americano que una rebelión de nuestras hijas es el verdadero camino que debe tomar su

evolución histórica? Graves cuestiones son estas. Los cambios deben venir y vendrán sin revoluciones. Entre tanto, veamos si la condición del bello sexo bajo el régimen del Bushido era realmente tan mala que justificase una rebelión.

Se habla mucho del respeto exterior que los caballeros europeos profesaban «á Dios y á sus damas», términos cuya incongruencia hace sonrojar á Gibbon; Hallam nos dice también que la moral de la Caballería era grosera, que la galantería se fundaba en el amor ilícito. El efecto de la Caballería sobre el sexo débil ha sido tema de reflexión para los filósofos, sosteniendo Guizot que el feudalismo y la Caballería ejercieron saludable influjo, mientras que Spencer dice que en una sociedad militante (y ¿qué otra cosa fué el feudalismo?) la posición de la mujer es necesariamente inferior, y sólo mejora cuando la sociedad se hace más industrial. Ahora bien, ¿cuál es la teoría verdadera para el Japón: la de Guizot ó la de Spencer? A esto debo responder que las dos son justas. La clase militar en el Japón estaba limitada á los samurai, que comprendían próximamente dos millones de almas. Sobre ellos estaban los militares nobles, los *daimio*, y los nobles cortesanos, los *kugé*—estos últimos nobles superiores, sibaritas, que no tenían de guerreros más que el nombre. Por debajo de los samurai estaba la masa común del pueblo, obreros, comerciantes y campesinos, cuya vida estaba dedicada á

las artes de la paz. Así, las que Herbert Spencer da como características del tipo militante de sociedad, puede decirse que se limitaban exclusivamente á la clase samurai, mientras que las del tipo industrial eran aplicables á las clases superiores é inferiores á aquélla. Esto se ve bien claro en la condición de la mujer; porque en ninguna clase gozó de menos libertad que en la samurai. Por extraño que parezca, cuanto más baja la clase social (como, por ejemplo, entre los pequeños artesanos), mayor era la igualdad de posición entre el marido y la mujer. También entre la alta nobleza la diferencia en las relaciones de ambos sexos era menos marcada, principalmente porque había pocas ocasiones de hacer resaltar las diferencias de sexo, habiéndose literalmente afeminado los nobles acomodados y ociosos. Así, la afirmación de Spencer se vió plenamente confirmada en el Japón viejo. En cuanto á la de Guizot, los que lean su descripción de la comunidad feudal, recordarán que se fija en la alta nobleza especialmente, de modo que su generalización sólo es aplicable á los *daimío* y á los *kugé*.

Incurriría en una grosera injusticia con la verdad histórica si mis palabras sólo dieran una opinión inferior de la condición de la mujer bajo el Bushido. No vacilo en afirmar que no era considerada como igual al hombre; pero hasta que aprendamos á distinguir entre diferencias y desigualda

des, habrá siempre malas inteligencias acerca de este asunto.

Cuando pensamos en qué pocos respetos son los hombres iguales entre sí (á saber: ante la ley y ante la urna electoral), parece ocioso empeñarnos en una discusión acerca de la igualdad entre los sexos. Cuando la Declaración de Independencia dijo que todos los hombres nacían iguales, no se refería á sus dotes mentales ó físicas: no hacía más que repetir lo que Ulpiano había anunciado hacía mucho tiempo, que ante la ley todos los hombres son iguales. Los derechos legales eran en este caso la medida de su igualdad. Si fuera la ley el único patrón para medir la condición de la mujer en una sociedad, sería tan fácil decir dónde está colocada, como dar su peso en libras y onzas. Pero la cuestión es esta: ¿es correcto ese patrón para medir la posición social relativa de los sexos? ¿Es justo, es suficiente comparar la posición de la mujer con la del hombre, como el valor de la plata se compara con el del oro, y dar la proporción en números? Semejante método de cálculo deja fuera de consideración el género más importante de valor que un ser humano posee, á saber: el valor intrínseco. Dada la diversa variedad de requisitos necesarios para que cada sexo cumpla su misión sobre la tierra, el patrón que debemos adoptar para medir su posición relativa, debe ser un carácter complejo; ó, usando el lenguaje económico, debe ser

un patrón múltiple. El Bushido tenía un patrón propio, que era binomial. Trataba de determinar el valor de la mujer en el campo de batalla y junto al hogar. En aquél no tenía nada que hacer; en éste, todo. El trato que recibía correspondía á esta doble medida: como unidad político social no era tenida en mucho: mientras que como esposa y madre recibía el más alto respeto y el más profundo afecto. ¿Por qué en un pueblo tan militar como el romano eran tan veneradas sus matronas? ¿No sería porque eran *matronæ*, madres? No por ser guerreras ni legisladoras, por ser madres se inclinaban los hombres ante ellas. Otro tanto ocurrió entre nosotros. Mientras los padres y los maridos estaban ausentes en el campo ó en la guerra, el gobierno de la casa quedaba por completo en manos de las madres y las esposas. La educación de los jóvenes y hasta su defensa, les estaba confiada. Los ejercicios guerreros de las mujeres, de los cuales ya he hablado, tendían, en primer término, á capacitarlas para dirigir y seguir con inteligencia la educación de sus hijos.

He notado que entre los extranjeros poco informados existe la idea de que, porque la expresión corriente para hablar de la mujer propia es «mi inculta mujer» y otras parecidas, es despreciada y tenida en poca estima. Cuando digamos que frases como «mi imbécil padre», «mi sucio hijo», «mi

torpe persona», etc., son de uso corriente, ¿habremos respondido con suficiente claridad?

Me parece que nuestra idea de la unión marital va en ciertos respectos más lejos que la llamada cristiana. «El hombre y la mujer deben ser una carne». El individualismo anglo-sajón no puede abandonar la idea de que marido y mujer son dos personas; de aquí que, cuando no están de acuerdo, se reconoce la separación de sus *derechos*, y cuando lo están, agotan el vocabulario de toda clase de nombres cariñosos y dulzuras necias. Sue- na muy irracionalmente á nuestros oídos, cuando un marido ó una mujer hablan á un tercero de su respectiva mitad (mejor ó peor) y dicen que es adorable, gracioso, bondadoso y mil cosas más. ¿Es de buen gusto hablar de uno mismo, nombrándose «mi graciosa persona», «mi adorable carácter», y cosas por el estilo? Nosotros creemos que alabar á la mujer ó al marido es alabar una parte de uno mismo, y la propia alabanza se considera, por no decir más, como de mal gusto, entre nosotros..., y creo que también entre las naciones cristianas. He hecho una digresión algo larga, porque el cortés menosprecio aparente de la mujer propia, era una costumbre muy en boga entre los samurai.

Habiendo empezado las razas teutónicas su vida de tribu con una veneración supersticiosa hacia el bello sexo (aunque ese sentimiento se va desvaneciendo realmente en Alemania) y comenzando los

americanos su vida social bajo la penosa conciencia de la insuficiencia numérica de las mujeres (I) (las cuales, á la vez que aumentan en número, temo que van perdiendo rápidamente el prestigio de que gozaron sus madres coloniales), el respeto que el hombre manifiesta á la mujer se ha convertido en la civilización occidental en el principal criterio moral. Pero en la ética marcial del Bushido, la divisoria entre lo bueno y lo malo se buscaba en otro lugar. Se colocaba en la línea de deber que une al hombre con su propia alma divina y con las demás almas, en las cinco relaciones que he mencionado en la primera parte de este trabajo. De éstas, he llamado la atención de mis lectores acerca de la lealtad, relación entre un hombre como vasallo y otro como señor. De las restantes sólo he tratado incidentalmente cuando la ocasión se ha ofrecido, porque no son peculiares del Bushido. Fundadas en afectos naturales, no podían menos de ser comunes á toda la humanidad, aunque en algunos respectos hayan podido ser acentuadas por condiciones especiales de su propagación. A propósito de esto, se me ocurre citar la especial intensidad y ternura de la amistad entre hombres, que muchas veces añadía á las relaciones fraternales una adhe-

(I) Me refiero á los tiempos en que se importaban muchachas de Inglaterra y se daban en matrimonio por tantas libras de tabaco, etc.

sión romántica, doblemente aumentada por la separación de sexos en la juventud, separación que negaba á los sentimientos el canal natural abierto á ellos en la caballería occidental ó en el libre trato de las tierras anglo-sajonas. Podría llenar muchas páginas con versiones japonesas de la historia de Damon y Pythias, de Aquiles y Patroclo, ó hablar en la lengua del Bushido, de lazos tan simpáticos como los que unían á David y Jonatán.

No es sorprendente, sin embargo, que las virtudes y las enseñanzas peculiares de los Preceptos de la caballería no quedaran circunscritas á la clase militar. Esto nos hace entrar en el examen del

INFLUJO DEL BUSHIDO

sobre la nación en general.

He hecho ver algunas solamente de las cúmbres más prominentes que sobresalen de la línea de las virtudes caballerescas, ya más elevada que el nivel general de nuestra vida nacional. Como el sol al nacer tiñe primero los picos más altos de una luz sonrosada, y después, gradualmente, arroja sus rayos al valle profundo, así también el sistema ético, que iluminó primero la orden militar, con el tiempo obtuvo secuaces entre las masas. La democracia erige como jefe á un príncipe natural, y la aristocracia infunde en el pueblo un espíritu principesco. Las virtudes no son menos contagiosas

que los vicios. «No se necesita más que un hombre prudente en una reunión para que todos lo sean; tan rápido es el contagio», dice Emerson. Ninguna clase ó casta social puede resistirse al poder difusivo del influjo moral.

La tan alabada y triunfante marcha de la libertad anglo-sajona, raras veces ha recibido un ímpetu de las masas. ¿Acaso no ha sido ante todo obra de los *squires* y *gentlemen*? Con mucha razón dice Taine: «Estas tres sílabas (*gentlemen*), usadas en el sentido que se les da allende el Canal, resumen la historia de la sociedad inglesa». Es inútil que la democracia responda á esta afirmación, llevando al extremo la cuestión y preguntando: «Cuando Adán y Eva pecaron, ¿dónde estaba el *gentleman*?» Mayor razón para lamentarse de que no hubiera un caballero en el Paraíso. Los primeros padres sintieron bien su falta y pagaron un alto precio por su ausencia. Si lo hubiera habido, no sólo habría ganado con ello el jardín, sino que ellos habrían aprendido sin dolorosa experiencia que la desobediencia á Jeovah era deslealtad y deshonor, traición y rebeldía.

Lo que el Japón fué se lo debió á los samurai. No fueron sólo la flor de la nación, sino también su raíz. Todos los generosos dones del cielo vinieron por su conducto. Aunque se mantuvieron socialmente apartados del populacho, establecieron un patrón moral para ellos y los guiaron con el ejem-

plo. Pienso que el Bushido tenía sus enseñanzas esotéricas y exotéricas; éstas eran eudemonistas, procuraban el bienestar y la felicidad de la comunidad, mientras que aquéllas eran aretaicas, predicaban la práctica de la virtud, por la virtud misma.

En los días más caballerescos de Europa, los caballeros no formaban, numéricamente, más que una fracción pequeñísima de la población; pero, como dice Emerson, «en la literatura inglesa la mitad de los dramas y todas las novelas, desde Sir Philip Sidney hasta Sir Walter Scott, pintan esta figura (el caballero)». Poned en lugar de Sidney y Scott, Chikamatsu y Bakin, y tenéis en una cáscara de nuez los distintivos capitales de la historia literaria del Japón.

Las principales fuentes de deleite é instrucción popular—los teatros, las barracas de los narradores de cuentos, las tribunas de los predicadores, las recitaciones musicales, las novelas—han adoptado como temas principales las historias de samurai. Los campesinos, alrededor del fuego de sus chozas, no se cansan de repetir las hazañas de Yoshitsuné y de su fiel escudero Benkei, ó de los dos valientes hermanos Soga; la bronceada prole escucha con la boca abierta, hasta que arde el último leño y el fuego se apaga en las cenizas, dejando, sin embargo, sus corazones inflamados con el cuento narrado. Los empleados y dependientes de comercio, cuando ha dado fin el trabajo de cada día y cierran los *ama-*

do (1) del almacén, se reúnen para contar la historia de Nobunaga y de Hidéyoshi hasta muy entrada la noche, hasta que el sueño se apodera de sus cansados ojos y los transporta, del murmullo del narrador, al campo mismo de las hazañas. Hasta el niño que acaba de soltarse á hablar aprende á balbucir las aventuras de Momotaro, el atrevido conquistador del país de los ogros. Las niñas mismas están tan imbuídas con el amor de los hechos y virtudes caballerescas, que, como Desdémona, estarían prontas á devorar con ansioso oído la novela del samurai.

El samurai llegó á ser el bello ideal de la raza entera. «Como entre las flores es reina la del cerezo, entre los hombres es señor el samurai», canta el pueblo. Libre de empresas comerciales, la clase militar no ayudó al comercio; pero no hubo esfera de la actividad humana, ni manifestación de las ideas, que en alguna medida no recibiera impulso del Bushido. El Japón intelectual y moral fué, directa ó indirectamente, obra de la Caballería.

Mr. Mallock, en su extraordinariamente sugestivo libro *Aristocracia y Evolución* nos ha dicho elocuentemente que «la evolución social, en lo que tiene de distinta de la biológica, puede definirse como el resultado inintencional de las intenciones de los gran-

(1) Cierres exteriores, que se deslizan sobre ranuras ó rieles horizontales.

des hombres»; y más adelante, que el progreso histórico se produce por una lucha, «no entre todos los miembros de la comunidad, para vivir, sino una lucha entre una minoría de la comunidad para conducir, dirigir y emplear á la mayoría de la mejor manera». Dígase lo que quiera acerca de la verdad de sus argumentos, estas afirmaciones están ampliamente comprobadas en la parte que tomó el bushi en el progreso social, hasta donde lo hubo, de nuestro imperio.

Que el espíritu del Bushido se infiltró en todas las clases sociales, se muestra también en la formación de una cierta clase de hombres, conocidos con el nombre de *otoko-daté*, jefes naturales de la democracia. Eran hombres enérgicos, fuertes en todas sus partes, con la fuerza de una humanidad maciza. A la vez voceros y guardianes de los derechos populares, tenían cada uno una escolta de cientos y miles de almas que les profesaban, del mismo modo que los samurai á los daimío, el servicio voluntario de «brazos y vida, cuerpo, bienes y honores terrenales». Apoyados por una vasta multitud de rudos é impetuosos obreros, éstos capataces natos constituían un formidable muro contra el despotismo de las gentes de dos espadas.

Por diversos caminos se ha infiltrado el Bushido fuera de las clases sociales en que se produjo, y obró como una levadura en las masas, proporcionando un tipo moral al pueblo entero. Los Precep-

tos de la Caballería, que empezaron por ser patrimonio de los escogidos, se convirtieron con el tiempo en aspiración é inspiración del pueblo en general, y aunque el populacho no podía alcanzar la altura moral de aquellos espíritus sublimes, sin embargo, el *Iamato Damashii*, el alma del Japón, llegó por último á expresar el *Volksgeist* del Imperio Insular. Si la religión no es más que «la moral tocada por la emoción», según la define Matthew Arnold, pocos sistemas morales ostentan mejores títulos para la categoría de religiones que el Bushido Motoōri ha expresado en palabras la voz muda de la nación cuando canta:

«Si alguien os pregunta cuál es el alma del Yamato,
Respondedle: la flor del cerezo silvestre, exhalando su perfume al sol naciente!» (1).

Sí, la *sákura* (2) ha sido miles de años la favorita de nuestro pueblo y el emblema de nuestro carácter. Nótese, especialmente, los términos de definición que usa el poeta, las palabras *flor del cerezo silvestre, exhalando su perfume al sol naciente*.

El espíritu del Yamato no es una planta cultivada, tierna; sino un producto silvestre, en el sentido de natural; es indígena de nuestro suelo; sus

(1) Shikishima no Yamatogokoro wo hito towaba,
Asahi ni nioō yamazakurabana.

(2) *Cerasus pseudo-cerasus*, Lindley.

cualidades accidentales podrán ser comunes con las flores de otras tierras; pero en lo esencial es producto original y espontáneo de nuestro clima. Y no es sólo el origen su único título á nuestro cariño. El refinamiento y gracia de su belleza conmueve *nuestro* sentido estético como ninguna otra flor puede hacerlo. No podemos compartir la admiración de los europeos por sus rosas, que carecen de la sencillez de nuestra flor. Además, las espinas ocultas tras la dulzura de la rosa, la tenacidad con que se aferra á la vida, como si temiera deshojarse antes de tiempo, prefiriendo marchitarse en el tallo, sus ostentosos colores y fuerte perfume, todos estos son caracteres opuestos á los de nuestra flor, que no oculta puñal ni veneno tras su belleza; que está dispuesta á dejar la vida al primer aviso de la naturaleza; cuyos colores jamás son vistosos, y cuyo ligero perfume jamás marea. La belleza del color y de la forma es limitada en su apariencia; es una cualidad fija de existencia, mientras que su fragancia es volátil, etérea, como el alimento de la vida. Por eso en todas las ceremonias religiosas, el incienso y la mirra desempeñan una parte importante. Hay algo espiritual en el olor. Cuando el delicioso perfume de la *sákura* anima el aire matinal, al levantarse el sol en su carrera para iluminar las primeras las islas del lejano Oriente, pocas sensaciones son más serenamente alegres que aspirar, por decirlo así, el espíritu mismo del espléndido día.

Cuando hasta al Creador se le describe tomando nuevas resoluciones en su corazón después de oler un delicado fruto (Gen., VIII, 21) ¿es maravilla que la estación, dulcemente perfumada, de la flor del cerezo, saque á todo nuestro pueblo de sus diminutas habitaciones? No les echéis en cara que por algún tiempo sus miembros olviden la tarea fatigosa, y sus corazones las angustias y tristezas. Acabado su efímero placer, volverán á la labor de cada día con nueva energía y nueva resolución. Así, en más de un concepto, es la sákura la flor de la nación.

¿Es, pues, esta flor, tan dulce y efímera, arrastrada por el soplo del viento, y, después de haber exhalado una bocanada de perfume, dispuesta á desvanecerse para siempre, es esta flor el tipo del espíritu del Yamato? ¿Es el alma del Japón tan frágilmente mortal?

¿VIVE TODAVÍA EL BUSHIDO?

¿O es que la civilización occidental, marchando sobre el país, ha borrado todo rastro de su antigua disciplina?

Triste cosa sería que el alma de una nación pudiera morir tan pronto. Pobre alma sería la que sucumbiese con tanta facilidad ante influjos extraños. El agregado de elementos psicológicos que constituye un carácter nacional, es tan tenaz como los

«elementos irreductibles de la especie, las aletas del pez, el pico del ave, los dientes del animal carnice-ro». En su reciente libro, lleno de ambiciosas aseveraciones y de generalizaciones brillantes, dice Le Bon (1): «Los descubrimientos debidos á la inteligencia forman el patrimonio común de la humanidad; las buenas cualidades ó defectos de carácter constituyen el patrimonio exclusivo de cada pueblo; son las rocas firmes que las aguas deben lamer cada día durante siglos, antes de poder borrar sus asperezas externas». Son estas enérgicas frases, y merecerían ser alabadas, siempre que las excelencias y defectos de carácter *constituyan el exclusivo patrimonio* de cada pueblo. Teorías esquemáticas de este tipo habían sido emitidas mucho antes de que Le Bon hubiera empezado á escribir su libro, y fueron rechazadas tiempo ha por Theodor Waitz y Hugh Murray. Al estudiar las varias virtudes propagadas por el Bushido, hemos buscado, para comparar y dar ejemplos, fuentes europeas, y hemos visto que ninguna excelencia de carácter era patrimonio suyo *exclusivo*. Es cierto que el agregado de excelencias morales ofrece un aspecto completamente único. Este agregado es lo que Emerson llama «resultante compuesta, en que toda fuerza grande entra como componente». Pero, en vez de considerar esto, según hace Le Bon, como

(1) *Psicología de los pueblos*.

patrimonio exclusivo de una raza ó pueblo, el aludido filósofo lo llama «elemento que une las personalidades más salientes de cada país; las hace inteligibles y agradables unas á otras, y es algo tan preciso que al momento se advierte si un individuo carece de ese signo masónico».

El carácter que el Bushido imprimió en la nación, y especialmente en los samurai, no puede decirse que forma «un elemento irreductible de la especie», aunque no cabe duda de la vitalidad que encierra. Si el Bushido no fuese más que una mera fuerza física, el impulso adquirido en los últimos setecientos años no podría detenerse tan en seco. Si solo se transmitiese por herencia, su influjo debería estar inmensamente propagado. No hay sino calcular, como lo ha hecho Mr. Cheysson, economista francés, que, suponiendo tres generaciones en un siglo, «cada uno de nosotros tendría en sus venas sangre de más de veinte millones de personas que vivieron en el año 1.000 de Jesucristo». El simple campesino que ara en la tierra «abrumado por el peso de los siglos», tiene en sus venas la sangre de edades enteras, y es tan hermano nuestro como «de los bueyes que guía».

Fuerza inconsciente é irresistible, el Bushido ha dado movimiento á la nación y á los individuos. No hizo más que traducir fielmente el sentimiento de la raza cuando Yoshida Shoin, uno de los más bri-

llantes iniciadores del Japón, escribió la siguiente estrofa la víspera de su ejecución:

«De sobra conocía que mi labor acabaría en muerte;
Pero el espíritu de Yamato me impulsaba
A afrontar los acontecimientos sin vacilar».

Aunque no expresado, el Bushido fué y es todavía el espíritu vivificador, la fuerza motriz de nuestro país.

Dice Mr. Ransome, que «hoy día existen juntos tres Japones distintos: el viejo, que aún no ha muerto completamente; el nuevo, apenas nacido más que en espíritu, y el de transición, que atraviesa ahora sus momentos más críticos». Aunque esto es exacto en casi todos respectos, y especialmente en lo que toca á las instituciones tangibles y concretas, la afirmación, aplicada á las nociones éticas fundamentales, necesita alguna corrección; porque el Bushido, factor y producto del Japón viejo, es aún el principio director de la transición y constituirá la fuerza creadora de la nueva era.

Los grandes hombres de Estado que pilotearon la nave de nuestro Estado á través del huracán de la restauración y el torbellino del rejuvenecimiento, fueron hombres que no conocían más enseñanza moral que los Preceptos de la Caballería. Algunos escritores(I) han tratado recientemente de pro-

(I) Speer, *Missions and Politics in Asia*, Lectura IV,

bar que los misioneros cristianos contribuyeron en gran parte á la formación del Japón nuevo. Gran placer sería para mí dar honor al que lo merezca; pero este honor difícilmente puede concedérsele á los buenos misioneros. Más propio de su profesión sería atenerse al mandato bíblico de cederse mutuamente los honores, que reclamar uno sin pruebas en que fundarlo. Por mi parte, creo que los misioneros cristianos hacen mucho por el Japón, en la esfera de la educación, y especialmente de la educación moral; pero la misteriosa, aunque no por esto menos cierta, obra del espíritu, permanece todavía oculta en el divino secreto. Lo que quiera que hagan, es todavía de efecto indirecto. No, hasta ahora las misiones cristianas han contribuído poco á formar el carácter del nuevo Japón. No, fué pura y simplemente el Bushido el que nos impulsó á lo bueno como á lo malo. Abrid las biografías de los fundadores del Japón moderno, de Sakuma, de Saigo, de Okubo, de Kido, por no mencionar las memorias de los vivos, como Ito, Okuma, Itagaki, etc., y encontraréis que pensaron y escribieron á impulsos del espíritu samurai. Cuando Mr. Henry Norman, después de estudiar y observar el Extremo Oriente (1), declaró que el único

pág. 189-190; Denis, *Christian Missions and Social Progress*. Vol. I, pág. 32; Vol. II, pág. 70, etc.

(1) *The Far East*, pág. 375.

punto en que el Japón difería de los demás despotismos orientales estaba en «el influjo director, entre su pueblo, de los más estrictos, elevados y puntillosos códigos de honor que jamás instituyó el hombre», dió con la fuente que ha hecho del nuevo Japón lo que es, y que hará de él lo que está destinado á ser:

La transformación del Japón es un hecho patente al mundo entero. En una obra de tal magnitud entraron, naturalmente, varios motivos; pero si hubiera uno de nombrar el principal, no dudaría en nombrar el Bushido. Cuando abrimos todo el país al comercio extranjero, cuando introdujimos los últimos adelantos en cada esfera de la vida, cuando empezamos á estudiar la política y las ciencias occidentales, nuestro motivo director no fué el desarrollo de nuestros recursos materiales y el aumento de la riqueza; mucho menos fué una imitación ciega de las costumbres occidentales. Un atento observador de las instituciones y los pueblos orientales ha escrito: «Todos los días se nos habla de cómo Europa ha influído en el Japón y se olvida que el cambio en aquellas islas ha sido producido por ellas mismas, que los europeos no enseñaron al Japón, sino que fué el Japón mismo el que resolvió aprender de Europa los métodos de organización civil y militar, que hasta ahora han tenido éxito. Importaron la ciencia mecánica europea, como los turcos habían importado años antes la ar-

tillería europea. Esto no se puede llamar exactamente influencia», continúa Mr. Townsend, «á menos de decir que Inglaterra es influída por China cuando compra té á ésta. ¿Dónde está el apóstol filósofo, hombre de Estado ó agitador europeo», pregunta nuestro autor, «que ha rehecho al Japón?» (1). Mr. Townsend se ha dado muy bien cuenta de que la fuente de acción que produjo los cambios en Japón, estaba por completo dentro de nosotros mismos; y con sólo que hubiera entrado en nuestra psicología, sus agudas facultades de observación, le habrían convencido fácilmente de que esa fuente no era otra que el Bushido. El sentimiento del honor, que no puede sufrir que le miren como un poder inferior, ese fué el más fuerte de los motivos. Las consideraciones pecuniarias ó industriales se despertaron más tarde en el proceso de transformación.

El influjo del Bushido es todavía tan palpable que salta á la vista. Una ojeada á la vida japonesa lo pondrá de manifiesto. Leed á Hearn, el más elocuente y fidedigno intérprete del espíritu japonés, y veréis que la labor de ese espíritu es un trasunto de la labor del Bushido. La cortesía universal del pueblo, legado de las maneras caballerescas, es demasiado conocida para insistir de nuevo. El sufri-

(1) Meredith Townsend, *Asia and Europe*. New York, 1900, pág. 28.

...o físico, la fortaleza y la bravura que posee el «pequeño Jap», bastante probados quedaron en la guerra chino-japonesa (1). «¿Existe alguna nación más leal y patriótica?», preguntan algunos; y el poder contestar llenos de orgullo: «No existe», se lo debemos agradecer á los Preceptos de la Caballería.

Por otra parte, justo es reconocer que el Bushido es, en gran parte, culpable de las mismas faltas y defectos de nuestro carácter. Nuestra carencia de filosofía abstrusa (mientras algunos de nuestros jóvenes han ganado ya reputación internacional en las investigaciones científicas, ninguno ha hecho nada en la dirección filosófica) es atribuible al olvido de la educación metafísica bajo el régimen pedagógico del Bushido. Nuestro sentimiento del honor es responsable de nuestra exagerada susceptibilidad; y si los extranjeros nos acusan de alguna vanidad, también ésta es un producto patológico del honor.

¿Habéis visto, en vuestro viaje por el Japón, más de un joven con el cabello desgredado, vestido con un traje desarrapado, llevando en la mano un bastón ó un libro, paseando por la calle con un aire de absoluta indiferencia hacia las cosas mun-

* (1) Entre otras obras acerca de este asunto, véanse *Heroic Japan*, de Eastlake y Yamada, y *The New Far East*, de Diosy.

danas? Es un *shosei* (estudiante), para el cual la tierra es demasiado pequeña y el cielo no está bastante alto. Tiene sus teorías propias acerca del universo y de la vida. Su morada son castillos en el aire, y su alimento palabras etéreas de sabiduría. En sus ojos llamea el fuego de la ambición: su alma está sedienta de conocer. La miseria no es más que un estímulo para elevarse; los bienes mundanos son, á sus ojos, indignos de su carácter. Es el depositario de la Lealtad y del Patriotismo. Es el guardián voluntario del honor nacional. Con todas sus virtudes y sus defectos, es el último resto del Bushido.

Aunque profundamente arraigado y poderoso todavía, ya he dicho que el influjo del Bushido es inconsciente y mudo. El corazón del pueblo responde, sin saber por qué, á toda excitación que se haga á lo que ha heredado, y de aquí que la misma idea moral, expresada en una palabra nuevamente traducida, tenga distinta eficacia que expresada en un antiguo vocablo del Bushido. Un cristiano que tendía á la apostasía, y al cual ninguna persuasión pastoral podía apartar de esta tendencia, fué traído á obediencia apelando á su lealtad, á la fidelidad que había jurado á su Señor. La palabra Lealtad revivió todos los nobles sentimientos que se habían llegado á entibiar. Un bando de jóvenes revoltosos, empeñados en una larga huelga escolar de un colegio, por desagrado hacia cierto maestro, se disol-

vió con dos sencillas preguntas hechas por el director: «¿Es vuestro profesor un carácter intachable? Si lo es, debéis respetarle y conservarle en la escuela. ¿Es débil? En este caso, es impropio de hombres empujar al que cae». La incapacidad científica del profesor, que fué la causa inicial del motín, quedó reducida á la insignificancia al lado de las cuestiones morales propuestas. Despertando los sentimientos alimentados por el Bushido, puede realizarse una renovación moral de gran magnitud.

Una de las causas del fracaso de las misiones, es que la mayoría de los misioneros desconocen en absoluto nuestra historia («¿qué nos importan las historias paganas?», dicen algunos), y, por consiguiente, su religión queda aislada de los hábitos mentales á que nosotros y nuestros antepasados estamos acostumbrados desde hace siglos. ¡Despreciar la historia de una nación! Como si la vida de un pueblo, hasta la de los salvajes africanos inferiores, que no tienen historia escrita, no formase una página en la historia general de la humanidad, escrita por mano del mismo Dios. Las razas inferiores mismas son un palimpsesto, que aguarda á ser descifrado por un ojo experto. Para un espíritu filosófico y piadoso, las razas no son sino caracteres de la divina quirografía, dibujados claramente en blanco y negro, como los colores de su piel; y si este símil se acepta, la raza amarilla forma una

preciosa página escrita en jeroglíficos de oro. Ignorando la vida pasada de un pueblo, los misioneros pretenden que el Cristianismo es una religión nueva, cuando, á mi entender, es una «vieja, vieja historia» que, presentada en términos inteligibles (es decir, expresada en el vocabulario familiar á la evolución moral de un pueblo), encontrará eco fácil en sus corazones, sin distinción de raza ni de nacionalidad. El Cristianismo en su forma americana ó inglesa (con más de los caprichos y fantasías anglo-sajones que de la gracia y pureza de su fundador), es un pobre retoño para injertarlo en el tronco del Bushido. ¿Pretenderá el propagador de la nueva fe arrancar el tronco entero, con ramas y raíces, y plantar las semillas del Evangelio en el suelo devastado? Semejante procedimiento heroico quizá sea posible... en Hawaii, donde, según se dice, la iglesia militante triunfa en toda línea, acumulando los despojos de la riqueza y aniquilando la raza aborigen; tal procedimiento es resueltamente imposible en Japón; mejor dicho, es un procedimiento que Jesús mismo jamás habría empleado para fundar su reino sobre la tierra. Conviene que grabemos bien en nuestros corazones las siguientes palabras de un santo hombre, cristiano devoto y científico profundo: «Los hombres han dividido el mundo en cristiano y pagano, sin considerar cuánto bueno puede haber oculto en éste, cuánto malo puede estar mezclado en aquél. Han compa-

rado lo mejor de sí mismos con lo peor de sus vecinos; el ideal del Cristianismo, con la corrupción de Grecia ó del Oriente. No han buscado la imparcialidad, se han contentado con acumular todo lo que podían decir en alabanza propia y en vituperar las demás formas de religión» (1).

Pero, sea cualquiera el error cometido por los individuos, no cabe duda de que el principio fundamental de la religión que profesan, es una fuerza que debe tenerse en cuenta al considerar

EL PORVENIR DEL BUSHIDO,

cuyos días parecen estar ya contados. Señales ominosas flotan en el ambiente que presagian el futuro. Y no son sólo señales, sino fuerzas temibles las que le amenazan.

Pocas comparaciones históricas pueden ser más razonables que la establecida entre la Caballería de Europa y el Bushido del Japón, y, si es cierto que la historia se repite, ciertamente hará con la suerte del último, lo que hizo con la de la primera. Las causas particulares y locales para la decadencia de la Caballería, que enumera San Pelayo, tienen, naturalmente, escasa aplicación á las condiciones japonesas; para las causas más amplias y generales, que contribuyeron á minar la Caballería en la edad

(1) Jowet, *Sermons on Faith and Doctrine*, II.

media y después de ella, obran, seguramente, para la decadencia del Bushido.

Una diferencia notable entre lo sucedido en Europa y en el Japón, es que mientras en Europa, cuando la Caballería fué repudiada por el feudalismo y adoptada por la Iglesia, recibió un nuevo aliento de vida, en el Japón no hay una religión bastante amplia para alimentarlo; de aquí que cuando la institución madre, el feudalismo, desapareció, el Bushido, huérfano, tuvo que valerse solo. La actual perfecta organización militar podría tomarlo bajo su patronato; pero ya sabemos que la guerra moderna da poca ocasión á su desarrollo continuo. El sintoísmo, que le amamantó durante su infancia, está ya anticuado. Los canosos sabios de la antigua China van siendo suplantados por advenedizos intelectuales del tipo de Bentham y Mill. Se han inventado teorías morales de un género acomodaticio, que halagan las tendencias chovinistas de los tiempos y, por tanto, parecen bien adecuadas á las necesidades del día; pero hasta ahora sólo oímos sus destempladas voces resonando en las columnas del periodismo amarillo.

Principados y potencias han formado contra los Preceptos de la Caballería. Ya, como dice Veblen, «la decadencia del código ceremonial (ó, llamándolo por otro nombre, la vulgarización de la vida) entre las clases propiamente industriales, se ha hecho una de las mayores enormidades de la ci-

vilización de última hora á los ojos de toda persona de sensibilidad delicada». La marea irresistible de la democracia triunfante, que no puede tolerar forma alguna de monopolio (y el Bushido era un monopolio organizado por los que acaparaban el capital de inteligencia y cultura, fijando los grados y el valor de las cualidades morales) es por sí sola capaz de devorar lo que queda del Bushido. Las modernas fuerzas societarias son enemigas del estrecho espíritu de clase, y la Caballería es, según la severa crítica de Freeman, un espíritu de clase. La sociedad moderna, si aspira á una unidad, no puede admitir «obligaciones puramente personales, establecidas en interés exclusivo de una clase» (I) Añádase á esto el progreso de la educación popular, de las artes y las costumbres industriales de la riqueza y de la vida urbana, y se verá fácilmente que ni los más agudos filos de las espadas de los samurai, ni las más agudas flechas disparadas con los arcos más fuertes del Bushido, pueden aportar ningún remedio. El Estado construído sobre la roca del honor y fortificado con él (¿deberemos llamar á esto el Ehrenstaat, ó, á la manera de Carlyle, la Heroarquía?) va cayendo rápidamente en manos de leguleyos y politicastros, armados con máquinas guerreras de mecanismo lógico. Las palabras que un granpensador empleó al hablar de Teresa y An-

(I) *Norman Conquest*, vol. V, pág. 482.

tígona, pueden repetirse con propiedad respecto al samurai: «el medio en que se informaron sus ardientes actos ha desaparecido para siempre».

¡Ay de las virtudes caballerescas! ¡Ay del orgullo samurai! La moralidad anunciada al mundo al son de clarines y tambores está llamada á desvanecerse cuando «los capitanes y los reyes mueren».

Si la historia nos puede enseñar algo, el Estado, que se funda en las virtudes militares (ya sea una ciudad como Esparta ó un imperio como Roma), no puede hacer sobre la tierra una «ciudad permanente». Aunque el instinto de la lucha sea universal y natural en el hombre, aunque haya sido fértil en sentimientos nobles y en virtudes varoniles, no comprende al hombre entero. Debajo del instinto de lucha fermenta un divino instinto de amor. Ya hemos visto que el sintoísmo, Mencio y Wan Yang Ming lo han predicado claramente; pero el Bushido y todas las demás escuelas militantes de ética, preocupadas, sin duda, por cuestiones de inmediata necesidad práctica, se han olvidado con demasiada frecuencia de dar la debida importancia á ese principio. La vida se ha hecho más amplia en estos últimos tiempos. Asuntos más nobles y más generales que los de un guerrero atraen nuestra atención hoy día. Con una concepción más amplia de la vida, con el desarrollo de la democracia, con el mejor conocimiento de los demás pueblos y na-

ciones, la idea confuciana de benevolencia—¿me atreveré á añadir la idea budista de Compasión?—florecerán en la concepción cristiana del amor. Los hombres son ya más que súbditos, habiendo ascendido á la categoría de ciudadanos: mejor dicho, son más que ciudadanos, porque son hombres.

Aunque se ciernen en el horizonte nubes de guerra, queremos creer que las alas del ángel de la paz podrán dispersarlas. La historia del mundo confirma la profecía de que «de los mansos de corazón será el reino de la tierra». ¡Una nación que vende su primogenitura de paz y retrocede desde la primera línea del industrialismo á las del filibusterismo, no cabe duda de que hace un pobre negocio!

Cuando las condiciones de la sociedad han cambiado, de tal suerte que son, no sólo desfavorables, sino hostiles al Bushido, es que ha llegado para éste el momento de prepararse una sepultura decorosa. Es tan difícil señalar el instante en que muere la Caballería, como determinar el momento exacto de su nacimiento. El Dr. Miller dice que la Caballería quedó de hecho abolida en el año de 1559, cuando Enrique II de Francia sucumbió en un torneo. Entre nosotros, el edicto que abolió oficialmente el feudalismo en 1870, fué la señal para tocar á muerto por el Bushido. El decreto publicado dos años más tarde, prohibiendo llevar espadas, desterró la vieja, «la inapreciable gracia de

la vida, la fácil defensa de las naciones», y trajo la nueva edad de los «sofistas, economistas y calculadores».

Se ha dicho que el Japón ganó su última guerra contra China por medio de los fusiles Murata y del cañón Krupp; se ha dicho que la victoria fué debida á un sistema escolar moderno; pero éstas no son más que verdades á medias. ¿Acaso un piano, aunque sea una obra maestra de Erard ó de Steinway, prorrumpe en rapsodias de Liszt ó en sonatas de Beethoven, sin la mano de un mæstro? Si las armas de fuego ganan las batallas, ¿por qué Luis Napoleón no derrotó á los prusianos con su *Mitrailleuse*, ó los españoles con sus Maüsers á los filipinos, cuyas armas no eran mejores que anticuados Remingtons? No es necesario repetir lo que ya se ha hecho un lugar común: que el espíritu es el que vivifica, y que, sin él, las mejores armas nada aprovechan. Los fusiles y cañones más perfeccionados no disparan por sí solos; el más moderno sistema educativo no hace de un cobarde un héroe. ¡No! Lo que ganó las batallas en el Yalu, en Corea y en la Mandchuria, fueron las sombras de nuestros padres, que guiaban nuestras manos y latían en nuestros corazones. No han muerto estas sombras, estos espíritus de nuestros antepasados. Para quienes tengan ojos para ver, son claramente visibles. Escarbad ligeramente en un japonés de las ideas más avanzadas, y encontraréis un samurai.

Como ha observado muy exactamente el profesor Cramb, la gran herencia de honor, de valor y de todas las virtudes marciales, no es «nuestra más que en usufructo, patrimonio inalienable de los muertos y de las generaciones futuras», y la obligación de las presentes es guardar esta herencia, sin menguar un átomo del antiguo espíritu; la obligación de los hombres del porvenir será ensanchar su campo y aplicarla en todos los caminos y relaciones de la vida.

Se ha predicho (y muchas predicciones han sido corroboradas por los acontecimientos del último medio siglo) que el sistema moral del Japón feudal, como sus castillos y sus armaduras, se convertiría en polvo, y que una nueva moral surgiría como el fénix para guiar al nuevo Japón en la senda del progreso. Por muy deseable y probable que sea la realización de esta profecía, no olvidemos que el fénix sólo surge de sus mismas cenizas, y que no es un ave de paso, ni vuela con plumas tomadas á otras aves. «El reino de Dios está dentro de vosotros». No viene salvando las montañas por elevadas que sean; no viene navegando por los mares, aunque éstos sean anchos. «Dios ha concedido, dice el Korán, á cada pueblo un profeta en su propia lengua». Las semillas del Reino, tales como le han sido concedidas al espíritu japonés y recibidas por él, florecieron en el Bushido. Sus días acaban ahora (triste es decirlo, antes de dar todo su fruto),

y miramos á todas partes buscando otras fuentes de dulzura y de luz, de fuerza y bienestar, pero de entre ellas ninguna ha podido llenar su vacío. La filosofía mercantilista de utilitarios y materialistas recibe acogida favorable entre los ergotistas de media alma. El único sistema moral bastante poderoso para dar cuenta del utilitarismo y del materialismo es el Cristianismo, comparado con el cual el Bushido, preciso es confesarlo, es como «la mecha que arde débilmente», de la cual dijo el Mesías que no se debía apagar, sino soplar hasta inflamarla. Como sus precursores hebreos (especialmente Isaías, Jeremías, Aínós y Habacuc), el Bushido se fijó particularmente en la conducta moral de los legisladores y hombres públicos y de las naciones, mientras que la moral de Cristo, que se refiere sólo á los individuos y á sus discípulos personales, encontrará cada día mayor aplicación, según aumente en poder el individualismo como factor moral. La moral soberbia, egotista, mal llamada dominadora, de Nietszche, algo semejante en ciertos aspectos al Bushido, es, ó mucho me engaño, una fase pasajera ó reacción temporal contra lo que él llama, por una distorsión morbosa, moral humilde, abnegada y esclava del Nazareno.

Cristianismo y materialismo (incluyendo el utilitarismo)—¿ó los reducirá el porvenir á las formas todavía más arcaicas de hebraismo y helenismo?—se repartirán el mundo. Los sistemas menores de

moral deberán alistarse, si quieren vivir, en uno de los dos campos. ¿En cuál de ellos se alistará el Bushido? No teniendo dogma ó fórmula que defender, quizá consienta en desaparecer como entidad; como la flor del cerezo, quiere morir al primer soplo de la brisa matinal. Pero jamás será su suerte una extinción total. ¿Quién puede decir que el estoicismo ha muerto? Ha muerto como sistema, pero vive como virtud: su energía y vitalidad se sienten aún en muchos momentos de la vida—en la filosofía de las naciones occidentales, en la jurisprudencia de todo el mundo civilizado. Más aún: donde quiera que el hombre lucha por elevarse sobre sí mismo, donde quiera que su espíritu domina la carne por su propia voluntad, allí vemos activa la disciplina inmortal de Zenón.

El Bushido, como código independiente de moral, puede desvanecerse, pero su poder no perecerá sobre la tierra; sus escuelas de proezas marciales ó de honor cívico podrán ser demolidas, pero su luz y su gloria sobrevivirán largo tiempo á sus ruinas. Como su flor simbólica, después de haber sido esparcida á los cuatro vientos, todavía enviará á la humanidad la bendición del perfume con que enriquecerá la vida. Siglos más tarde, cuando sus secuaces hayan sido enterrados y hasta su nombre olvidado, su olor vendrá flotando en el aire, como de una lejana colina invisible, «á la cual no alcanza

la mirada desde el borde del camino»; entonces en el bello lenguaje del poeta cuáquero:

«El viajero experimenta la grata sensación
De un perfume cercano, no sabe de dónde,
Y, haciendo alto, recibe en su frente descubierta
La bendición del aire» (I).

-
- (I) «The traveler owns the grateful sense
Of sweetness near, he knows not whence,
And, pausing, takes with forehead bare
The benediction of the air».

ÍNDICE

Páginas.

Algunas palabras del traductor.....	5
Prefacio.....	13
Prefacio á la décima edición, revisada	17
Bushido como sistema ético.....	21
Fuentes del Bushido	28
Rectitud ó Justicia	37
Valor, facultad de la Audacia y del Sufrimiento..	41
Benevolencia.....	48
Cortesía.	58
Veracidad.....	67
Honor.....	75
El deber de Lealtad.....	83
Educación y enseñanza de un samurai.....	92
El imperio sobre sí mismo.....	98
La institución del suicidio y la del desagravio...	105
La espada, alma del samurai.....	122
La formación y posición de la mujer.....	127
Influjo del Bushido.....	142
¿Vive todavía el Bushido?	149
El porvenir del Bushido.....	160

OBRAS DE LITERATURA

Alas (L.) (*Clarín*).—Cuentos morales. Un tomo en 8.º, 4 ps.

—Doña Berta.—Cuervo.—Superchería (novelas. En 8.º, 3 pesetas.

—Solos de Clarín. Con un prólogo de D. José Echegaray. Nueva edición ilustrada por Angel Pons. En 8.º, 4 ps.

—El Señor, y lo demás, son cuentos. En 8.º, 3 pesetas.

—Ensayos y Revistas (1888-1892). En 8.º, 3,50 pesetas.

—Pipá (novelas cortas). En 8.º, 4 pesetas.

—Siglo pasado (crítica). En 8.º, 3 pesetas.

—Nueva campaña (1885-1886). Crítica y sátira. En 8.º, 3,50 pesetas.

Amicls —Combates y aventuras. (La novela de un maestro). Versión española de Antonio Sánchez Pérez. En 8.º, 4 pesetas.

Balzac (H. de).—La vendetta (escenas de la vida privada). Traducción de T. de Lima. En 8.º, con ilustraciones de Klong, 2 pesetas.

Belot (A.)—La explotación del secreto. En 8.º, 2,50 ps.

—Las corbatas blancas. En 8.º, 2,50 pesetas.

—La pecadora. En 8.º, 2,50 pesetas.

—Quinientas mujeres para un hombre solo. En 8.º, 2,50 ps.

—Melinita. En 8.º, 2,50 pesetas.

Bolsgobey (F. du).—Decapitada. En 8.º mayor, 3 ps.

Bernard (Doctor). — La Argelia. Versión española de C. Frontaura. Dibujos de Kauffmann. (Croquis del autor). En 8.º mayor, rústica, 3 pesetas, y en tela, 4.

Bulwer Lyton (E.)—La raza futura. En 8.º mayor, 3 ps.

Cávia (Mariano de).—Salpicón. Dibujos de Angel Pons. En 8.º, 3,50 pesetas.

—Azotes y galeras. Dibujos de Angel Pons. En 8.º, 3,50 pesetas.

Claretie (J.)—La fugitiva. En 8.º, 3 pesetas.

—Noris (costumbres del día). En 8.º, 2,50 pesetas.

—¡Candidato! Un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

—El hermoso Solignac. Dos tomos en 8.º, 5 pesetas.

—Los amores de un interno. Dos tomos en 8.º, 5 pesetas.

—El príncipe Zilah. En 8.º, 2,50 pesetas.

Cherbuliez (V.).—La novela de una mujer honrada. En 8.º, 3,50 pesetas.

- Pons** (Angel).—Notas alegres (dibujos). En 8.º, 3,50 ps.
 —Historietas (ilustradas). En 8.º, 3,50 pesetas.
- Rachilde**.—La Hermética. (La Jongleuse). En 8.º, 3,50 ps.
- Resasoo** (F.).—En las riberas del Plata. Dos tomos en 8.º, 7 pesetas.
- Richebourg** (E.).—El millón del tío Raclot. En 8.º, 4 ps.
- Saavedra** (Eduardo).—Estudio sobre la invasión de los árabes en España. En 4.º, 2,50 pesetas.
- Sales** (P.).—Un drama financiero. (Aventuras parisienses). En 8.º, 2 pesetas.
 —Roberto de Campignac. (Aventuras parisienses). En 8.º, 2 pesetas.
 —El diamante negro (novela inédita). En 8.º, 2 pesetas.
 —Una víbora. En 8.º, 3 pesetas.
 —¡Huérfanas! (Aventuras parisienses). En 8.º, 3,50 pesetas.
 —Clara de Cressenville (novela inédita). En 8.º, 2 pesetas.
 —El sargento Renaud. En 8.º, 3 pesetas.
 —La americana. En 8.º, 3 pesetas.
- Sepúlveda** (Ricardo).—Antigüallas. Crónicas, descripciones y costumbres españolas en los siglos pasados. En 4.º, 8 pesetas.
- «Sobaquillo»**.—De pitón á pitón. Prólogo de Mariano de Cavia. Dibujos de Angel Pons. En 8.º, 3,50 pesetas.
- Theuriet** (A.).—El galán de la gobernadora. En 8.º, 3 ps.
- Toda** (Eduardo).—La vida en el Celeste Imperio. Ilustraciones de José Riudavets. En 8.º, 4 pesetas.
- Tolstoï** (El conde de).—La guerra y la paz. Tres tomos en 8.º, 6 pesetas.
- Urrecha** (F.).—La estatua. Cuentos del lunes. Ilustraciones de Blanco Coris. En 8.º, 3,50 pesetas.
- Willy**.—El zorro enamorado (novela). Versión castellana de Luis Ruíz Contreras. En 8.º, 3,50 pesetas.
- Zahonero** (J.).—Barrabás (novela). Un tomo en 8.º, 4 ps.
- Zola** (E.).—La bestia humana. Dos tomos en 8.º, 6 pesetas.
 —Magdalena Ferat. Versión castellana. En 8.º, 3 pesetas.
 —La última voluntad (Le voeu d'une morte). En 8.º, 3,50 pesetas.
 —La tierra. Traducción de León Ballcag. En 8.º, 4 pesetas.
 —La confesión de Claudio. En 8.º, 3 pesetas.
 —Aneta Micoulin. En 8.º, 3 pesetas.
 —La fortuna de los Rougón. Dos tomos en 8.º, 5 pesetas.
 —Cuentos á Ninón. En 8.º, 3 pesetas.
 —Nuevos cuentos á Ninón. En 8.º, 3 pesetas.
 —Germinal. Dos tomos en 8.º, 6 pesetas.
- Zorrilla** (D. José).—Recuerdos del tiempo viejo. Tres tomos en 4.º, 9 pesetas.

OBRAS DE FONDO

- Becerro de Bengoa.**—La enseñanza en el siglo xx. Un tomo en 8.º mayor, ilustrado con 44 grabados y cuatro fototipias fuera del texto, 5 pesetas.
- Bergson.**—Materia y memoria, traducción de Martín Navarro. Madrid, 1900 (tamaño, 19 × 12), 3,50 pesetas.
- Corra'l (D. Fernando).**—Lecciones de oratoria. En 4.º, 3 pesetas.
- Fillis (James)**—Principios de doma y de equitación (con 70 grabados y fotograbados) Versión española de don Arturo Ballenilla y Espinal. (Esta obra está editada en francés, inglés, alemán, ruso y español). Madrid, 1901. Un tomo en 4.º mayor, 15 pesetas.
- Flaubert.**—La educación sentimental, historia de un joven. Versión española de D. H. Giner de los Ríos. Dos tomos. (Tamaño, 19 × 12), 5 pesetas.
- Fouillée**—Temperamento y carácter, según los individuos, los sexos y las razas. Traducción española de Ricardo Rubio. Madrid, 1901. (Tamaño, 23 por 15), 5 pesetas.
- Garófalo (R.).**—La criminología. Versión española de Pedro Borrajo. Madrid. Un tomo en 4.º, 7,50 pesetas, encuadernado en pasta.
- Gasté (M. de).**—El Modelo y los Aires.—Esta importante obra, que trata de la cría caballar, contiene además nociones de hipología. Versión española de Arturo Ballenilla. Madrid, 1906. Un tomo en 4.º mayor, 10 pesetas.
- Gérard J.)**—Nuevas causas de esterilidad en ambos sexos. Fecundación artificial como último medio de tratamiento. Versión española de Luis Marco. Un tomo en 8.º mayor, 5 pts.
- González Serrano (U.).**—Psicología del amor. Madrid, 1888. En 8.º, 2,50 pesetas.
- Pequeñeces de los grandes. Un folleto en 8.º, 0,50 pesetas.
- Hartenberg.**—Los tímidos y la timidez. Traducida por Manuel Antón y Ferrándiz, y considerablemente aumentada con estudios especiales y originales acerca de *El origen de la timidez*, por D. Manuel Antón; *La timidez en España*, por D. Eusebio Blasco, y *La timidez en general*, por D. José Echegaray. Madrid, 1902. En 4.º, 5.
- Holtzenlorff (F. von).**—Principios de política. Versión española, por Adolfo Buylia y Adolfo Posada. En 4.º, 8 pesetas.
- Kant.**—Principios metafísicos del derecho. Traducción de G. Lizarraga. Madrid, 1873. Un tomo en 8.º, 2 pts.
- Lagrange (Dr Fernando).**—La higiene del ejercicio en los niños y en los jóvenes. Traducción española de Ricardo Rubio. Madrid, 1894. (Tamaño, 19 × 12), 3 pesetas.
- Lagrange (Dr. Fernando).**—El ejercicio en los adultos. Traducción española de Ricardo Rubio. Madrid, 1896. (Tamaño, 19 × 12), 3,50 pesetas.
- Fisiología de los ejercicios corporales. Versión castellana por Ricardo Rubio. Madrid, 1895 (tamaño, 23 × 15), 5 pts.
- March y Reus (J. A.).**—Clave telegráfica internacional. Segunda edición española. Madrid, 1894. En 4.º, tela, con planchas, 20 pesetas.
- Max Muller.**—Ensayo sobre la historia de las religiones. Versión castellana de A. García Moreno. Madrid, 1878. Dos tomos en 8.º, 4 pesetas.
- La ciencia de la religión. Versión castellana de A. García Moreno. Un tomo en 8.º, 2 pesetas.
- Meunier (Victor)**—Los antepasados de Adán. Historia del hombre fósil. Traducción de A. García Moreno. Un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.
- Mosso (Angel).**—La educación física de la juventud. Versión castellana de J. Madrid Moreno. (Tamaño, 19 × 12), 3,50 pesetas.
- El miedo. Traducción por J. Madrid Moreno, con un prólogo de D. Rafael Salillas. (Tamaño, 19 × 12), con siete grabados intercalados en el texto y dos fototipias, 4 pesetas.
- La fatiga. Traducida por J. Madrid Moreno, con un prólogo de D. Rafael Salillas. Madrid, 1899. En 4.º, con numerosos grabados intercalados en el texto, 4 pesetas.
- Sánchez Ramon (A.).**—Las maravillas de la Naturaleza. Madrid, 1879. En 8.º, 2,50 pesetas.
- Thomas.**—La sugestión: su función educativa. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1900. (Tamaño, 19 por 1.), 2,50 pesetas.
- Tiberghien**—Estudios sobre Filosofía. Traducción por A. García Moreno. Un tomo en 8.º, 2 pesetas.
- Los Mandamientos de la Humanidad ó la Vida Moral en forma de Catecismo, según Krausse. Traducida por Alejo García Moreno. Madrid, 1875. Un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.
- Tissandier (Gastón).**—Manual de procedimientos útiles. Versión castellana por José Sáenz y Criado. Segunda edición. (Tamaño, 19 × 12), 3 pesetas.
- Tisslé (Ph).**—La fatiga y el adiestramiento físico. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1899. (Tamaño, 19 × 12), con grabados en el texto, 4 pesetas.
- Tom Tit.**—La ciencia recreativa, 100 experimentos con infinidad de grabados. Madrid 1897. 4.º, cartonné, 5 pts.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

Tomos de tamaño 19 x 12

- Altamira.**—Cuestiones modernas de Historia, 3 pesetas.
- Arreat.**—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 2,50.
- Bal'win.**—Historia del alma, 4.
- Binet.**—Introducción a la Psicología experimental, 2.^a edición, 2,50.
- Psicología del razonamiento, 2,50.
- El fetichismo en el amor, 3.
- Bolssier.**—El fin del paganismo. Dos tomos, 7.
- Paseos arqueológicos. Roma y Pompeya, 4.
- Bray.**—Lo bello, 3,50.
- Bunge.**—Principios de Psicología individual y social, 2,50.
- La Educación.—Evolución de la Educación, 2,50.
- La Educación.—La educación contemporánea, 4.
- La Educación.—Educación de los degenerados.—Teoría de la Educación, 2,50.
- Bureau.**—El contrato colectivo del trabajo, 4.
- Delbœuf.**—El dormir y el soñar, 3.
- Feret.**—Sensación y movimiento, 2,50.
- Degeneración y criminalidad, 2,50.
- Ferrero.**—Grandeza y decadencia de Roma.
- I.—La Conquista, 3,50.
- II.—Julio César, 3,50.
- III.—El fin de una aristocracia, 3,50.
- IV.—Antonio y Cleopatra, 3,50.
- V.—La República de Augusto (en preparación).
- VI.—Augusto y el Grande Imperio (en preparación).
- Ferrière.**—Los mitos de la Biblia, 4.
- Errores científicos de la Biblia, 4.
- Fleury.**—El cuerpo y alma del niño, 3.
- Nuestros hijos en el colegio, 3.
- Fouillée.**—La moral, el arte y la religión, según Guyau, 4.
- Fustel de Coulanges.**—La ciudad antigua, 4.
- Gauckler.**—Lo bello y su historia, 2,50.
- Grasserie.**—Psicología de religiones, 4.
- Guyau.**—Génesis idea de tiempo, 2,50.
- Probl. de la estética contemporánea, 4.
- Hearn.**—Kokoro, 3,50.
- Janet.**—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 2,50.
- Kergomar I.**—La educación maternal. Dos tomos, 7.
- Le Bon.**—Psicología multitudes, 2,50.
- Le Dantec.**—Elementos de filosofía biológica, 3,50.
- Levéque.**—El espiritualismo en el Arte, 2,50.
- Max Nordau.**—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 2,50.
- Mercier.**—La filosofía en el siglo XIX, 2,50.
- Nitobé.**—Bushido. Alma del Japón, 2,50.
- Payot.**—La Creencia, 2,50.
- Posada.**—Política y enseñanza, 2,50.
- Teorías políticas, 2,50.
- Ribot.**—Enfermedades de la voluntad, 2.^a edición, 2,50.
- Las enfermedades de la memoria, 2,50.

- Enfermedades de la personalidad, 2,50.
- La psicología de la atención, 2,50.
- La evolución de las ideas generales, 3.
- La lógica de los sentimientos, 2,50.
- Ensayo sobre las pasiones, 2,50.
- Ruskin.**—Munera Pulveris (sobre Economía Política), 2,50.
- Sésamo y azucenas, 2,50.
- La Biblia de Amiens, 2,50.
- Sollier.**—El problema de la memoria, 3,50.
- Spir.**—La norma mental, 2,50.
- Taine.**—La inteligencia. Dos tomos, 9.
- Tardieu.**—El aburrimiento, 4.
- Thomas.**—La educación de los sentimientos, 4.
- Tissié.**—La fatiga y el adiestramiento físico, 4.
- Los sueños, 3.
- Varigny.**—La naturaleza y la vida, 4.
- Wagner.**—Juventud, 3,50.
- La vida sencilla, 2,50.
- Junto al hogar, 3.
- Para los pequeños y para los mayores, 4.

Tomos de tamaño 23 x 15

- Bal'win.**—Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental, 8 pesetas.
- Bourdeau.**—El problema de la vida, 5.
- El problema de la muerte, 5.
- Compayré.**—La evolución intelectual y moral del niño, 7.
- Crepleux Jamin.**—La escritura y el carácter, 7.
- Fouillée.**—Temperamento y carácter, 5.
- Bosquejo psico-ológico de los pueblos europeos, 10.
- Guido Villia.**—La psicología contemporánea, 10.
- El idealismo moderno, 5.
- Guyau.**—El arte desde el punto de vista sociológico, 7.
- La tradición del porvenir, 7.
- La Moral de Epicuro, 5.
- Hegel.**—Filosofía del Espíritu 2 ts., 9.
- Estética. Dos tomos, 15.
- Hoffding.**—Bosquejo de una Psicología, basada en la experiencia, 8.
- Historia de la Filosofía moderna. Dos tomos, 18.
- James (W.).**—Principios de Psicología. Dos tomos, 20 pesetas.
- Lange.**—Historia del materialismo. Dos tomos, 16.
- Laple.**—Lógica de la voluntad, 5.
- Le Bon (Gustavo)**—Psicología del socialismo, 7.
- Lollée.**—Historia de las literaturas comparadas, 6.
- Nordau.**—Degeneración. 2 tomos, 12.
- Payot.**—La educación de la voluntad, 4.
- Posada.**—Principios de Sociología, 8.
- Preyer.**—El alma del niño, 8.
- Ribot.**—La herencia psicológica, 7.
- La psicología de los sentimientos, 8.
- Ensayo de la imaginación creadora, 6.
- Romanes.**—La evolución mental en el hombre, 7.
- Spencer.**—Ensayos científicos, 5.
- Tarde.**—Las leyes de la imitación, 7.